



Prosa escogida

Antonio Espina ; presentación y selección de Gloria Rey Faraldos

Índice

- Prosa escogida
 - - Divagaciones. Desdén

(Selección)

 - - Luz de la tarde
 - - Diván y Moka
 - - La máscara triste
 - - Libros
 - - «Renovarse o morir»
 - - Paréntesis
 - - Yorick
 - - Algeherit
 - - El doctor Infausto
 - - Maese Vulgus

-
- Motivos de días de guerra
-
- Varios peligros
-
- «Pensativo, el codo en el bufete, la mano en la mejilla...»
-
- Pájaro Pinto
 -
 - Antelación
 -
 - Pájaro Pinto
 -
 - Xelfa, carne de cera
 -
 - Manola
 -
 - Actor
 -
 - Bi o el edificio en humo
 -
 - Un naufragio
-
- Luna de copas
 -
 - Primera parte

Bacante

-
- - I -

Paisaje bailable

-
- - II -

Visiedo

-
- - III -

La escalinata del hotel

-
- - IV -

Reversible. (Y un espejo)

-

▪ - V -

Silvia llega a su casa

▪

▪ - VI -

Cierta mañana

▪

▪ - VII -

La isla de Caribdys

▪

▪ - VIII -

Don Enrique

▪

▪ - IX -

Mara. Hércules e Elisa. Clara y Cereceda

▪

▪ - X -

Un borracho, algo Teniers

▪

▪ - XI -

Puzzle

▪

▪ - XII -

Supremacía imprevista

▪

▪ - XIII -

Silvia y Mara

▪

▪ - XIV -

Vago croquis del castillo

▪

- - XV -

La consagración

-
- - XVI -

El áspid enroscado

-
- Segunda parte

Baco

-
- - I -

Fisiología especial

-
- - II -

Comercio

-
- - III -

Fémína insurgente

-
- - IV -

Ella misma, pero consistiendo menos en ella misma

-
- - V -

La Anunciación

-
- - VI -

Coloquio en presente

-
- - VII -

Zenit

- - - VIII -

Regreso

- - - IX -

Alegoría del sacrificio y la transubstanciación

- - Luis Candelas, el bandido de Madrid

- - - I -

Infancia sentimental y ardida

- - - II -

La vocación

- - - III -

Los puñales del bandido. Una taberna

- - - IV -

Lola y Paca

- - - V -

«Díscolo e incorregible en la carrera del vicio»

- - - VI -

Viaje entretenido

- - - VII -

Ángel de amor

- - - VIII -

Suspiros de Luis Candelas

-
- - IX -

En la cárcel de la Villa

-
- - X -

¡Onzas y muerte reparto!

-
- - XI -

Clara y la perla de Valencia

-
- - XII -

Finibusterre

Prosa escogida

Espina, Antonio

Gloria Rey Faraldos (sel.)

-11-

▽△

Divagaciones. Desdén

(Selección)

-[12]- -13-

▽△

Luz de la tarde

El malhumor se va resolviendo ondulatoriamente.

En el crepúsculo -algarabía del Poniente, que dijo un poeta-, la inquietud que devora nuestra vida urbana se entibia en la tonicidad del silencio, de la luz templada, de la hora discreta en el campo fino y frío de Madrid.

La estrecha vereda se pierde ante nosotros. La transparencia violeta de la tarde tiene tal fuerza que parece aromarnos de color. La sensibilidad se sutiliza como al roce de un secreto, y la meditación hermetiza duramente nuestro rostro.

Percibimos el arribo de inexplicables revuelos a nuestra alma, que sólo pudiéramos condensar en una sucesión de imágenes blancas: el claustro, el monje, el artista de videncias extrañas, el libro síntesis y la luminosidad de la frente del santo, que deshacen la significación de la existencia externa en un solo desprecio, sobre la sabia disciplina de la renunciación y la apacible profilaxis del olvido.

Es como una nueva ráfaga de emociones primitivas y perdidas. Madrid es una mancha grisácea, escalonada.

Cúpulas, siluetas rotas. Un trémolo goyesco que resbala por las tierras grises hasta las praderas del río. La ciudad demasiado grávida, y el cielo demasiado eléctrico. Paseamos con el paso lento de los paseos clásicos, por los clásicos lugares amigos: la Moncloa.

... Una pareja de la guardia civil nos mira al pasar como perdonándonos el habernos visto. Dos novios surgen de un rincón amable, sonrientes y azorados; porque las horas avanzan, y él, un horterita con una corbata terrible, quiere llegar pronto a la mercería; ella, una modistita rubia, va pensando en la disculpa que pondrá a la maestra.

Los organillos de la Bombilla promueven esa pedrea musical que los caracteriza. A distancia pierden lubricidad y adquieren cierta melancolía.

La Bombilla tiene un acorde estridente, como la Moncloa tiene un acorde opaco y sostenido, que recuerda la impresión geométrica y adusta de una piedra arrojada en un estanque.

-14-

Todos estos modos se totalizan en esa sensación acre, floja, fina y trágica del paisaje de Madrid.

Nuestro yo solitario y paseante va desvaneciéndose al llegar a la Estación del Norte, donde hemos de coger el tranvía: tránsito al señor del tranvía, ese señor que seremos nosotros, mustio y desconocido, al bajar en la Puerta del Sol, en busca del cobijo de la casa y la necesidad de la cena.

Enguantados, abotonados, acomodados en el coche, caemos en las cuentas menudas de nuestra tarde: el paseo ha sido largo. Estoy un poco cansado. ¡Las siete ya! Bostezamos.

El caprichoso malhumor con que emprendimos la marcha se ha disuelto en este par de horas (discretas, benévolas) de soledad y crepúsculo.

Por eso al acercarse el cobrador, le alargamos nuestra moneda, murmurando dulzones:

-Sol.

-15-

▽△

Diván y Moka

Un café de piano y violín y una peña de amigos son cosas imprescindibles para todo buen noctámbulo que sepa dignamente perder su tiempo.

Esto de perder el tiempo, como todo lo selecto, es un arte difícil al que sólo llegan las minorías de los elegidos. Exige finura de humor, escepticismo,

seriedad, que sólo se dan en aquellos espíritus expertos que sólo piden atenuadas glosas a la vida, estimulantes fáciles al ensueño.

Y nada mejor glosados que el triunfo y la derrota en estos lugares tranquilos, donde la sonata desgrana tristezas en el piano y el tiempo pone epitafios invisibles en los mármoles blancos.

En la calle nieva, llueve, hay tempestad o clara luna. Es igual. Imperturbables como el Destino, irónicos como la Verdad, asentamos nuestra persona en el rojo diván que es nuestro trono, y murmuramos alegremente del ausente que es nuestro amigo. Nos entretiene todo. En todo ponemos un poco de episodio.

Un caballero viejo y pulcro que toma un vaso de leche lee *La Correspondencia* y se duerme.

Unos amantes que cuchichean en un rincón.

Unos señores que hacen muchos números y charlan de negocios...

Quizás el caballero viejo fue un héroe allá en las revueltas de la Gloriosa. Él, que ha comprendido muchas cosas en este mundo, comprende una cosa más y se duerme. Quizás los amantes fraguan ese eterno proyecto que nunca pasa de serlo. Se miman, disputan, se levantan, salen. Y los inconvenidos señores de las cifras, buscando el oro terco que tanto reluce en nuestro deseo, se enfurecen a base de matemáticas.

Personajes leves. Momentos serenos; telarañas de monotonía prendidas en la atmósfera de este café especial, de poca luz, poco público, pocos espejos. Para que tenga *carácter*, es preciso que el violinista maúlle de vez en cuando en su violín, y que el encargado del establecimiento sonría con burla cuando toquen a Beethoven.

Es decir, un café que parezca una siesta, y una tertulia de amigos donde no falten los inevitables de la colección: el señor que todo lo sabe; el víctima, que todo lo ignora, y los demás, que mantienen sobre el concurso una mala voluntad flotante y amistosa.

Ya van quedando pocos santuarios de éstos.

También van quedando pocas personas que sepan pasarse horas y horas, medio tumbados en un diván, discutiendo bagatelas durante treinta años.

Triunfan, en cambio, el grosero tupí y la grosera industria, con sus turbas trabajadoras y metódicas.

Desaparecen el gesto, la filosofía, la pereza.

¿Dónde se meterán los hombres de mañana, suprimidos estos remansos de paz, cuando la noche de la ciudad, demasiado hostil, les desasosiegue e irrite? ¿En la cama? No.

La cama, si son personas de buen gusto, sólo les complacerá de día. ¡Que duerman de noche los que no tienen más que hacer que trabajar!

Ni el casino, ni el teatro (el grande por pedante y el chico por idiota), ni las reuniones caseras de lotería y novia o de cotillón y *whist*, sustituyen al viejo café modoso y callado, que sonríe en el cortejo vulgar de las noches de invierno.

¡Cuánto tenemos que agradecerle los que sabemos de la gratitud de su ambiente y la piedad suave de sus músicas!

La máscara triste

En la colección borrosa de los días, el carnaval tiene una significación extraña, como en la colección vulgar de los rostros, ciertas muecas

atormentadas y rientes, cuyo misterio aparece en los ojos metálicos, en tanto que una risa falsa estremece los labios.

La alegría de Grecia, el refinamiento de Roma, la gracia del Renacimiento y la perversidad del «buen siglo» oscurecen con sus trapos de colores, venidos a menos, el verdadero deseo que late en la conciencia de la bulliciosa multitud abigarrada, que llena los paseos de la ciudad moderna, en los días carnavalescos.

La caterva pide un goce bárbaro y sensual que se perdió en el tiempo, y se divierte porque *quiere* divertirse.

Afortunadamente, todavía no ha aprendido la gran dificultad de divertirse en las diversiones.

Grotesco y sabio salto, el del que salta porque sí, porque vive su pierrot de seda, como antes o después, seguramente, vive su vida de hombre-hombre, con más pueril hombría (que es la mayor hombría) que los demás hombres.

Alegoría pagana de la fiesta de máscaras: confeti, serpentinas, bengalas, burlas y alcoholes, sin moraleja y sin imágenes; alegoría cristiana plena de trascendencias y diversidades, de pecadoras imágenes literarias y llorosas; papeles de colores rojos de sangre, amarillos de envidia, blancos, de nieve de culpas.

Estos dos términos marcan el contraste que promueven nuestra atención hacia este espectáculo anual y la pretensión infantil de desentrañarle. Podrá no tener argumento, pero es interesante.

Interesante, por el nuevo aspecto en que se revela el hombre mono revestido de percal.

Medio ácido, en él, se manifiesta nuestro fondo de lujuria y crueldad, más escondidos el resto del año detrás de las otras caretas. Se ve mejor lo poco que es necesario para conocernos todos: basta con taparnos la cara. Vemos también la necesidad de gritar, de regocijarnos a fuerza de chillidos y cantares.

El hombre canta en los lugares solitarios para distraer su miedo. Grita para apagar su amargura, a pesar de todo, para no oírse a sí mismo.

(En el lienzo *Entierro de la Sardina*, de Goya, esta impresión fonética se da con gran violencia. Este lienzo parece un *alarido*. Suenan terriblemente las voces de sus caricaturas. Se presiente una mala ventura detrás del cuadro.)

Entre todas las máscaras de ese cortejo desenfrenado, hay una especie de máscara filosófica, máscara síntesis, que pasea su indiferencia y su humorismo entre el barullo ajeno. Avanza como si nada fuese con él. ¿Quién será? Acaso un probo funcionario oficinesco, maduro y cargado de hijos; un grave doctor ensimismado, un quídam, un aristócrata, un artista. No lo sé.

Cierto carnaval me entretuve en seguirle.

Vestía un dominó negro de botones rojos, careta blanca. Iba solo, taciturno, despacio, con las manos a la espalda. Desembocó por la calle de Alcalá, mezclado con la muchedumbre, siguió por la Castellana, hasta el Hipódromo. Allí bajose el antifaz y se puso a fumar tranquilamente.

Apreté el paso para alcanzarle, deseoso de verle el rostro, pero todo fue inútil. El humo espeso del cigarro le envolvía por completo... Luego emprendió el regreso, ya anochecido, al mismo paso y con la misma actitud. Siempre con el antifaz puesto, siempre taciturno.

En la Puerta del Sol compró un periódico y bostezó, metiéndose después por las callejas de los barrios antiguos cercanas a la Plaza Mayor. Al volver una esquina, creí verle meterse en un portal; pero al acercarme al sitio por donde había desaparecido, no vi nada. Nada. Allí no había puerta alguna.

Sólo un largo paredón perteneciente a un viejo palacio.

Iba a continuar mis curioseos, pasmado por la misteriosa desaparición, cuando percibí junto a mi oído, y *sin que nadie la diese*, una carcajada rápida, como un lamento. Más que de prisa me alejé de aquel sitio.

El suceso nada tenía de ilógico.

Mi máscara triste era una máscara simpática que había aprendido a desaparecer. Sólo yo ignoraba la manera de ver algo donde no hay nada.

Siempre me pasa igual con mis máscaras tristes. ¡Siempre me ocurre igual con mis carnavales!

-19-

▽△

Libros

Dad al César lo que es del César, y al libro lo que es del libro. Y del libro es, sencillamente para muchos, las tres cuartas partes de la vida.

Amar en el libro, sufrir en el libro, utilizarse en el libro, crear una atmósfera artificial libresca en nuestro mundo interno, es huir del mundo necesario. Envenenarse, como el morfinómano o el alcohólico, pero burlando la inarmónica violencia de la realidad.

El lectómano pierde una vida, pero encuentra otra. ¿Cuál de las dos vale más, o, mejor, cuál de las dos vale menos?

La transformación lenta del ser humano, en tomo ambulante, no deja de tener sus peligros; la castración ideogénica (erudición) y la fiebre grafománica (literatura).

Las más de las veces resulta inofensivo este tránsito; pero otras Werther dispara su pistola, y Mr. de Phocas se pone monóculo.

Y esto es lo grave.

A los quince años, la lectura es emotiva. Nos revestimos del carácter de los personajes que tratamos. Después pasa a ser representativa. En todo buscamos la clave simbólica.

Es la época en que esperamos la entrada en el aula o a que se desocupe la mesa de billar disputando sobre Schopenhauer o sobre los cuatro graciosos golfantes de Murger. En la última etapa, la lectura reflexiva nos hace colaboradores del autor en digresiones y argumentos.

Una vez tomada la costumbre del libro, es imposible prescindir de ella. La luz encendida toda la noche en la alcoba lo atestigua. Nuestra pedantería lo subraya. Lectómano y bibliófilo se confunden corrientemente. Por excepción, el último absorbe al primero.

Yo conozco a un sujeto, poseedor de muchos libros, que no lee nunca; pero que goza imaginándose historias supuestas sugeridas por el simple título de sus volúmenes.

-20-

No es bibliómano, ni bibliófilo. Puede que sea un estúpido. Pero esto no se puede asegurar.

Placeres

Mirarlos en los escaparates. Sobarlos en los puestos de viejo. Pedirlos prestados a los amigos. No devolverlos.

Existe toda una escala de gratitudes en la conquista y posesión de esos macitos de papel impreso.

Hay el libro huraño, gordo, que removemos con miedo en su estante y que reza agresivo en su lomo: *Tratado de Legislación mercantil*.

Hay el libro pequeño, en rústica, que todos buscan, que todos leen. Tal novela, tal autor.

Hay el libro insinuante, frívolo como una muchacha, que nos ríe desde el escaparate, exclamando: *Versos*. También como cualquier mujer suele emboscar detrás de su ingenuidad un fraude.

En sus estrofas ruge Baudelaire, o solloza Leopardi. Y hay el libro que nadie lee.

De lujo, suntuosamente encuadernado en piel, que no sabemos de qué trata, ni de quién es.

Libro que sentimos la tentación de regalar a esa dama, también desconocida y de lujo, de la que sólo sabemos que también está excelentemente encuadernada en piel.

Impurezas

Un viejo desdentado, con antiparras verdes, ofrecía libros, hace años, en una plaza madrileña.

Los ofrecía, maliciándolos, al oído, a los mozalbetes y a las mozas de servicio. Eran libros de pocas hojas, de prosa... exagerada y de ilustraciones y fotografías amablemente viles.

Primer canalla amigo que devoran con los ojos encandilados, en un rincón del colegio, la pequeña Teresa, el pequeño Enrique y, junto al fogón de la cocina, la buena bestia de Paca, la criada.

-21-

Primera revelación cruda, en el espléndido despertar de los sentidos. Al recordar estas primeras congojas, ya de hombres, aunque pretendamos ocultarlo con desdén, nos complacemos ante esas fotografías, en realidad cándidas, que ningún viejo de antiparras tiene ya necesidad de vendernos, porque sabemos de sobra dónde encontrar los originales.

Tristezas

El libro jocoso que llevamos para que disipe sus brumas al enfermo, que sólo vio amarguras en sus burlas.

El que espera en la mesilla de noche al insomne. El que yace en la librería revuelta del que ha muerto, sugieren penosas asociaciones de ideas ingratas, de ausencias, desolaciones.

Como en nuestros compañeros de planeta, en los libros, a medida que vamos viendo claro, observamos que acentúan su aspecto desagradable, menos efusivo cuanto más exacto su sentido humano.

También resulta frío releer aquellas páginas cariciosas que nos dejaron un buen recuerdo.

A distancia D'Artagnan es un imbécil. Sin embargo, nunca fuimos tan lectores como cuando nos entusiasmaban sus desafíos y sus borracheras de borgoña.

A medida que leemos, vamos leyendo peor. Paradoja. Verdad.

Si no como tristezas, como molestias para los demás y perversiones individuales se pueden apuntar estas dos: la sugestión del libro único y la sugestión de los favoritos. Para el libro único existe el lector único, el lector del libro doméstico que se encasqueta en su cabeza por dentro como se encasqueta su sombrero por fuera.

El que no se sale de su *Quijote*. La que no se sale de su Bécquer. Los que después de escuchar elogios tributados a cualquier escritor moderno, a quien no han leído, sonrían despectivos, saltando con algo parecido a esto:

-Pero como D. Juan Valera, ninguno.

De la sugestión de los favoritos es imposible librarse.

A veces, esta sugestión no se basa en entusiasmo por la obra, sino en otros detalles secundarios: afán de llevar la contraria a la opinión general, afinidades temperamentales con el autor, esnobismo, etc.

-22-

Para los *dilettanti* de nuestra época, un tiempo se llevó Nietzsche, otro D'Annunzio; ahora se llevan Bergson y Tagore. Lo mismo un poeta que un novelista que un filósofo. La cuestión es que caigan bien en la charla.

-¿Conoces a Rabindranath?

-¡Oh! Hace mucho tiempo. Lo leo en inglés.

La tiranía de los favoritos llega a todas partes. A la mesa de comer, al lecho, al tren, y, sobre todo, al lugar dilecto de la biblioteca.

Individuos hay que le leen a la novia el Kempis, y otras que no pueden prescindir del bicarbonato y de Ricardo León...

LA FERIA DE LOS HUMILDES

Muy melancólico el puesto de libros viejos, con sus hojas deterioradas, amontonados, deprimidos, humillados. Ellos son los caídos, los dolientes, los humildes. Tienen una vetustez amarillenta, y algunos, facha de desengañados precoces, como los niños incluseros.

Ocultan un sueño de éxito que deshizo la realidad, una derrota en el apellido desconocido de su autor, un hombre que creyó y quiso, y que quizá por esto fue burlado por la suerte.

Montones a 2 reales, a 15 céntimos, a 30 céntimos.

Títulos de obras en los que se nota un afán de originalidad frustrada: *Reptil de altura* (?), comedia en dos actos; *Ascua de hielo*, novela; *Frenesí corruptor*, novela.

Un drama, mucho más dramático de lo que supuso el dramaturgo, *¿Amor u Honra?* Un juguete cómico, sin gracia, *La vuelta del duro o el regreso del sevillano*; un manual de agricultura (éste sí tiene gracia) de complejo título, *Injerto, poda y formación de los árboles y vides, con las nociones indispensables de botánica y fisiología vegetal para comprender el fundamento de las operaciones*, por D. Diego Navarro y Soler (Madrid, 1879). Al lado de unos folletitos picantes: *Un conejo para dos*, *Las de Garabatillo*, el temeroso volumen de un conciencioso alemán llamado Zürcher: *Naufragios célebres, volcanes y terremotos*, junto a un devocionario, el *Doctrinal taurómico*, de Hache, y cerca de *Ayes del alma*, poesías de Campoamor, un tratado de siderurgia.

-23-

Fechas, folios, hojas, estampas, periódicos, manuales, catálogos, de historia, de viajes, de lingüística, de literatura, de economía política, de religión, de sport, de navegación. Y sobre todo ello, en la picota de un olvido despectivo, los nombres de los múltiples Pérez y Martínez, Fernández y Garcías, vociferando en las cubiertas.

Por excepción suelen encontrarse libros estimables, a pesar del sentir de los husmeadores de libros de lance, que los creen a todos de alto mérito por el solo hecho de ser viejos.

De ser viejos y de ser adquiridos por ellos.

El buen husmeador realiza sus hallazgos por el olfato, como los canes.

Hay puestecillos de viejo que huelen a Pereda, como los hay que huelen a logaritmos o a carcoma.

En la Feria de Otoño, del Prado, transcurren bien las horas.

La luz plomiza de las tardes de octubre produce un estado de sensibilidad saudosa, apacible. El clérigo anciano, el estudiantillo, el caballero de capa y hongo, buscadores de libros; los puestos de avellanas y acerolas, las acacias

sin hojas y los primeros faroles encendidos componen una nostalgia tibia, promovedora de nobles intimidades pensativas.

-[24]- -25-

▽△

«Renovarse o morir»¹

La avidez renovadora que impulsa al niño a querer los años que han de llevarle a ser viejo, y al viejo a querer volver a ser el niño que pasó, sin las molestias que también pasaron, y la variación constante que rige esa función armónica de momentos y formas que llamamos moda son manifestaciones de una misma actitud de conciencia, hacia un supremo equilibrio de adaptación, nunca logrado, que, informado en lo antiguo, se resuelve en lo nuevo.

Lo Nuevo.

El motivo de la acción invariable que tiende al fin oscuro del Concepto, de lo Inmóvil, de lo Inmortal. Lo Nuevo, esa última estatua maravillosa y concreta que yace en el bloque inconcreto de mármol. Ese mañana mejor, que se esconde en el enigmático bloque del Tiempo.

Tras él marchamos, por él persistimos, en él damos cita a las mejores excelencias del logro, a las mejores excelencias de la promesa.

El subsuelo, el suelo, el mar, el submar, el aire son violados por nuestro afán de logro, de amplificación de espacio en el minuto, placer, de la distancia sometida a un deseo, a veces, infinito, impaciente, vesánico; vértigo de la velocidad, de la altura, de los espacios y de las fuerzas.

Las máquinas modernas cumplen esta necesidad viajera, que nos lleva a renovar en medios diversos los resortes gastados de la emoción.

El tren

Viajar hoy no tiene encanto -dicen los evocadores de los viajes antiguos. Viajar debía de ser muy hermoso cuando de Madrid a Toledo se tardaban tres días. Prescindiendo de lo pintoresco -porque lo pintoresco no desaparece, se renueva con otro carácter-, los pretéritos carromatos, galeras y sillas de posta tenían menos -26- valor estético (como promovedores de sensaciones armónicas) que nuestro actual ferrocarril, el automóvil o el barco.

Visto de lejos, *desde ahora* nos parece interesante el espectáculo de la silla de posta corriendo con sus briosos caballos por una carretera polvorienta, parando a la puerta de un mesón perdido en la sierra, adonde descenden, con sus atavíos románticos, Manon y Des Grieux, el pálido abate Farlini, un oidor anciano que marcha a Indias y un bizarro capitán de los guardias del rey.

Visto en estampa del siglo XVIII, resulta interesante.

Pero, en realidad, la sucesión de aspectos entonces era más lenta que hoy con el raudo sud-express y el vertiginoso automóvil, y, por consiguiente, menos intensa. Y las impresiones pequeñas del pueblecillo, del paisaje sentido menudamente, debían de resultar más monótonas de lo que nuestra fantasía supone.

Además, los reposos seculares y poemáticos de la tierra -la llanura, la montaña, el rincón campesino donde nos sorprendió una noche desmayada de abril- no son invisibles a la retina moderna.

El tren posee una personalidad extraña.

Es astuto y modesto, serpeando en el horizonte, marchando a ese término a que nosotros sentimos la tentación de marchar.

Es fiero y brujo, halagador del siniestro en la estruendosa vibración de su paso sobre los puentes metálicos y a su entrada en los agujeros de los túneles. Formidable, en su arribo a los andenes de la estación; aullante, ruidoso, estridente, con su pito desgarrador, sus hierros estentóreos; sus nubes de

vapor blancas sobre la chimenea y su ojo colérico y rojizo en el frente de la locomotora.

Es sencillo y alegre, en una buena mañana de verano, bordeando una costa.

El tren (*tren*, palabra sobria y fuerte) no pierde su respeto jamás, porque nunca abandona su posibilidad de tragedia, que brilla más que las demás tragedias en las planas de los diarios.

«Naufragio», «Accidente automovilista», no tienen para nosotros la ilusión de catástrofe que esta otra noticia sencilla y horrible: «Choque de trenes».

Luego, el tren, el tren de lujo, conduce en sus cámaras un extracto penetrante de humanería selecta, intersección de varias trayectorias de vida, coincidentes sólo unas horas, -27- para después perderse en sus diversas rutas. En él coinciden el gordo comerciante, siempre atento a sus negocios de bolsa; la muchacha enferma, con su gorra de *jockey* y su cubrepolvo, de cuerpo flaco, que busca en las alturas un poco de aire puro para su tisis; la pareja entusiasta, en su viaje de novios; el viejecillo rico y neurasténico, que rueda de hotel en hotel como pájaro sin nido, y, sobre todo, ese tremendo gozador, ya apoplético de goces, ciudadano del mundo, que cruza la tierra en una perpetua renovación de estímulos. Producto muy europeo que abunda más de lo que se cree.

Hace una mañana fría y húmeda.

Los cristales empañados del vagón desdibujan, sin desentonar, los caseríos y los campos. El verde finísimo de los prados cambia en extensas zonas sus calidades de color: verde azul, en los términos próximos, y verde claro desvaído en blanco, en los lejanos. La bruma, esa bruma llorosa del norte, llena la atmósfera helada y transparente. El sonido -campanas, voces de gente en las estaciones- se difunde preciso, sin resonancias, en el aire.

Son las siete de la mañana.

En espera del desayuno, embutido en mi gabán, con la gorra calada hasta los ojos, de pie en el pasillo del coche, me entretengo en hacer chocar contra el cristal el humo de mi cigarro: choque de grises.

El ritmo ruidoso del tren compone una frase sin sentido, que repito mentalmente. Intensifico a propósito un leve escalofrío que recorre mi cuerpo.

-¡Brrr! -hermosa mañana para fundirse en este vaho turbio de tenuidades, de ideas impresionantes... Aquellos montes lejanos deberían volverse como copas hacia el cielo, como campanas de cristal cenicientas. Pita la máquina. Pitan también, sonarían (¡con qué sonido sordo y extraño!) esas campanas de cristal ceniciento, aquellas colinas volcadas como copas hacia el cielo.

Llegamos.

¿Adónde? A todo fondo se ve un pueblecillo, caídas sus casucas como en un golpe de dados, en mitad de un valle nuboso.

... La torre de la iglesia.

Una chiquilla de pañuelo a la cabeza, inmóvil, sostiene un banderín rojo. Nos miramos: choque de tedios.

El ferrocarril acorta su marcha.

-28-

-¡Hombre! A ver si eso del desayuno se prolonga -al pasar junto al departamento de la señora guapa, aquella señora guapa que vi anoche (enseñando, mientras dormía, un poco de pantorrilla), lanzó un atisbo. Ahora está sentada, muy seria; no enseña nada. Me parece peor que de madrugada, menos guapa. Bueno, es que esta luz de leche (de leche mala) de la mañana no favorece a ninguna mujer.

Paramos.

¿Por qué paramos, si aquí no hay nada, ni nadie, ni casas, ni andén?

-Debe de ser un apeadero -dice en soliloquio un caballero gordo que me pisó anoche-. Estamos tomando agua.

Yo he pasado unas horas en la bestia negra de la locomotora. Y sufrí una conmoción pagana de fervor hacia el Acero, el dios del Walhalla de las montañas de carbón, donde el maquinista y el fogonero eran el Cuadrigario y el Palero formidables conductores de este Pegaso, de esta bestia negra de la locomotora. Veía como dos riendas los dos raíles, que, sin duda, sujetarían allá delante a los otros tres furiosos corceles negros de la carrera furiosa.

El Cuadrigario, alcohólico y grasiento, se asía, en un escorzo clásico, a las palancas de maniobra, mientras el Palero hundía como un tridente su pala en las entrañas de la caldera.

Lumbres exaltadas chispeaban por la mirilla, y como rencores, como remordimientos en la caja de fuegos, gemían los espíritus atormentados de la combustión. Entre los monstruos, yo era sólo una tímida sombra batida por el temblor de la plataforma, la disnea de la caldera y el trallazo silbante de la sirena.

Cruzábamos campos manchegos, a la luna clara de junio, que proyectaba absurdos espectros en el páramo; un fabuloso jinete, cuya lanza llegaba al cielo, y un grotesco aldeano montado en un pollino.

-Señor, señor, voy cautivo en la cárcel de hierro de la máquina, veloz y cautivo, triste y cautivo, progresivo y cautivo, desesperado y cautivo; redimidme, señor -nadie escuchaba.

Sólo yo escuchaba, al compás del estruendo de herrajes y vapores, unas tonantes y burlescas estrofas: «Te inmolarán los fieros Cuadrigario y Palero, te anularán los fieros Cuadrigario y Palero, te matarán los fieros, etcétera, etc.».

Aquel viejo hombre del mar, Ismael, tenía un concepto noble de la vida.

Uno de esos conceptos aristocráticos que suelen sorprenderse en algunos hombres rudos, alejados de las incómodas ficciones de las esferas intelectuales y mundanas. No en todos los hombres rudos, naturalmente. La mayor parte de los hombres rudos son además torpes y tan vanidosos dentro de su medio como cualquier subsecretario.

Pero el roce habitual con las violencias de la naturaleza parece que matiza el espíritu de indulgencias, mezcla de beatitud y comprensión universalista, especie de mojigatería cosmogónica.

Aquel viejo hombre del agua, sin sotabarba marinera y sin pipa, pero con esos ojos esmerilados característicos de los parientes del mar, reducía en unas cuantas frases hechas, cortas, claras, lentas, toda su sabiduría de las cosas y de los seres.

-Hoy vamos a tener pájaros negros -decía cuando el agüero hacía resonar su fantasía, con el anuncio de menudas o fuertes calamidades: enfermedad, galerna, catástrofes o tristezas-. No volarán ellos menos porque yo no quiera. Si siempre son negros, ¿qué importa que sean unos u otros? -si siempre hay que sufrir (traducción), ¿qué más da la causa?

Para expresar sus estados de alma indefinibles pronunciaba una rara onomatopeya, acompañada de un balanceo de cabeza especial:

-Raco, raco... carlino, carlino, raco, raco.

Los pájaros negros eran bandadas de gaviones oscuros que, en las borrascas, buscaban refugio, internándose en la costa.

Él los miraba siempre con prevención, a pesar de su costumbre de verlos. Fruncía las cejas, los miraba, siguiéndoles atentamente con la vista.

-Malo será el día que venga uno blanco entre ellos -refunfuñaba.

Su concepto elevado de la vida se basaba en la finalidad providencial que la concedía. El esfuerzo, el dolor, el sacrificio, no eran sólo caminos de perfección, en que no creía, sino formas de una misión desconocida para el hombre, cuyo significado se oscurecía en la vana existencia.

Era amigo del contraste. Artista.

-30-

Mostraba en los momentos luctuosos una cara serena y aun satisfecha, y se entretenía ligeramente en las buenas fiestas. Humorista.

En las callujas del pueblo pesquero entonaba con sus pandillas de marinos una canción larga, adormecida y llena de carácter, en las madrugadas en que quedaban de aviso para despertar a los camaradas, que debían levantarse para aparejar y hacerse a la mar.

A mí me gustaba verle avanzar por la vereda serpeante del faro, a la hora altiva del anochecer.

Yo, sentado en un peñasco, y creyéndome importantemente meditador, quisiera que hubiese vestido el típico traje del lobo de mar, que tantas veces hemos visto en la estampa y previsto en la imaginación; pero el hombre más tenía aspecto de minero o de faquín que de viejo lobo de mar de novela.

Mi vista saltaba de un islote cercano a un langostero recortado sobre la bruma del horizonte, a la pequeña bahía del puerto.

Bahía.

Esta palabra resbalante, ignoro por qué, promovía en mi mente raras imágenes, pictóricas, marinas: un puerto de noche, luces reflejadas en el agua, un navío que sale a algo heroico, haciendo sonar su sirena, y voces y músicas en los muelles, como quejidos, como entusiasmos...

Pensaba en un verso magnífico que terminase en una estrofa lánguida y biselada parecida a ésta:

-«En la bahía azul de Río Janeiro».

-Buenas tardes, señorito.

-Hola, amigo.

-Hasta mañana.

-Oye; de eso del tabaco inglés, ¿qué hay?

-Ya lo tengo hablao. Le traeré una libra para probar.

-Con tal de que no sea muy caro.

-No. No es muy caro.

Regreso. El ruido del mar y la mezcla de olores excitantes, fundidos en la oscuridad, me producen ese delirio endeble de las horas confusas:

-31-

«El mar, temor, Luna, perros, peces que brotan del agua y saltan a tierra, nubarrón color sombrilla de aquella que recuerdo, polifonía, tabaco inglés de contrabando, 'bahía azul de Río Janeiro' -¡bello verso!-, nervios, nada, prisa...».

La isla misteriosa

Desembarcamos los dos, Sandoval y yo, cierta mañana en la isla de Vernia. En estas primeras luces de la mañana, el islote parecía de lejos un caramelo de fresa. Sandoval (este buen amigo de alma niña y quijotesca), con sus vendas en las pantorrillas flacas, su gorra inglesa muy calada, su *alpenstock* y su mochila llena de cosas prácticas, iba un poco tartarín.

Yo llevaba un frasco de ron y un revólver para crear y deshacer fantasmas. Ambos habíamos quedado la noche anterior en que «en efecto, la isla de

Venia bien podía ser maravillosa». «Todo el mundo la miraba con recelo, y refería de ella cosas absurdas».

«Él (Sandoval) había podido comprobar que algunas noches, sobre todo las tormentosas, se agitaban luces de diversos colores, en lo alto de la peña Iris, y que una especie de navío oscuro arribaba a su playa».

-¿Acaso un buque fantasma?

-No sé. Pero yo sé muy bien lo que me dijo -afirmó severo, advirtiendo quizá un retozo risueño en mis labios.

Me callé. En sus pupilas fulguraba el enigma.

Aprecié ese choque de alejamiento que producen las miradas paradas de algunos niños, el malestar sugestivo de las miradas del loco.

Decidida la excursión, a la mañana siguiente la emprendimos.

La mañana se presentó lírica, vaporosa, de cambiantes dorados y azules fríos. En la isla sólo existía una especie de caserío, formando una plazuela y una calle, habitado por dos o tres docenas de pescadores. Por el norte cortada a pico, excavada, resonaba furiosamente. Tenía dos playas, una de ellas pequeña, montada por monstruosas agrupaciones de peñascos. De la otra, practicable, se metía en el mar un largo malecón, con una caseta de carabineros en la punta.

Un faro. En un monte, una meseta central, y sobre ella, como una pirámide, el sitio más elevado de la isla: la peña Iris.

-32-

El lugar tenía algo de oasis espiritual; sin curas, ni ermita, ni iglesia, ni nada. Cuando algún extravagante moribundo deseaba la extremaunción, se pedía al puerto próximo, llegando el sacramento dando tumbos en una lancha.

El espectáculo resultaba original.

Los chiquillos isleños corrían jugando delante del viático, y los mayores no ponían esa cara mustia con que significan su respeto las personas del mundo. Del mundo, porque Vernia parecía estar fuera del mundo, y este gesto pagano de sus pobladores resultaba, según el humor de uno, a veces extrahumano en bárbaro, otras, extrahumano en sabio.

De ocho a dos

Desayunados y echando humo por nuestras pipas emprendimos la marcha hacia la torre, como la gente llamaba a un templete medio derruido, de gusto clásico, que se alzaba en la meseta, debajo de la peña Iris.

Al lado del templete había un lago de agua dulce, desabrido, lleno de espadañas y juncos.

La escenografía del lugar impresionaba como un foro dramático. El mar extenso, violento al fondo. El lago, tendido en una siesta fúnebre. El templete huraño, en la desolación de sus pedruscos.

Estas soledades hondas se agrandan por triviales sensaciones físicas; el viento acre del mar y la audacia desdeñosa de los animales sorprendidos en su vida oculta. El lagarto nos mira fijo desde la piedra; el ave vuela despacio sobre nuestras cabezas, sin hacernos caso; desde un árbol, un graznido impertinente sostenido nos distrae primero, después nos molesta, luego nos irrita, por último nos alarma.

El mar, insociable por naturaleza, comunica esta propiedad a los campos costeros, y no sólo empaña su ingenuo carácter bucólico a fuerza de bruma, sino que les da un matiz filosófico ingrato y hostil.

En cambio, es un gran purificador de espíritus preocupados.

Conversando alegremente Sandoval y yo, empezamos a subir la cuesta de la torre a pleno monte. Callamos, porque la subida resultaba cansada, y parece que las cuestas arriba influyen mucho en las efusiones amistosas.

-33-

A las doce llegamos a la cumbre de la isla.

Mi amigo correteaba como un loco, contento y feliz como un rebeco joven que sea contento y feliz, y me comunicaba sus ocurrencias acerca del panorama. Yo tiraba tiros por distraerme.

Como corría demasiado viento en lo alto, decidimos bajar un poco hasta el lago, comiendo en la torre, resguardada de aireaciones incómodas.

De dos a seis

Nada, un poco de siesta.

A eso de las cuatro y media el cielo se encapota; el mar, ancho, golpea en el acantilado. Tiembla la punta cana de la barba de Sandoval.

El viento nordeste me produce, como siempre, un tedio especial, marítimo y sereno. Sereno, clásico, un aburrimiento de sabor griego, como el templete de la isla. Armónico, diferente del aparatoso y seco aburrimiento romántico o del neobizantino con tendencia al sueño.

No hablamos.

Miro al agua. Ambulamos de un sitio a otro.

Sandoval frunce las cejas, olfatea esencias misteriosas, palidece.

De seis a doce

-Querido amigo, no me divierto.

-¿Por qué?

-Porque no me divierto. Usted me ofreció fantasmas, y no me los da. El crepúsculo pasa, y esto no va tomando carácter sobrenatural.

-No toma carácter sobrenatural porque no es la hora.

-¿Pues a qué hora hay que esperar?

-A las doce de la noche.

-¿Y qué ocurrirá a esa hora?

-Pues que el mar se rasgará, se pondrán bambalinas nuevas al cielo y aparecerán los dos torcidos y el gigante de los ojos ciegos, que vendrán por nosotros.

-34-

-¿Para qué?

-Para lo que usted quiera; invente usted el episodio.

-Pues para que nos maten.

-Bueno. Se darán las órdenes oportunas.

Mi amigo no era un vesánico, como pudiera creerse. Al menos su comportamiento ordinario no podía ser más normal. Hombre maduro, tranquilo, hogareño, razonador.

Sin embargo...

La seriedad con que decía sus extravagancias, su aspecto sombrío, su lividez, todo me indicaba que sus palabras respondían, no a una simple broma, sino a un delirio sosegado, delirio hondo, de verdadero loco.

La noche se echaba encima.

-Le advierto -me dijo Sandoval- que eso de que nos maten tiene más trascendencia de lo que usted cree. ¡Piénselo bien!

Yo iba a responder que se dejase de quimeras, cuando una duda levísima de que aquel hombre pudiera burlarse de mí, aquel hombre a quien profesaba bien poca estima intelectual, me impulsó a decirle fríamente, mientras daba al aire una bocanada del humo de mi pipa:

-Está bien pensado. Moriremos.

De lo alto de Iris salió en aquel momento, con dirección a la costa, una bandada de pájaros negros.

Me estremecí sin querer. Pensé en mi marino agorero y en la *jettatura* de los pajarracos.

Teníamos que pasar la noche en la isla. A las nueve cenamos en casa de un patrón conocido. El huésped nos había preparado nuestras camas, pero Sandoval me arrastró a dar un paseo por la playa.

Realmente, la noche era estupenda... Algo de frío.

La alucinación

Las doce menos cuarto, las doce menos diez, las doce menos cinco... Las doce.

-35-

Señores: Yo declaro que jamás he estado más sereno que en aquellos momentos. Todo lo que vi, aun haciéndome sufrir mucho, lo vi perfectamente, con claridad absoluta y conciencia plena. Incluso el desdoblamiento de mi personalidad.

Ello fue así.

Rasgose el mar negro como una gran tela de seda, bajo una luz sorda como de acuario, luz procedente de unas estrellas invisibles, sin duda, escondidas detrás de sí mismas.

Un navío silencioso, arbolando el rómbico estandarte del pirata, pero sin ostentar calavera ninguna, avanzó por la rasgadura, fondeando en nuestra playa.

Los dos torcidos y el gigante de ojos abismados saltaron a tierra. Sandoval y yo (otro Sandoval y otro yo) fueron humildes a su encuentro. Volvieron (volvimos) la cabeza y contemplamos una gran plaza, llena de sol de verano y de gente vestida de trapos de colores chillones que hablaban un idioma desconocido.

Gritos. Alegría.

En mitad de la plaza, se levantaba un tenderete algo parecido a una carnicería, donde un hombre de cara patibularia y repulsiva aguardaba.

Nos dirigió un gesto extranjero y una mirada oblicua, japonesa. Era el verdugo. Un verdugo. Nuestro verdugo...

El gigante y los corcovados nos hicieron una reverencia y desaparecieron. En su lugar quedó un pelotón de soldados al mando de un oficial exquisitamente perfumado. El horrible verdugo tenía en la mano una navajita curva, cuya hoja tendría quince centímetros de larga, todo lo más.

Primero empezaron a discutir el ejecutor y el oficial, en presencia de los condenados, erizados de espanto, espeluznados, el precio de la tarea. El verdugo quería que le diesen cinco duros por cada cabeza. El oficial regateaba; ofrecía seis duros por las dos cabezas. Al fin, ambos se pusieron de acuerdo; se pagarían ocho duros por las dos ejecuciones.

Ya satisfecho aquél sobre su paga, agarró a Sandoval, le derribó al suelo, se le echó encima, y desabrochándole la camisa, le empezó a raspar un poco la garganta. La víctima forcejeaba, pero el verdugo, congestionado, sudoroso, le sujetó bien y le clavó despacio toda la hoja curva.

-36-

Como el arma parece ser que se embotaba en la carne, el hombre, con voz serena y atiplada, gritó:

-Dadme otra navaja, que la mía no corta.

Mi pobre amigo yacía en tierra, convulso, disneico, con la garganta entreabierta, manando borbotones de sangre.

Diéronle otra navaja, y en un momento la cabeza quedó separada del tronco. Entonces oyose un lejano redoble de tambores.

Llegome a mí (al otro) la vez.

Rogó al verdugo que no le hiciese padecer mucho. Éste le dijo que procurase estarse muy quieto y que cerrase los ojos.

-Por amor de Dios, cortadme la cabeza más pronto que lo habéis hecho con mi amigo.

Echose luego en tierra, boca arriba, sobre la sangre del otro ajusticiado, y el operario le puso una rodilla sobre el pecho.

-¡Indulto, indulto! -gritó alguien.

-Vamos, vamos, acabemos pronto -dijo tosiendo el artista.

Pocos minutos después, las dos cabezas, chorreando sangre, pasaron de mano en mano.

Sonó otro lejano redoble de tambores.

-¡Ja, ja!, amigo Sandoval, qué cara ponía usted cuando le atizaron la cuchillada. Yo, después, dormí bien.

-Yo no -me respondió Sandoval, taciturno, pasándose la mano por la frente-. ¡Yo he pasado una noche horrible!

Comentarios

La segunda parte no la recuerdo bien. Regresábamos de la excursión, sin más incidentes que esta pequeña extravagancia de la alucinación, que yo procuraba explicarme simplemente como un fenómeno autosugestivo; pero mi amigo, que seguía hablándome de otros fenómenos experimentados por él, aseguraba que todos estos hechos eran reproducción de otros semejantes ocurridos cerca de nosotros.

-37-

Me refirió además una prolija escena fantasmática que presencié entre cuatro y cinco de la madrugada, mientras yo dormía.

Como la anterior, no tenía caracteres de pesadilla y sí de alucinación.

Me habló de una demoníaca fiesta de aparecidos, de danzas de árboles ensabanados y marineros ebrios, que a bordo de una goleta celebraban orgías irreales...

-Todo esto, dentro de lo fantástico, es vulgar; pero la sensación de verdad con que se produce y la aversión que a ese islote tiene la gente justifican nuestra aprensión, por lo menos la mía, y hacen desvariar al cerebro mejor equilibrado.

-Pero entonces -repliqué- esos pescadores que habitan la isla no podrán vivir.

-¿Y está usted seguro de que de veras viven?

-Hombre, yo creo que sí.

-Pues yo tengo mis dudas.

-Bueno, bueno; dejémonos de tonterías y procuremos regresar a casa limpios de supersticiones.

Sandoval encogiose de hombros. Cumplió con su ademán.

Dudas

Verdaderamente, la casualidad tiene bromas pesadas. Tan pesadas, que a veces vacila todo el fardo de sentido común que sostenemos en la lógica, ante el papirotazo del prodigio.

Era el caso que al día siguiente de nuestro inquietante nocturno en la isla misteriosa (nunca con más motivo aplicada la palabra) aparecieron en la playa del pueblo costero, donde vivíamos, dos cadáveres descabezados, cuya procedencia nadie se explicaba, pues no se tenía noticia de ningún naufragio.

Algunos pensaban que serían víctimas de algún torpedeamiento alemán. La decapitación no era muy extraña, teniendo en cuenta la voracidad de los grandes peces y la ordinaria predilección que sienten por esa parte del cuerpo.

El caso era frecuente.

Ello constituyó el tema de conversación de las gentes durante varios días.

Confieso que el suceso me perturbó bastante.

-38-

Ismael, el viejo hombre de mar, explicaba;

Algo malo tenía que suceder. Apenas se puso el sol, arribaron para acá las sotanas...

Recapitulaciones

Nos civilizamos.

Este hotel elegante tiene ya el postín de un gran hotel del extranjero. Nada le falta. Es confortable. Tiene criados tiesos como chambelanes. Tiene una orquesta de tziganes para uso de bailarines y de pequeños filarmónicos. Confituras de vales vieneses. Tongadas, no más, para chicos transatlánticos. Su poquito de bacarrá. Su muchito de cocotería internacional.

Ambiente cosmopolita. Acentos nasales, ídem dentales, ídem laríngeos, ídem estomacales: franceses, ingleses, italianos, españoles.

Estamos en esa hora fumiosa en que las damas distinguidas se cambian de traje por tercera vez. En que los caballeros distinguidos se levantan de la cama. En que la guerra europea deja de cumplir su principal objeto, de distraer nuestra murria, con sus ofensivas y contraofensivas, muertos y heridos, batallas y demás. En que los ricos se aburren. En que los que no lo somos les imitamos, sin duda, por vanidad. En que el orbe nos parece una bagatela.

-Camarero, tráete el orbe.

-No puede ser, señorito. No le tenemos.

-Pues que le traigan.

(Conviene no pedirle con mucha insistencia, porque en estos sitios a lo mejor lo sirven. Cuestión de precio.)

Da qué sé yo pensar en el proletariado, cuando se está entre personas de lujo. ¿Si me notarán que soy izquierdista? -pensamos.

Pero, quia.

Aquí todos somos alguien. Todos tenemos la cara desdeñosa y el gesto cansado del hombre de mundo. Dinero fresco en el bolsillo (si no no se viene), y a flor de labio todos esos formulismos que nos permiten conversar y relacionarnos con el ricacho y la aventurera, lo mismo que con el torero o el político de fama.

La terraza está animada. Mesitas de laca, sillones de mimbre, personas apacibles. Los tziganes tocan un vals lento. Con sus fracs rojos, los músicos parecen menos -39- músicos, más posiblemente lacayos, más a nivel de la concurrencia beocia que les escucha. Aun en lo frívolo, en lo superficial, cerca de las gentes de posición abundan los detalles de servilismo. Es lógico.

El sexteto está bien así, colorado, académico, tocando una cosa muy vacía y muy llena. Muy llena de vacío (¡oh!), sensual, lánguida, tonta, como una de esas jovencitas de la aristocracia de que nos habla Montecristo.

El contrabajo, gordo y calvo, tiene cara de asco.

El violinista se contonea, dándole excesiva importancia a su papel de rascador humilde.

El pianista (primer premio del Conservatorio de París) se permite un alboroto de melenas que le caen por la cara en los acordes fuertes. Es un chico rubio, joven, fofo, de poca ortografía.

Viendo las melenas del uno, las violinadas del otro y el caparazón bermejo de todos, hay que preguntarse:

-Pero estos músicos, ¿qué se han creído? Me incomodo.

Desde que vi en una camisería el retrato de Kubelick lleno de pelos largos y con el cacharrito debajo del brazo, les he tomado tirria a todos los seres melódicos y a sus atributos, incluyendo la boina de Wagner, las patillas de Chopin y la chalina de Verdi.

Hasta ese aire de soñador sombrío que le dan a Beethoven en postales y grabados me parece ridículo.

Estas estampas son muy del gusto del público. El periódico habla de la ofensiva de Foch.

Los alemanes perecen de hambre. Miles de prisioneros, miles de cañones capturados, ametralladoras, tanques. Arden las ciudades. Se hunden los navíos. Krupp recuenta su oro sobre una pirámide de calaveras.

El fuego devora, el aire asfixia, el agua asesina.

Este mismo fuego que arde en mi cigarro, esta misma agua inocente del mar, este mismo aire tan claro, tan lírico, de esta tarde tibia, que entona mi piel con su tacto, que inunda mis pupilas de luz.

-40-

La misma agua, el mismo fuego, el mismo aire. Me siento civilizado.

Imposible.

El aire llevará la vida en su oxígeno, la armónica caricia del sonido a los oídos civilizados, la luz y la fragancia vegetal de la semilla generadora y los maduros frutos; pero el veneno, la explosión destructora, la muerte, no. El mar sostendrá en su superficie las carabelas ilusas y fraternas que lleven a su bordo la mercancía sagrada del trabajo y el amor, el trigo y el libro, la risa y la fe; pero el pez trágico que oculto en sus aguas lance el hierro criminal que despedaza y mata, no. El fuego arderá sumiso en el hogar, o en la caldera de la locomotora, o en la llama simbólica de la lámpara; pero en el noble edificio artístico, en el lienzo glorioso, hoguera sangrienta del odio, que aniquila y destruye, no.

No. La guerra no existe. Es una quimera absurda que hemos inventado. Una perversa alucinación.

Casi entorné los párpados, un poco desvanecido de sueño y de ensueño, cuando una fuerte trepidación nos sobresaltó a todos.

Por el horizonte avanzaba una escuadrilla de aeroplanos. Eran aviones de guerra, trepidantes, poderosos.

Abiertos de alas, como unas aves fantásticas, muy bellas y muy tristes.

Los aviones, los fúnebres pájaros mecánicos, me traían en su vuelo un amargo despertar borroso envuelto en el recuerdo de una frase:

-¡Pájaros negros, pajarracos!

-41-

▽△

Paréntesis

Se me ocurre ahora remitirme al título de este libro. Experimento la necesidad, después de leer el mosaico, la ensambladura, el revoltijo de mis cuartillas, de justificarlas un poco, ya que las palabras obligan, y yo sé a lo que obligan estas dos palabras: Divagaciones. Desdén.

Obligan a no obligar, pues en su amplitud caben todos los excesos de la amiga literatura, con tal de que lleve bien el aire frívolo y de que al enseñar los dientes ría con malicia.

Este libro, de divagaciones tiene algo: la incoherencia argumental de casi todos los trabajos que le integran y los saltos más o menos mortales que se dan entre párrafo y párrafo, muy parecidos a las desordenadas piruetas con que suele entre tenerse la imaginación cuando divaga.

De desdenes no sé. El desdén es posible que asome por cualquier parte.

Si no asoma es porque la amargura le ha detenido en su camino, refiriéndole alguna de esas cosas que no aparecen escritas en los renglones, pero que surgen sin querer entre la falsa literatura de las líneas.

Amargura.

Lo que quisiera desechar del volumen y del autor. Lo que es inevitable que posea a poco color de vida que refleje, ya que sin aquella muy pocos hombres se verían tentados a mojar su pluma en la tinta.

El artista excelso o humilde es un ave esclava que vive en una jaula. Ve el aire, la luz, la descuidada libertad de los otros seres, y en su noble «ansia de espacio y sed de cielo» se lanza a la atmósfera entrañable de la libertad y de la vida; pero tropieza con los barrotes de hierro de su cárcel, y se desploma herido en el sucio tablero del suelo.

Luego, perece o se resigna.

Si se resigna, charla demasiado alto para aturdir su cabeza. Hay que perdonarle si desafina ligeramente, si con el esfuerzo inútil de sus voces salpica de su garganta un poco de sangre.

-42-

Detrás de todos los afanes el desdén aguarda; la adaptación es forzosa cuando se ha avanzado mucho en el camino de la experiencia.

Y menos mal si no llega tarde.

Las impresiones de muy diferentes momentos llueven en estas hojas, a plena sinceridad, prenda de honradez en el arte y en todo.

No se le debe conceder importancia a la turbia unidad de género si resulta clara la unidad de especie.

Cerremos el paréntesis de este quizá innecesario prólogo a destiempo y adelante. Optimismo, serenidad, armonía, no os vayáis muy lejos.

Yorick

Un Hamlet cualquiera podría también exclamar mañana con la calavera de este Yorick en la mano:

-¿Príncipe o bufón?

Este Yorick es un hombre vulgar, débil, algo verde, afeitado y vestido de luto, que entra y sale, va y viene, mira y habla, aquí y allá, entre éstos y aquéllos, más contento cuanto más anónimamente puede perderse en la vida anónima.

Que es príncipe, su vanidad lo asegura.

Que es bufón, lo acredita la actitud fría con que hizo los funerales de sus mejores deseos.

El humorismo, aun cubierto de hielo, es una bufonada filosófica. Y la filosofía es para el hombre -habla Latía- lo que el bisoñé para el calvo: una manera de ocultar a los ojos de los demás el gran vacío que en él dejó de llenar la naturaleza madrastra.

Debajo de las costillas unos llevan el corazón; otros, un hoyo. En el cerebro, prostíbulo de ideas, las hetairas nos brindan un hogar falso, una caricia falsa, un goce falso. Pero aceptamos sus teorías, porque el otro hogar, el de debajo de las costillas, está vacío, es un hoyo.

Así, este Yorick es un hombre vulgar, que mira y habla, va y viene, entra y sale... Luchar. Vencer.

¿A quién? ¿Adónde? ¿Y para qué?

Todas las mañanas, al tirarse del lecho, deja caer sus entusiasmos por ese embudo que mete su punta en el barril sin fondo del descontento.

Bruñidos los vidrios de la ventana por la claridad de agosto o empañados por el vaho de enero, su vista se pierde en la misma oscuridad. Todos los términos son pobres; todos los hallazgos, míseros; todos los apartes, bellos, breves.

¿Es ambicioso, impotente, desengañado?

Huyamos de los motes.

Es él, y no puede ser otro.

-44-

Hubo un día de esos decisivos, que todos los hombres tienen en su historia. De esos momentos cumbre de los que se parte para el Norte o para el Sur, sin regreso y sin remedio. De esos días en que el Destino se tira al alto como una moneda a cara y cruz.

Yorick jugó cara y salió cruz. Si hubiese jugado cruz, habría salido cara. Yorick entonces emprendió su ruta, siguió su rumbo, y a su paso por el camino contempló muchas cosas, hoscas, crudas, burlescas, lastimosas.

No eran nada. No parecían nada. Eran, simplemente, la vida. De la interferencia gloriosa que hubo en su alma aquel día -pubertad, pasión-, apenas quedó una cicatriz, un temblor de llanto cuyo timbre suena ya a recuerdo, a volar de pañuelo que despide desde lejos.

La vejez del hombre joven es la más terrible de todas. Juventud pálida en que para morir es todavía pronto, y para ser feliz es ya muy tarde.

El opio del libro alivió su fastidio y le abrió miradores egregios a que asomarse para contemplar los decorados de papel.

Pero pronto el fuego prendió en las decoraciones, y sólo quedaron cenizas irónicas. Entonces Yorick se sintió bicho, y como bicho quiso actuar: comamos, bebamos, gocemos -se dijo-, y comió y bebió y gozó.

Hasta que un día al cocinero estúpido se le ocurrió envenenar la comida. Desde entonces Yorick es dispéptico.

De seguir en el plan que iba, habría terminado en la misantropía. Pero de una parte que nunca dejan de sonar en absoluto las orquestas del entusiasmo, y de otra que consideró a la misantropía como gesto fuera de moda, y a él no le gusta desentonar nunca, juzgó que lo mejor era buscarse un aparte para sus preocupaciones, sin salirse de la formación común.

Sus apartes no los hace como un respingo de vanidad pobre. Ni pretende hacer callar a todos para que le oigan. Ni cree que tiene nada que decir, ni nada que solicitar. Busca el aislamiento, en medio del bullicio, para escuchar un poco sus vocecillas íntimas.

Y descansa de su propia voluntad en la voluntad de todos, en la voluntad de grupo. Al lado de los hombres que existen sin saber hacia dónde caen ellos mismos. Pero, a distancia, eso sí, de las hechuras de Maese Vulgus, que sabe de la hembra por la piel, de la ciudad por los servicios municipales y de su alma por sus estertores somnolientos.

-45-

▽△

Algeherit

Prólogo

Y Algeherit (cuyo nombre significa «hijo del Destino»), joven potente, bello y virgen de las malicias del mundo, se detuvo un momento en el bosque.

Y sintiendo hambre, cogió algunas frutas de las muchas que pendían de los árboles, y comió.

Y sintiendo sed, inclinose sobre las puras aguas de un cristalino arroyo, y bebió. Y experimentando un fuerte ardor juvenil, se acercó a una pastorcilla que por allí cuidaba sus ganados, y la poseyó.

Después, sintiendo un dulce cansancio, tendiose a la sombra de un corpulento árbol, y se quedó dormido.

Y así, Algeherit fue feliz por primera y única vez en su vida.

Cuando despertó, pensó que debía dirigirse a la ciudad, y alegre, esperanzado y medio desnudo, tomó el camino de ella.

En esto vio venir en dirección contraria a la suya a un viejo mendigo. Y el viejo mendigo sonreía de una manera enigmática.

Al llegar a su lado, el viejo mendigo de la sonrisa enigmática le dijo:

-Hermano, socorredme.

Algeherit le respondió:

-¿En qué puedo socorreros?

Y el anciano dijo:

-Hermano, dadme dinero.

Algeherit, que ignoraba el significado de muchas palabras, preguntó:

-¿Qué cosa es dinero? ¿Qué cosa es hermano?

El viejo le respondió:

-46-

-Dinero es aquello con que se compra lo que se vende y lo que nos pone en camino de adquirir lo que no se vende. Y como dijo un alto ingenio, si no da la felicidad, es lo único que nos compensa de no ser felices. Hermano es como nos llamamos los hombres unos a otros; por ejemplo, yo os llamo hermano pidiéndoos dinero, y vos, negándomelo, me llamáis hermano.

-¿Y para qué tenéis necesidad de dinero?

-Porque vengo de los hombres y voy a los hombres.

-Si tenéis hambre y sed -dijo Algeherit-, aquí en el bosque encontraréis frutas y cristalinos arroyos que aplaquen vuestra necesidad. Y aun si tuviereis otras necesidades ardientes -continuó sonriendo-, también podréis satisfacerlas en el bosque.

-Vengo de la ciudad, noble joven. Mi hambre ya no se aplaca con frutas; necesito carnes llameadas y sangrientas. Mi sed ya no se aplaca con agua; necesito vino. Mis ardores ya no se satisfacen con las ninfas del bosque; necesito amores impuros -y al decir esto, acariciaba con sus pardos ojos el cuerpo blanco de Algeherit-. Noble joven, vengo de la ciudad.

-A ella voy. Decid, ¿es allí la vida tan hermosa como dicen?

El mendigo, con su eterna sonrisa enigmática, dijo:

-Id y lo veréis.

Y luego volvió a repetir:

-Hermano, dadme dinero.

Y Algeherit le respondió:

-Hermano, no lo tengo.

Primera parte

La historia de Algeherit, el bueno

- I -

En la ciudad

Cuando Algeherit entró en la ciudad y le vieron descalzo y medio desnudo, los hombres le insultaban, las mujeres reían y los muchachos le corrían y le tiraban piedras.

-47-

Así, en vez de zapatos para sus pies, y vestidos para sus desnudeces, sólo le dieron insultos y pedradas.

Para evitar esto entró en casa de un mercader y le pidió una túnica y unos zapatos. El mercader le dijo:

-Dame dinero.

Y al ver que Algeherit no lo tenía, quiso echarle de su comercio. Entonces Algeherit, aprovechándose de un descuido del comerciante, le robó unas vestiduras y unos chapines, y salió, vistiéndose enseguida.

Al verse solo, ya pasadas las doce primeras horas del día, sintió deseos de comer y quiso hacerlo. Pero en la ciudad las frutas no penden de los árboles. Acercose a un hombre y le dijo:

-Yo quiero tener dinero.

Y el hombre, que era un hebreo joven de muy buen ver, le respondió:

-Gánalo.

-¿Y cómo hay que ganarlo? -murmuró Algeherit.

-Ven aquí y lo verás -le dijo el judío.

Y le llevó a un sitio donde se hallaba reunida mucha gente.

- II -

El pan y el palo

El sitio adonde fueron era una gran plaza donde muchos hombres cargados con fardos iban de un lado a otro, con grandes muestras de pesadumbre y de cansancio. Otros, sentados detrás de unas mesitas llenas de monedas de oro y plata, compraban y vendían las mercancías que los primeros llevaban a cuentas. Tenían mejor semblante y mayor gusto en su apariencia y atavío.

Y finalmente, paseaban otros hombres, los menos, muy satisfechos y dignos, ostentando lujosas túnicas de pedrería y raso, que no hacían nada, y que de todos recibían dinero y plácemes con muchos extremos de solicitud y respeto.

-He aquí cómo ganarás tu pan -dijo el israelita a su amigo-. Trabajarás como esos mozos agobiados que ves, y con tu mezquino salario ganarás tu pan. Sufrirás ignorancia, servidumbre, malos tratos y, como ellos, te esforzarás mucho y ganarás poco.

-48-

-Yo no quiero ser de éstos -dijo Algeherit-. Seré como aquéllos que están sentados detrás de aquellas mesitas, que sin esforzarse demasiado obtienen más provecho.

-Tendrás que hacer lo que ellos hacen. Éstos viven a costa del sudor de los cargadores de fardos, y aunque son menos en número, los dominan por el oro y por la energía. Se fatigan menos, pero aprovechan más. Necesitarás luchar con ahínco para ser de los suyos, y ser hipócrita, frío, intencionado...

-No -dijo Algeherit-, yo no quiero engañar ni hacer mal a nadie. Me dedicaré, pues, a la industria a que se dedican los hombres de los lujosos vestidos, que al parecer no debe de ser muy cansada, según sus actitudes.

-Entonces explotarás a todos los demás, si sabes, que, ¡ay!, es lo difícil -dijo melancólico el judío-, y serás poderoso robando a tus semejantes. Y si no tienes habilidad para hacerlo, te pudrirás en un calabozo.

-¿Y cómo siendo muchos más los oprimidos no se rebelan contra los poderosos?

-Porque has de saber que éstos están defendidos por ciertos artificios que se llaman leyes, que a su vez componen cierto complicado artefacto llamado Derecho, cuyo prestigio convence a los crédulos, y cuando no los convenciera, hay autoridades, y látigos, y cárceles, y patíbulos e instituciones armadas que les harían entrar en razón.

-¿Qué cosa son instituciones armadas?

-Son grupos de individuos que se adiestran en la forma de matar a otros grupos de gentes con prontitud y método.

-¿Son verdugos?

-No. Son soldados. También existen verdugos; pero éstos no llevan botones dorados ni tienen tanto prestigio.

-Luego no hay otro medio que cargar fardos.

-No hay otro medio.

Algeherit, dando un gran suspiro, comenzó a trabajar.

Y desde entonces comió. Mal, pero comió. Y aprendió a maldecir y a llorar.

- III -

Idilio

Cierto día, Algeherit sintió un malestar extraño e impertinente parecido a una fiebre.

Y viendo pasar a su lado a una hermosa y principal doncella, se percató de que lo que sentía era amor, y así, con la ingenuidad que todavía le quedaba, dirigióse a la hermosa muchacha y la dijo:

-Hermosa joven, yo os amo.

La joven, al ver el atrevimiento de un miserable cargador de fardos, irritose y preguntole:

-¿Quién sois vos?

-Soy un joven que os ama.

-¿Y qué podréis ofrecer para que os acepte, a mí, a la hija del muy poderoso señor Alí-Farandí de Almaramendía, dueño de cien tesoros y de diez mil esclavos?

-Puedo ofreceros, admirable doncella, amor. ¿No basta?

La joven entonces no pudo reprimir su indignación, y acertando a pasar por allí otras doncellas principales, entre todas se rieron y mofaron de Algeherit, al que encontraron ridículo y miserable, y el cual, todo lleno de vergüenza y con fusión, retirose prontamente.

Así Algeherit, en vez de amor, halló burlas y desprecios.

Pero como al corazón no se le manda, Algeherit, que había experimentado la funesta sed de amar, buscó una mujer de su igual y la dijo también:

-Yo os amo.

-Pues uníos a mí -contestole ella.

Y cuando, después de muchas fórmulas y ceremonias con que los hombres de la ciudad complican lo que los canes resuelven sencillamente, se unieron ambos, Algeherit exclamó:

-Ya tengo esposa.

Y ésta murmuró:

- Ya tengo esposo.

Lo que ninguno de los dos pudo decir es:

-Ya tengo amor.

Con lo que Algeherit empezó a desconsolarse y a comprender que se le habían aumentado sobre las espaldas el número de fardos.

A poco, el dinero de un gran señor comenzó a hacer mella en el corazón de la mujer, que era gallarda y nada huraña, y en el alma de Algeherit floreció la amargura y en su frente también.

-50-

Volvió a suspirar nuestro mancebo y a maldecir, y, cogiendo unas cuantas monedas, se compró una mujer por un rato, convenciéndose de que en el amor, como en cualquier mercadería, todo es cuestión de precio.

- IV -

Laureles. Victorias

Aunque ya muy desconfiado de su fortuna, Algeherit tuvo ambiciones.

Y sufriendo por la suerte de sus compañeros de carga, quiso redimirlos y redimirse.

Con lo que les convocó a una gran reunión, y subiéndose a lo alto de una escalinata, les habló así:

-Hermanos, os hablo en nombre de la justicia.

Pero todos ellos sonrieron y se fueron dispersando.

Entonces el amigo de marras vino en auxilio de Algeherit, y le instó a que sustituyese aquellas palabras por estas otras:

-Miserables, os hablo en nombre de vuestro odio.

Algeherit dijo:

-Miserables, os hablo en nombre de vuestro odio.

La multitud, enseguida, volvió a juntarse y a escucharle con interés.

Algeherit, desde este momento, se hizo el jefe de todos los oprimidos. Éstos le respetaban. Los magnates le temían y quisieron comprarle.

Pero él, que aún creía en el mito de la justicia, rehusó dignamente.

A poco, los poderosos, que apreciaron en el apóstol un hombre de peligro para su seguridad, le tendieron un lazo en el que cayó.

Protestaron algunos de sus amigos; pero una buena función de bayonetas les hizo callar.

Algeherit (cuyo nombre significa «hijo del Destino») fue preso, sometido a tortura y, por último, arrojado a un inmundo calabozo, donde pasó luengos años de su vida sin que nadie se acordase de él.

(Aquí termina la primera parte, con la Historia de Algeherit, el bueno.)

Segunda parte

Historia de Algeherit, el malo

Rendición

Al cabo de mucho tiempo, Algeherit salió de la prisión.

Y así como su cuerpo se había transformado, haciéndose débil y caduco, su espíritu transformose también, haciéndose egoísta y cruel.

De su experiencia pasada, extrajo estas tres normas de conducta, que en adelante no abandonó:

- a) Sacrificarlo todo en beneficio propio;
- b) No creer, fundamentalmente, en la honradez de nadie; y,
- c) Devolver mal por bien.

Y sus primeras palabras fueron de adulación para el poderoso. Y sus primeros hechos, para proteger la concupiscencia ajena. Y sus primeras monedas, para el préstamo usurario.

Con lo que el poderoso le colmó de honores, el concupiscente le compró su confianza, y el préstamo usurario le multiplicó el capital.

Con grupos de lindas jovencitas hizo magníficos lotes, que distribuyó entre las casas alegres de la ciudad, actuando de intermediario y amigo cerca de los ancianos ricos y libidinosos que necesitaban carne de placer.

Y montó industrias de azar en los barrios trabajadores y ahorrativos del burgo. Los agricultores, los comerciantes, los empleados dejaban en el tapete verde de una mesa sus economías, mirando estúpidamente dar vueltas a una rueda llena de números, o colocar unos naipes al lado de otros, para averiguar qué jugadores iban a ser saqueados antes.

Compró fincas, traficó con crédito ajeno, explotó el trabajo de los desdichados, y se hizo rico.

... Entonces, creyó llegado el momento de intervenir en los asuntos del Estado. La cautela y el éxito con que había seguido sus negocios le permitieron poder ostentar en el pecho un cintajo de color, y ante las gentes, otro cintajo invisible, pero apreciable, llamado Honor.

-52-

Y comprendiendo que éste es también un producto cotizante, le puso en circulación.

Embaucando a los necios que le llevaron a los más altos puestos de la Administración y de la Política.

Donde se encontró con que todos eran compadres. Utilizó los procedimientos usuales en sus nuevos asuntos, y a poco se vio ensalzando, envidiado y poderoso.

Y si bien en voz baja algunos le llamaban canalla, en voz alta le apellidaban ilustre. Y si no le amaban, le temían; lo que es mejor y más práctico.

En ocasiones (pocas) sentía frío en el cerebro; pero el alcohol y las fiestas disipaban sus nubes. Su antigua esposa estaba ahora llena de dignidades, presidiendo sociedades benéficas, exacerbando el dolor de los caídos con su ostentación y sus joyas.

Y quiso el Destino que una de sus mancebas fuese hija de aquella dama principal que en un tiempo desdeñó su amor.

La cual dama se daba ahora por muy satisfecha de la buena colocación de su hija. Y, en fin, Algeherit llegó a ser el árbitro y señor de la ciudad, con lo que arribó al límite de sus aspiraciones, convencido de que la conciencia es un espejismo patológico que sólo padecen los hambrientos.

A pesar de lo cual, no fue dichoso, porque eso no lo puede ser nadie en la tierra, en virtud de un paternal designio del Altísimo.

- II -

Traspiés

Bien marchaba el gran Algeherit en su vida; pero un rasgo de generosidad que tuvo le perdió.

(Que así la Providencia castiga a los malos, protegiendo el triunfo de los peores.)

Y fue que hubo de perdonar de la muerte, graciosamente, a un agitador de gran fama, que revolvía a las muchedumbres, como él las revolvió años atrás.

Pero este agitador era de mejor índole que la suya (quiere decir, más perverso que él lo fuera), y fraguó una revolución en contra del tirano.

Revolución que tenía por objeto, como todas, derribar a un amo y fabricar otro. Porque mientras haya un esclavo, habrá un amo, y mientras haya un hombre, habrá un esclavo.

-53-

Porque para eso se usa esa zarandaja que llamamos corazón.

Las turbas se lanzaron a las calles, matando gente, incendiando casas y rabiando y chillando, bajo el ridículo pretexto de que no tenían qué comer.

Lo que parece algo absurdo, ya que las personas que no se alimentan se mueren, y eso se encuentran.

Pero la filosofía es patrimonio de los mentecatos. De ahí el buen sentido de un pueblo que protesta, aun cuando no haya nada de que protestar.

Visto el mal cariz que tomaba la cosa, el grande hombre huyó como una liebre, disfrazado de mendigo, con rumbo a otra ciudad, donde pondría nuevamente en juego sus mejores mañas, evitando tropezones y trampas.

Y al salir al campo una buena mañana, ni alegre ni triste, Algeherit se hizo este par de reflexiones:

Primera: Es mejor ser malo que bueno;

Segunda: Pero ni siendo bueno, ni siendo malo, se consigue siquiera un pedazo de felicidad.

Y suspirando y maldiciendo, siguió su camino.

Epílogo

Sonriendo de una manera enigmática caminaba Algeherit, cuando vio venir en dirección contraria a la suya a un hermoso mancebo, medio desnudo, a quien pidió una limosna.

El joven le habló, y ambos departieron brevemente.

El joven iba a la ciudad, lleno de esperanzas e ilusiones, y le preguntó al viejo si la vida en ella era tan hermosa como decían.

A lo que Algeherit respondió:

-Id allí y lo veréis.

Y como éste dijese:

-Hermano, dadme dinero.

El mancebo contestole:

-Hermano, no lo tengo.

Con lo que Algeherit (cuyo nombre significa «hijo del Destino») despidiose y fuese murmurando:

-54-

-Vengo de los hombres, y voy a los hombres.

... Y al contemplar, en el vecino bosque, a una pastorcilla que apacentaba sus ganados, un arroyo cristalino que se deslizaba serenamente y unas bellotas desprendidas de un árbol, comprendió el sentido de la existencia, y sonrió, pensando lo lamentablemente que el hombre pierde la vida.

(Aquí termina la segunda y última parte, con la Historia de Algeherit, el malo.)

-55-

▽△

El doctor Infausto
(Cuento infantil)

- I -

Parece ser que a causa de algunas diferencias surgidas en el Paraíso entre las parejas Fausto-Margarita y Romeo-Julieta, motivadas, según malas lenguas, por chismecillos de mujeres y celillos de hombres, el Sumo Hacedor, para castigar a los perturbadores amantes de Weimar, ordenoles encarnar de nuevo y volver a la tierra.

Y Fausto y Margarita, juvenilmente animosos, tornaron al mundo, creyendo poder reanudar en él su antigua vida de amor y de poesía.

- II -

Bien pronto advirtieron que se habían equivocado. La *reprise* no tuvo éxito.

Comenzaron los resquemores, las rencillas, las protestas.

-La verdad -decía Margarita- que, bien mirado, Fausto no tiene nada de particular...

-El caso es -murmuraba Fausto- que Margarita, quitándola sus trenzas rubias y un no sé qué, que ilumina su rostro, vale bien poco.

En una palabra, a los pocos meses de excursión terrena, ambos se aburrían concienzudamente.

-Ella -pensaba él- es una niña cursi, llena de romanticismo, que se las echa de ingenua.

-Él -pensaba ella- es un fatuo que presume con las mujeres, y se las da de conquistador. Se engoma los bigotes y se riza el pelo, para parecer más guapo.

Los disgustos, cayendo a granel sobre los infelices, agriaron sus caracteres, hasta tal punto que Margarita, despechada, se dedicó a la propaganda feminista, y Fausto, enfurecido, entregose con ardor a las especulaciones filosóficas.

-56-

Los altos problemas metafísicos absorbieron sus horas, empleando su inteligencia en la solución de tales misterios, cuyo sentido conocía de antemano, si no por las luces harto insuficientes de su razón, por los divinos luminaires de la fe, sobre cuya verdad sabía de sobra a qué atenerse.

Él jugaba a la filosofía para pasar el rato, ni más ni menos que otros muchos, y a poco, el nombre del Doctor Infausto, con que amargamente ironizó el suyo verdadero, se hizo glorioso en el mundo culto, y el joven filósofo se vio

honrado con toda clase de condecoraciones y diplomas, nacionales y extranjeros.

- III -

Pero a pesar de todo no conseguía lo que antes consiguió, y el hombre decaía a ojos vistos.

Los médicos le pusieron el mote de neurasténica, y le aconsejaron que tomase hipofosfitos y duchas tibias.

Cierto día, a la hora del véspero, paseando a solas por un hermoso bosque, daba al aire sus melancólicos despechos:

-¡Necio de mí! -exclamaba- que dejé perder mi dicha por un ridículo lío de mujeres... ¡de mujeres!... Las eternas perturbadoras de la tranquilidad masculina, lo mismo en la tierra que en el cielo. ¿Quién me metería en una cuestión de faldas, en una necia disputa entre Margarita y Julieta? Es verdad que esa Julieta tiene muchos humos... Y que Romeo intervino prontamente insultante y grosero. Pero yo soy un impulsivo. Debí callarme. Sí, debí callarme. Mi castigo es justo. ¡Ah!, bien justo y bien cruel. ¡Vivir! Rodar a la fuerza por el mundo con la carga del odio a cuestas, ser joven, muy joven, y tener que esperar a la muerte muchos años..., ¡qué suplicio!

»Si yo pudiera envejecer de repente... ¡Si yo pudiera transformarme al instante en un viejo decrepito y moribundo!

Por el cerebro del Doctor Infausto cruzó una idea terrible. Acaso por serlo iluminose su rostro con una deliciosa sonrisa.

-¿Por qué no intentarlo? -murmuró-. Pero no... no. ¡Qué locura! Un capricho momentáneo pagado al precio de la condenación eterna... ¡Sin embargo, la condenación eterna algunas veces falla! La vez pasada falló. ¿Por qué no había de ocurrir ahora lo mismo?

Atrevámonos. No seamos cobardes. La hora es propicia, el lugar solitario, nadie verá... Invoquemos: «Amigo Mefistófeles...».

Oyose un silbido extraño.

Sonaron campanas a lo lejos y aullidos de perros. Nublose el cielo, extendiéndose por el ambiente un fuerte olor de azufre.

Infausto, sobrecogido, aguardó.

Por la senda del bosque avanzaba un elegante y apuesto caballero. Al llegar a Infausto, sonriendo, le alargó la mano.

-Querido Doctor.

-Amigo Mefistófeles.

- IV -

No puede negarse que el diablo es un guapo mozo. Aquel día iba verdaderamente seductor.

Vestía una capa corta de color de fuego, airosamente terciada sobre el pecho. El calzón de raso negro, la media fina de seda ajustada a la torneada pierna, las hebillas de oro de sus chapines de terciopelo, el ondulante sombrero con la blanca pluma flotante al viento, todo, en fin, el gallardo conjunto de su figura y atavío, le daban el aspecto «chic» de un diablo «bien».

Se comprende que con tales dotes inspire serios temores a la humanidad.

En el rostro agudo y sarcástico resplandecía desde luego la delicada espiritualidad del personaje.

Declaro asimismo que las imputaciones que le han hecho otros autores acerca de la forma de garra de sus manos y del rabo que le cuelga son totalmente inexactas. Carece de rabo, o a lo menos en la ocasión a que nos referimos no se le veía por ninguna parte, y respecto a las manos, eran distinguidísimas. Manos dignas de un retrato de Van-Dick.

En el dedo anular de la izquierda ostentaba un magnífico rubí de color de sangre, y en la pierna derecha, a manera de ajorca, un áspid enroscado de color de esmeralda.

-58-

A juzgar por la exquisita fragancia que despedía su persona, el Malo usaba perfumes caros. Frente a frente, los dos antiguos amigos comenzaron a charlar.

-Aquí me tienes, amigo mío, para lo que gustes mandarme -dijo Satán con su sonrisa burlona.

-Gracias -murmuró Infausto con cierto respeto-. ¿Qué me quieres?

-Quiero... quiero... que me adivines -exclamó resuelto el buen Doctor.

-Nada más fácil. Ése es mi oficio. Adivinar los deseos de los hombres y ponerles delante las ocasiones de satisfacerles. Veamos. Tú, querido Doctor, estás harto de Margarita, ¿no es eso?

-Sí.

-A ella le pasa lo mismo con respecto a ti, pero lo disimula mejor. Por algo es mujer; tú reniegas de la vida, a la que encuentras insoportable, mientras, desprovista de goces egoístas, no tenga más objeto que un esfuerzo molesto y redentor.

-Es verdad.

-Tú deseas envejecer y morir antes, para esperar descansado a la diestra de Dios Padre el fin inevitable de la especie, en tanto tus hermanos en la tierra luchan y sufren.

-Eso es.

-En una palabra: tú solicitas de mí que te indulte de la vida, donde padeces mucho a causa de ese odio inmenso que alimentas dentro de tu pecho... Tú, además -continuó el Bajísimo socarronamente-, pretendes engañarme solicitando de mi enemigo un perdón que tienes descartado, cuando yo, en pago de mis servicios, reclame tu alma.

-No, eso no. Yo te juro...

-¡No jures! Al diablo no se le engaña. A pesar de todo, y para que veas que te aprecio de veras, acepto. ¡Veremos quién se sale con la suya!

-¡Bah, lo que es eso!

-¡Calla! Te haré viejo, viejísimo, y mañana, si te parece a esta misma hora, morirás; ¿quieres?

-¡Oh!, sí, sí...

-Perfectamente. Entonces besa este anillo en señal de conformidad.

-59-

El Doctor Infausto lo besó, emocionado; Mefistófeles desapareció, oyéndose como un eco su despedida:

Adiós, querido Doctor. Adiós.

-Por entre las nubes se mostraron los últimos rayos de sol.

Cuando el Doctor Infausto penetró en su casa, Margarita había desaparecido. Nadie le supo dar razón de ella.

Al pasar delante de un espejo, contempose con sorpresa y terror. Por vez primera se preguntó inquieto:

-¿Si habré hecho una tontería?

Su cuerpo era el de un anciano de vejez incalculable; espesas barbas blancas le llegaban a la cintura, y bajo las cejas brillaban las lucecillas de los ojos como dos llamas próximas a extinguirse.

El Doctor Infausto, sintiéndose enfermo e incapaz de sostenerse sobre las piernas, flacas como alambres, acostose en su lecho y esperó.

Pasaron lentas las horas, muy lentas.

Al amanecer cantó un gallo. Luego otro. Luego otro. Después alborotaron cantarinas las campanas de una iglesia. El sol rubio del mediodía acarició su vieja cabeza, venerable y pálida... A eso de las cinco escuchó en la calle risas de chiquillos.

A eso de las seis escuchó en la estancia de al lado sollozar de personas.

No serían aún las siete cuando una débil ráfaga de aire, penetrando silenciosa por la ventana, rumoreó a su oído:

-Llegó tu hora, vamos.

Cerráronse sus párpados. Después *se sintió muerto*. Después... nada.

A no mucha distancia de las fronteras de la vida existe un bello paraje solitario y vacío, adonde van a parar las almas, en espera de su destino definitivo.

-60-

En este paraje rigen para las almas las leyes de la gravitación moral que, en lugar de actuar sobre masas y fuerzas como en el mundo físico, actúan sobre el espíritu ya libre del pesado ropaje de la materia, imponiéndole direcciones opuestas, según la mayor o menor densidad de sus culpas.

Las almas buenas, aligeradas de peso, ascienden verticalmente hacia la región inefable, mientras las almas perversas e infortunadas ruedan verticalmente también hacia los oscuros antros infernales.

Al llegar el alma del Doctor Infausto a esta especie de sala de espera, no desconocida para él, dos seres incorpóreos, dos fantasmas, avanzaron a su encuentro.

Del fantasma primero, que poco a poco iba tomando forma y clareándose, como si dijéramos, salía una voz dramática, burlesca.

Era la voz de Mefistófeles.

Del fantasma segundo, casi desvanecido en una niebla sobrenatural, salía otra voz lírica, ensoñadora, de contralto paradisiaca.

Era la voz de Margarita. Mefistófeles habló bruscamente.

-Ea, Doctor, liquidemos pronto nuestras cuentas. Venga tu alma.

-¿Mi alma?

-Sí, tu alma -respondió Margarita con suavidad.

-No -dijo Infausto, que, aunque un poco aterrorizado por la escena, la esperaba y preparaba su respuesta-; mi alma, arrepentida de sus terribles

pecados y vuelta en este momento hacia su Dios, implora su perdón, humildemente.

El diablo hizo un gesto de desdén.

-¡Hipócrita! -rezongó.

-¡Hipócrita! -repuso Margarita.

-Dios -siguió el Doctor con acento menos seguro, porque iba advirtiendo que una extraña pesantez le invadía- me salvará ahora como me salvó siendo Fausto, como te acaba de salvar a ti, Margarita.

Ésta respondióle con tristeza:

-Dios te salvó siendo Fausto, porque pecaste por amor a mí, por amor a la vida, a la juventud, a la gloria, porque Dios perdona siempre a los que caen en el mal por haber amado mucho. O a los que como yo, en mi última estancia en la tierra, se [-61-](#) sacrifican y resignan a una vida dolorosa que les disgusta y les hiere. Pero Dios no puede perdonar a los que cayeron como tú, desdichado, por el odio, y en nombre de su odio...

-En nombre del odio -exclamó lleno de gozo Satanás- sólo triunfo yo. Ven conmigo, Doctor maldito.

Infausto no se puso lívido, porque las almas no acostumbran hacerlo; pero debatíose en una lucha espantosa, obstinada, suplicante, ineficaz.

-Dios mío, Dios mío -exclamaba rabioso-, perdóname por piedad, perdóname...

Nada le valió. Todo fue inútil.

Con un «rumor de besos y batir de alas» la figura de Margarita desvanecióse en el azul del cielo.

Mefistófeles, echando llamas por los ojos, riendo a carcajadas, envolvió en su capa de color de fuego al condenado, y el alma del Doctor Infausto hundiose estrepitosamente en los infiernos.

-[62]- -63-

▽△

Maese Vulgus

Aunque no nos ha hecho nada, nos molesta. ¿A quiénes? A unos cuantos. A los que nos creemos con un especial privilegio para no ser ni tan calvos como él, ni tan barrigudos, ni tan ponderados.

Es posible que nos engañemos -todo es posible-, y que presumiendo -¿quién no presume de algo?- ser mastines del rebaño, seamos simples ovejillas sin trasquilar. Pero esto, como cuestión que compete al negociado de la vanidad, debemos dejarlo a un lado. No habiendo certificados de aptitud para el ingreso en las diversas jerarquías, todos tenemos derecho a colocarnos en el grupo que se nos antoje.

Con las gafas aristorias puestas sobre las narices, no cabe duda de que Maese Vulgus es sencillamente grotesco.

Se le ve venir desde lejos, agrandándose, diversificándose, filtrándose por todas partes, subiendo y bajando, perorando o silencioso, haciendo como que piensa. Éste es su estado más engañoso, pues como dijo France -¿lo dijo France?- resulta peligrosa la semejanza que existe entre un hombre en actitud de pensar y otro que piensa verdaderamente.

Maese Vulgus, al *detall* en trozos, se llama público, o gente, o patulea, o caterva, como más nos disguste. Al peso, en bruto, en grande, se denomina Vulgus, maese o excelencia. Es la más alta representación del Pérez ideal.

Es, como he dicho antes, obeso y calvo. Los párpados caen sobre sus ojos somnolientos de un vago color de charca, sus orejas se abren enormes como

abanicos a ambos lados del rostro, inútilmente, porque lleva taponados los conductos auditivos con algodón en rama. El belfo le cae, la nariz se levanta, los mofletes se acuestan. Usa bigote recortado, tres dientes de oro, pluma estilográfica, un solitario en el dedo meñique, cuya uña se deja crecer, chaleco soñador de pura fantasía, hongo y cédula.

Disfruta espiritualmente de una paz vegetal, sabe de las mujeres y de los libros por el lomo, y como es culto, tararea musiquillas de un pariente de Beethoven.

Habla. Además suele poseer un mote y un diploma.

-64-

Sin mote y sin diploma es menos Vulgus, aunque sea funcionario probo, o chambelán del comercio.

El mote va generalmente precedido de una pequeña mentirilla previa, eminente, brillante, bizarro, laureado, ilustre.

El diploma, notable cartulina, suele comenzar así, sobre poco más o menos:

«Su Majestad el Rey (q. D. g.), y en su nombre el Excmo. Sr. Ministro de tal o cual cosa,

Por cuanto (nombre, apellidos, méritos, lisonjas, etc.),

*Por tanto*² (etc., etc.), expido a su favor el presente (lo que sea), en (localidad) a (día) de (mes) de (año)».

Luego, varias firmas: la del interesado, las de sus cómplices.

Ya en posesión de todas estas cosas, más bien casado que soltero, se dedica a persistir en el mundo, a manejar opiniones, intereses, a definir, a comentar.

Le ciega la soberbia y abandona su misión.

(Su misión es dejarse sacar el dinero modestamente sin chistar y actuar en el plano inferior que le corresponde.)

Las más nobles cuestiones se prostituyen al contacto de Maese Vulgus, arrastradas por esas inutilidades desagradables que se llaman cultura pública y vulgarización científica. No comprende nada. Inspira lástima.

Maese Vulgus, español, se nutre de frases hechas. Dice: «Entiendo yo», habla de «renovación», y se lamenta de que «la tarde del desastre de Cavite el pueblo de Madrid fuese a los toros».

Maese Vulgus aplaude esas comedias importantes en que el autor se siente dómine y discursea sobre cualquier problema social, sembrando de ingeniosidades el diálogo que los cómicos subrayan para que nos enteremos mejor de su trascendencia.

Gusta de las estolideces menudas de las piececillas jocosas. Fue germanófilo y cree en Maura. Tiene una mala fe, una maldad desinteresada (que diría Baroja); se complace en la canalladita, y se envuelve en la patriótica socarronería del españolismo clásico.

-65-

Maese Vulgus es ese hombre oscuro que circula por las plazas de provincia, que conversa con el clérigo y el cacique bajo los soportales, y mira de reojo al forastero y palo del telégrafo.

Es ese hombre de salón que balsa y toma té y asoma por los palcos de los teatros su cara opaca y su pechera bruñida. Que encierra en un tríptico bien comprado y mal vendido la mezquindad de su existencia: el automóvil, la querida y el acta.

Es ese hombre modesto que se traga el fondo del diario a que está suscrito, y bate palmas a lo aparatoso y vacuo, y bate pies a lo selecto y hondo. Que adula al de arriba y pisa al de abajo.

Es Sansón Carrasco, antes de ser Caballero de los Espejos, Tartarín en la forma y un poco Yago en el fondo de su corazón.

Maese Vulgus, ciudadano del mundo, súbdito de Wilson, en el que cree a pies juntillas, es ubicuo. Si queréis conocerle, no tenéis más que salir a la calle y mirar a cualquiera: ése es.

Pero sin Vulgus, sin maeses depositarios de tesoros de ignorancia, de equilibrio, de sana mediocridad y sano buen sentido, nuestras vueltas de noria alrededor del sol serían imposibles.

Necesitamos a Maese Vulgus. Pero es repugnante.

¡Qué conflicto, Dios mío!

-[66]- -67-

▽△

Motivos de días de guerra

Negativo

En este salón de baile, sin baile, de la Legación de Bélgica en Zuranno (una ciudad que no existe, de la Costa Azul) brillaba entre el resplandor de las luces el resplandor fausto de la última noticia de la guerra, llegada de París:

«París, 5, 4:10 tarde.

Los alemanes han sido batidos en toda la línea del sector belga, al norte del Mosa. Se han cogido 700 cañones de grueso calibre, haciéndose multitud de prisioneros. G. E.»³.

Un mapa prolijo del campo de operaciones, colocado en un caballete lleno de banderitas tricolores, indicaba la línea de avance.

Ante él, el coronel Mr. Lowell, del ejército británico, que convalecía sus heroicos agujeros bajo el cielo de Zuranno, conversaba con el lírico y saudoso Carmelo Moscado, poeta y cónsul de su país (Chile) en aquella población.

Las melenas, pringosas de brillantina, de Moscado fulgían al contacto eléctrico, y su monóculo, pendiente en la cinta de seda o calado en la órbita, relampagueaba distinguidamente.

Este Carmelo Moscado, tristón y chinesco, mixto de indio moluche y de colonizador éuscaro, seguía con interés los comentarios militares del coronel, que con su firme dedo tieso señalaba los puntos de avance.

Mientras, septiembre palidecía en los estores de los balcones, fundiéndose con la desvaída violencia del alumbrado de dos grandes arañas de cristal, suavizada por pantallas de seda roja. El sobrio decorado Imperio llameaba discreto -oro , damasco amarillo.

-68-

La fiesta terminaba ya. Su objeto, cumplido. Se habían repartido los «carnets» de identidad a las enfermeras, que marchaban al frente italiano. Agrupadas con sus uniformes blancos, la cruz roja en los brazaletes y en los gorros ceñidos a las cabecitas inquietas, tenían ese donaire particular de la mujer que oculta, con seriedad de circunstancias, el encanto de una nueva coquetería.

Había muchachas de pocos años ostentando orgullosas sobre sus pechitos combados la medalla de esmalte y el lazo azul de la insignia sanitaria. Matronas recias, severas en la creyente importancia de su misión. Las miradas de todas coincidían en una interferencia de gracia, unción femenina de salud, en los futuros cuerpos heridos.

Uniformes y fracs, revuelos de frases, sonadas en diversos idiomas. En el salón siguiente -saleta oriental de tapices-, se veía al señor encargado de Negocios de Bélgica discutir y manotear. Dentro del frac, cruzado por una banda, muy alto, muy del gado, de cabeza minúscula y patillas rubias, semejaba una lubina dentro de un estuche. El japonés Tsai-Ye reía apretando las mandíbulas y entornando los ojos. El capitán de *bersaglieri*, príncipe de

Vanutti, polarizaba a un grupo de damas que parecían esperar de él el principio de una romanza.

Y abrumado bajo el trofeo policromo de las banderas aliadas, sobre la tarima del sexteto, un hombre, sanguíneo, grueso, tipo de francés del sur, encendía un cigarrillo. La comitiva que rodeaba al señor encargado pasó al salón de baile, diose más luz, encendiéndose las bujías eléctricas de los entrepaños.

Saturaba el salón cierta etérea sensualidad, enlineada en las elipses de las palmeras, en el trapo de las guirnaldas, enarcadas sobre las puertas, ceñidas a las columnas, resuelta en la impresión de color del abigarrado gentío elegante.

Los criados, de calzón corto y librea bordada en plata, separaban las sillas esparcidas, y los músicos subieron a su estrado, como si hubiese de comenzar un minué sacrílego, en esta fiesta que no lograba temple de melancolía a pesar de su carácter triste y benéfico.

El personaje de tipo sanguíneo de francés del sur, después de avizorar ansiosamente entre el grupo que seguía al señor diplomático, desarrugó el entrecejo. Su *flirt* -Alicia Le Gosby- apareció.

Alicia Le Gosby, esposa del famoso escultor parisién Arístides Le Gosby, era su último y vehemente caso de amor.

-69-

Alicia era una figura equívoca, decadente. Usaba un peinado casi masculino, de flequillo cortado encima de los ojos, como un apretado casquete de fuego. Los ojos, entre los párpados moleestamente inmóviles, dormían en sus cristales el punto muerto, miedoso, de la pupila.

El rostro pomular de esta mujer -boca grande, pintada de bermellón, piel morena clara- recordaba esas facies lindas y crueles de los apaches casi niños que existen en las bandas criminales de París.

No era muy alta. Cuerpo flexuoso, serpeado, de caderas pequeñas y senos iniciados. Pierna larga, manos nerviosas. Tipo de estilo. Belleza selecta, morbosa, belleza artificial, un poco canalla, muy de nuestro tiempo y de nuestros nervios. A lo Mistinguett, a lo Collet Willy.

Los museos guardan retratos donde existen aislados estos detalles, que se reunían en la señora de Le Gosby.

La mirada ausente de la *Dama de negro* de Whistler. La venenosa boca de risa de Gioconda. La mano violenta y delgada de las damas de Contado Witz.

Alicia Le Gosby vestía un traje ajustado de crespón negro.

Las hebillas de sus zapatos eran de brillantes. De brillantes también, la cinta de terciopelo que ceñía su cintura.

-¡Ah! ¿Pero no la conoce usted? -preguntaba el caballero sanguíneo al melancólico Carmelo Moscado.

-No. Y tengo verdaderos deseos de tratarla. Es una mujer excepcional, ¿no? A su esposo sí le conozco. Me fue presentado en París, en el estudio de Olimpio Fulgossi. Además, observe usted: él lleva la misma distinción que yo - dijo señalando con orgullo el botón de las Palmas Académicas, que ostentaba en el ojal de su frac, distinción que en su chaquet extravagante lucía también el escultor Le Gosby.

-Pues, mejor ocasión... Precisamente, aquí viene Alicia.

(Aprovechó la oportunidad para entrar en conversación con ella, que avanzaba sola hacia los dos hombres.)

-Alicia -dijo antes de saludarla, presentando-, el ilustre poeta Carmelo Moscado, agregado a la Legación de Chile, antiguo admirador de usted...

-Fervoroso devoto de su belleza -agregó dulzón el cónsul, haciendo una profunda reverencia y besando la mano de la dama.

-Gracias, señor. Soy su admiradora, su amiga...

Pavoneose el rimador envanecido, y calose fríamente su monóculo.

-¿No ha terminado todavía la opereta? -murmuró luego, frívola, casi al oído del caballero francés del sur. Sin hacer caso de Moscado, Alicia y el otro se alejaron muy juntos, riendo ella, él hosco y gesticulador.

Carmelo, que encontró muy poco diplomática tan rápida huida, acercose al compacto grupo que rodeaba al noble belga, de aspecto de lubina, que terminaba en aquel instante una copiosa arenga, de la que pudo oír las últimas palabras:

-Ideales de justicia y de confraternidad universal, por lo que todos peleamos al lado de la invicta Francia. Señores, ¡vivan los aliados!

Batiéronse palmas. Palmas tibias de personas decentes.

Ya iban a empezar los primeros compases de una música bélica; pero, a una señal, la música permaneció muda, haciéndose un gran silencio.

La señora encargada de Negocios de Bélgica, seguida de un criado que llevaba en las manos un gran álbum abierto, iba ofreciendo a todos los concurrentes, con su mejor sonrisa, una pluma, para que se inscribiesen en la suscripción abierta a favor de los heridos y enfermos del ejército italiano.

Al llegar el turno al caballero francés del sur, éste escribió: «10.000 francos. Mauricio Bouvard de Chamerot».

No había terminado de poner su nombre, cuando las notas aceleradas y entusiastas de la Marsellesa estallaron en el aire.

M. Bouvard de Chamerot se puso muy pálido. Alicia, observándole, disimuló una expresión malévola.

Más negativo

En Zuranno, las noches vibran mucho. Tienen esa fiebre que a la noche da el mar y esa fragancia de carne de la semilla humana, yodada, galante.

La teología de las noches españolas desaparece en las lomas mediterráneas, disuelta en fuegos de paganía, y las estrellas son como orígenes de piedras preciosas, astros de opio y de *café-concert*.

-71-

Bouvard, de *smoking*, con un *bleu* en la solapa y el sombrero blando torcido sobre la ceja, salía del pabellón de recreos del casino y se dirigía al bar americano.

-¡Eh! Mauricio -sonó una voz detrás de él.

Volvió la cabeza.

Era Bassiello, el veneciano agitado de los tics, su camarada, su tremendo e íntimo camarada. Venía del brazo de la rubia Olga, la polaca, la mejor atractiva de aquella mala estación de verano deslucida por la guerra.

¿Adónde vais?

Bassiello señaló con su bastón la cristalería iluminada del casino.

-Hemos hecho una alianza contra la rueda -dijo Olga.

-¿Contra *boche*?

-No. A *boche* -murmuró Bassiello-. Es nuestro juego... ¿No es el tuyo también? -exclamó imperceptiblemente burlón.

Bouvard le miró con fijeza.

-Sí, a veces...

-Si no te marchas, luego te buscaré en el bar. Tomaremos un whisky y hablaremos. Tenemos que hablar.

-¿Pero seriamente? Seriamente.

-Está bien. Hasta luego. Se despidieron sin mirarse.

Mauricio, apretando el paso, dio marcha a sus pensamientos desolados, sobre los cuales flotaba con su aire de jovencuelo canalla la figura de Alicia Le Gosby.

El bar americano estaba desanimado. En la terraza había hasta una docena de personas. Algunas muchachas aburridas y pintadas.

Mauricio se dejó caer en un sillón de mimbre, echándose sobre los ojos el sombrero. Le era intolerable la luz cruda de los arcos voltaicos.

Se encontraba deprimido, sombrío. El disgusto se percibía bajo su lengua como una pastilla amarga, en la punta de sus dedos un poco temblones, en el sudor leve que le rociaba la frente.

Él, que jamás admitió más ritmos en su alma que los que nacían de su propia voluntad de energético, de hombre de acción, de sentimientos castrados de vehemencia, -72- por su amoralidad defensiva, se vio tornado, endemoniado, sacudido por la obsesión femenina de Alicia.

Reflexionó.

Alicia, ¿qué representaba para él?

¿Era el amor blanco de la querida sencilla, el capricho amplificado por el deseo, la mujer de goce que presentimos dominadora de nuestro sexo, la mujer que sirve como motivo de reacciones entusiastas?

No. Él sabía que no. Demasiado viejo, demasiado vivido, para cualquiera de esas cosas.

Alicia penetró en él bruta y secamente. Aparecióle con una extraña sensación de inminencia, como una punzada aguda en el cerebro.

La vida externa se oscureció, humosa, lejana, y los apetitos carnales se transformaron. Necesitaba el dolor de ella, el martirio por ella, el delito o la cobardía por ella, las negaciones más excitantes, sorprendidas ahora en su espíritu, a la luz nueva del mediodía de la pasión. Pretendía velocidades insensatas para sus delirios y para sus regresos a la libertad del cariño sin vicio, bien oxigenado.

Su centración íntima en ella le exasperaba, le agotaba en deliciosas imposibilidades de pecado. Inventó lujurias increíbles. La evocó en complicidad de todas las miserias, gozándose en dignidades de Don Juan, o en toda clase de indignas humillaciones, feliz bajo el escarnio de la risa de su ídolo de carne.

Recelaba pánicos absurdos a la simple idea de que la mujer que lo mediatizó no estuviese dentro de la Alicia que conocía.

Que la que suponía no fuese.

Se alteraban, se desdibujaban sus impulsos en un laberinto de aberraciones. Hubiera querido ser marido ultrajado, ofendido sin piedad, suplicador ineficaz de fidelidades, sin piedad burladas. Convertirla en hija suya, para temerla como hembra, capaz de conducirla hasta el incesto. Destrozada a picotazos de águila -que él acariciaría con su mano enguantada-, de pico largo, encarnizado, menudo, y transfigurada en imagen religiosa, en una mística Santísima Virgen Prostituta. Se sentía vacío, vacío, vacío:

-Mozo, un ajenjo.

Alicia, ahora, le promovía a simulaciones objetivas, raras.

Era la luna que diese una voltereta y se deshiciese en serpentinas.

La sílaba //i, de su nombre A-li-cia, era como una naranja cortada de un solo golpe con un cuchillo.

Las demás mujeres se le antojaban prestatarias de ella. Llevaban medias libiales de gasa, porque ella las usó primero que nadie; el pecho terminaba en dos botones enrojecidos, porque ella los quiso así, amasándolos con sus dedos; los ojos se los rasgó ella cierta vez que ideó hacerlos sexos de las órbitas...

Su posesión no le interesaba. Su posesión era imposible. Inaccesible.

Después de su posesión había de enrabiarse más, sabiendo inconseguible lo que a pesar de ella había de permanecer inédito.

Desde que la conoció -medio año antes, cuando ella danzaba bailes exóticos en París-, sólo en dos entrevistas peligró el peligro de su desunión. Ella quiso. Él no quiso. Ahora, sí, querría, iría a ella a abrasarse, a aniquilarse si era preciso, volaría con ella a su quinta de Auteuil, para donde partiría en breve el matrimonio.

Pero, París... ¿No corría él un riesgo inmenso yendo a París?

Mauricio ensombreciose más, enredándose en otro desagradable orden de ideas.

-Mozo, otro ajenjo.

Ya muy tarde apareció Bassiello, agitando en todas direcciones los músculos de su cara.

Se sentó muy contento al lado de Mauricio y, dándole unas palmadas en el muslo, dijo:

-Me han dicho que te vas a París. Aún no tengo nada decidido.

-¡Ah! ¿Pero es que de veras piensas decidirte?

-Hombre...

-No creo que seas tan imbécil. Y aunque un hombre enamorado sea capaz de cualquier necedad, yo supongo que tú no habrás perdido del todo la cabeza.

-Pues quizá la haya perdido más de lo que tú te piensas. Esa mujer me tiene enfermo, me arrastra, me llevará a París, o a cualquier parte. Donde se le antoje.

-Estoy en el deber de expresarte mis temores. Ya casi los conoces. Sin embargo, te veo inquieto, intranquilo, y debo repetírtelos. Esa mujer es peligrosa para ti, como -74- lo sería para mí, no por lo que puedan subyugarnos como mujeres, sino por lo que puedan intervenir en nuestros asuntos.

-¡Nuestros asuntos!

-Sí. Nuestros asuntos. Nuestros asuntos en días de guerra -murmuró Bassiello fríamente- tienen su nombre: inteligencia con el enemigo, y una pena, la de muerte.

-Calla...

-No nos oye nadie. El servicio de contraespionaje y de investigación está perfectamente montado. Hombres, mujeres, personajes, aventureras, grandes damas, artistas, etcétera, están aplicados a ese servicio. ¡La guerra ha dejado cesantes a muchas gentes, y éstas buscan su compensación sirviendo a su patria! Esa mujer, cuando se llamaba Safo y era bailarina, no vivía ciertamente con el lujo que hoy vive. Su marido, que nada saca con sus esculturas, se limita a vivir a costa de ella. Es su pretexto, su buen hombre. ¿Cómo te explicas su boato, la rareza de sus repentinos viajes, su género de vida? ¡Ah! Si no estuvieras alucinado, bien advertirías la emboscada que se te prepara. ¡Tú eres un pez gordo al que es necesario atrapar!

-Tus suspicacias te llevan muy lejos. Si eso fuese cierto, no habría inconveniente en atraparnos aquí mismo, sin necesidad de combinaciones ni de emboscadas.

-Te equivocas. Aquí, los alemanes tienen media ciudad en el bolsillo. Les sería imposible echarnos mano. Además, España está muy cerca.

-Fantasías. Además, ¿quién te ha dicho a ti ni siquiera que se nos vigila? ¿Quién puede sospechar de nosotros, y por qué?

-Yo siempre vivo sobre aviso. A veces, creo que todo marcha a pedir de boca; pero otras, me acuerdo de Dubois, de Almereyda, de Bolo, y siento inquietud, te lo confieso.

Los dos amigos guardaron silencio.

-¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Hace una noche soberbia.

-Vamos.

La playa les hizo confidenciales.

Mauricio hizo un capítulo literario de sus amores. Después comentó con orgullo su vida, esfuerzo y audacia, pretendiendo, al fin, disculpar -buen francés en el fondo- sus últimas claudicaciones patrióticas.

-75-

-No tengo más remordimiento que el empleo que se da al dinero del suizo, la campaña derrotista; pero te juro que al comprarse el periódico, no suponía yo el alcance que tendrían nuestros manejos.

-Eras demasiado cándido -pronunció irónico Bassiello.

-Mi vida pasada me daba derecho a la osadía, al desprecio de todos los escrúpulos; yo, que pasé de tonelero en Marsella a comisionista de joyas; de comisionista, a director de Correos en Colombia; de director de Correos, a

contrabandista en México; de contrabandista, a banquero; de banquero quebrado, a director de un periódico de París, creí poder especular con todo lo humano sin inquietar mi conciencia. Confieso que ahora he sufrido un error.

-¡Pobre amigo! Defectos de educación. Por mi parte, ni ahora ni nunca me creeré equivocado, a no ser que me vea colgado de una cuerda, única equivocación que admito. Para mí, la patria no existe. Me importan igual los italianos que los chinos. A mí, nadie me preguntó de qué tierra era en los días malos. Teniendo dinero, siempre fui de la patria de Dios; no teniéndole, de la patria del Diablo. A nadie debo nada, luché con las armas que tuve a mano... ¿Quién tiene derecho a exigirme nada? Hoy vivo bien, y pienso cada vez vivir mejor, sea como sea. Soy nietzscheano. Eso es todo.

-Eres un pirata. Tienes el alma vieja de los viejos piratas de tu tierra.

-Siento no serlo de veras para encerrarte en la barra de mi barco e impedirte ese viaje estúpido.

-Descuida. Aunque me cogieran, tú estás seguro. Yo no hablaría de ti, y aunque hablase, nada hay que pueda probar tu culpabilidad.

-Lo sé, y por eso te dejo ir sin pegarte un tiro -dijo con naturalidad el italiano-. Pero me irrita que te haga caer en el lazo una golfa vulgar.

Mauricio cogió cariñosamente del brazo a Bassiello. Amanecía.

Al pasar frente a la terraza del bar americano vieron al cónsul melencólico Carmelo Moscado llorando, entre dos horizontales y tres camareros, una hermosa borrachera cosmopolita, ayudada por medio gramo de morfina.

Era su momento zamacueco, no más.

-76-

Positivo

La *ville lumière* estaba a oscuras.

Yacía en la fatiga de la catástrofe próxima, en la ceniza de la piedra, en el perplejo inquirir de las personas entusiastas o pusilánimes.

La gruesa Bertha hacía sus truenos secos, y a deshora la alarma aguda de la sirena despertaba a la ciudad, obligándola a descender a sus cuevas o a las estaciones del metro, donde a veces se libraban verdaderos combates por la conquista del lugar seguro donde proteger el pellejo, o por el simple asalto de partidas de apaches que aprovechaban las circunstancias.

Los contados faroles de las calles, envueltos en una neblina azul, invisible desde el aire alto, fantasmaticaban. Las moles embozadas de los edificios, sin una sola luz, tomaban movimiento. Se alzaban, se agachaban, torcían la joroba o los ángulos de sus siluetas.

Llovizna. Muchos perros.

Perros en todas partes. Los perros que aparecen, sin saber de dónde, en las ciudades angustiadas.

Perros que no ladran, que no husmean y que corren siempre, siempre. ¡Aquella alegría bizantina del París de los primeros años del siglo!

¡Aquella suntuosidad urbana de los Campos Elíseos; de la Avenida del Bois, con sus palacios enlujados por la niebla, que nos hablaban de banqueros y rajahs, de millonarios norteamericanos, de príncipes rusos y de extraordinarias mujeres de escena!

¡Aquel Maxim's, aquella Feria, aquel Bal Tabarin. Aquellas *cocottes* inauditas de artificio modeladas en laca y champaña!

¡Aquel literario y jovial Faubourg Montmartre!...

¡Todo aquel ilusorio universal, hincado en las vértebras del mundo por el alfiler de oro del maravilloso París, se había hundido en el estanque trémulo, legamoso, de la guerra! Y un odio crispado, espeso, agolpaba en el pecho de

todo hombre delicado hacia el Bárbaro, hacia el Torpe, incitándole a arrebatarse y tremolar al viento las banderas caídas alrededor del túmulo de Bonaparte.

Tremolar al viento homicida que arreciaba «del lado del férreo Berlín».

-77-

A este taciturno París trajo sus huesos M. Bouvard de Chamerot, imantado por el matrimonio Le Gosby, que ocupó inmediatamente su villa de campo en el cercano Auteuil.

El escultor Arístides preparaba un tríptico en mármol y bronce que representaba el Honor, la Justicia y la Patria.

«¿Esta noche quiere usted? Pues venga. Le espero.- Alicia».

Mauricio no experimentó esa sensación que, según dicen en las novelas, se experimenta en la espera de la primera cita con la mujer deseada. Al contrario, esperaba el desengaño después de ella. Si no fuese más que «eso», todas las mujeres serían iguales. Todas. Pero con ésta, «eso» era sólo el punto de partida de una confusa serie de episodios raros -tormento, desesperada dicha- que él presentía en la piel como llamada de timbres lejanos.

Era extraño. Desde que puso el pie en París se encontraba perfectamente tranquilo, seguro.

Su vida permanecía, a los ojos de los demás, tan diáfana como siempre, tan opaca como siempre, en el fondo.

Sus amigos, sus criados le recibieron con el agrado o el respeto habitual.

En el periódico, comprado con el dinero del suizo Holmann, detrás del que se escondía un banquero alemán, y dirigido por el senador Maucourt, se le hizo un recibimiento mediano, buena señal de amistad en la sombra.

Fuese a vivir a un hotel, cerrando su magnífico piso de la rue Royale.

Aquella tarde del día de la cita durmió mucho. Se despertó a las diez de la noche. El reloj de su gabinete estaba parado a las siete. Acicalose lentamente, perfumose, vistiose por sí mismo, pensando, al calzarse los zapatos y al abrocharse la ropa, en ese ridículo momento impertinente de descalzarse y de desabrocharse... Menos mal que... Sonrió. Encendió un cigarrillo.

Le sobresaltó un ligero ruido, de esos que se producen porque sí, y socaban luego más el silencio. Miedo de nada, nerviosismo.

Darí cualquier cosa en este instante por no ir.

No era posible. Le fastidiaría mañana el haber desistido. Después de todo...

(La puerta del jardín. La doncella de confianza que le esperaba. El marido despreocupado, cínico. Alicia, sí, Alicia -irritose de repente.)

-78-

¡Qué estupidez, Dios mío! ¡Qué bien, Dios mío, qué bien! Cerró la puerta.

Salió.

Hacía rato que los agentes de policía se habían colocado en sus puestos alrededor y en el jardín de la quinta, a la que llegaron como sombras, vestidos de oscuro sobre bicicletas negras, deslizándose por la carretera enfangada con ese celo cariñoso, con esa ligereza que suelen poner en las empresas de odio los hombres perseguidores de hombres. Un automóvil celular esperaba cerca.

La policía francesa gusta del *vaudeville*. Por otra parte, se hizo precisa la trampa para evitar el escándalo y la propagación del suceso, evitando dar pábulo a las alarmas de muchos ciudadanos, que ya protestaban de la fiebre antiderrotista, parecida en rigor y suspicacia a la de los tribunales revolucionarios de la época del Terror.

En tal momento (no en la época del Terror, sino en aquellos minutos de cita galante), Mauricio, después de atravesar el pequeño parque, subía la escalinata de la puerta del hotel.

En tal momento empezaba a bajar el telón de la muerte del hombre -tipo aventurero de antes de la guerra- desde las alturas del escenario francés, que algunos miopes creyeron sólo escenario de teatrillo de *variétés* a lo Moulin Rouge.

Alicia, cogida de la mano de su amante y conduciéndole entre tinieblas hacia su alcoba, enterraba un modelo anticuado de trepador. Muy pronto dejarían de usarse esos hombres, como dejaron de usarse los relojes con tapa.

En la alcoba, alumbrada por una pequeña lámpara colocada sobre la mesa de noche, destacaba el lecho coquetón, amplio -batista color hueso, sedas-, perfumado, ungido con la gracia de los secretos viles.

Lecho de cortesana.

Sobre él caía suavemente un cono de luz, apenumbándose el resto de la habitación en una transparencia aérea.

Mauricio estaba muy indiferente.

Estas sorpresas de la indiferencia son indignantes. Empezaba a estropearse el primer rato, ilusamente esperado, cortándose en frialdad y silencio, silencio que habría caído en el ridículo a no ser por cierta resonancia de precauciones que les rodeaba.

-79-

Ella dejó caer su peinador hombros abajo; sentose en la cama, y oprimiendo, sin ser advertida, el botón de un timbre, ofreció sus labios al amante, que hubo de acumular sobre ella unas caricias, unos besos. Tomó sus pechos, rozándolos con los labios, con la punta de la lengua...

En el cercano pabellón de jacintos, el timbrazo puso en movimiento a una especie de duende, que esperaba la señal para transmitirla al señor comisario encargado del servicio.

Este duende era un duende patriótico: el esposo de Alicia (la antigua bailarina Safo), el laureado escultor Aristides Le Gosby.

... Matrimonio de artistas.

Quince minutos después, el caballero Bouvard de Chamerot, sin sombrero, descolorido, entontecido, con la camisa desabrochada, subía al coche celular.

Cerca de París, de repente, empezaron a sentirse trepidaciones en el aire. Restalló el angustioso pitar de la sirena y unos bocinazos roncós de algunos puntos de vigilancia.

-¡El alerta, el alerta! -oyose gritar.

-¡El alerta! -dijo una voz lúgubre, lejanamente.

Golpearon muchas puertas al cerrarse, y brillaron relámpagos instantáneos en las cristalerías de las casas cercanas.

Las trepidaciones de los aparatos se hacían más ruidosas a cada momento. Los focos de los proyectores eléctricos cruzaban las tinieblas del espacio en todas direcciones a la busca de la escuadrilla de incursión; mientras, los aviones de defensa del campo de París se hicieron al aire, rumoreando como abejorros.

El combate se trabó pronto.

Desde tierra se veían, como en una función de pirotecnia, las bengalas de señales de los aparatos franceses. Los alemanes hacían sus señales con silbatos, que dejaban detrás de sus notas agudas una estela de ruido hervoroso, de chorro de agua hirviente. Luego, después de un silencio o de una combinación de silbidos casi musical, se escuchaba una detonación larga, sorda, a veces en serie, repetidas o espaciadas.

Eran bombas dejadas caer sobre distintos sitios de la ciudad.

Las ametralladoras disparaban sin descanso, como carracas afónicas.

La tragedia ignorada de las alturas brillaba como un relámpago rápido, cuando un aparato encendía sus luces o cuando un avión incendiado caía como estrella vencida.

-80-

Frío húmedo.

-Alicia, has hecho mal en salir sin ponerte un chal -le dijo Arístides cariñosamente.

-No tengo frío.

-Pues le hace, hija mía.

El matrimonio regresaba por el parque, hacia el chalet, después de la entrega del detenido.

Caminaban en silencio.

Para desvirtuarle, el marido se puso a silbar una canción.

-Calla -murmuró la mujer con acento indefinible. Cogióle de la mano, y apoyando mimosamente su linda cabecita de golfillo afeminado sobre el hombro, le dijo unas palabras al oído.

Él inmutose. Sonrió luego:

-¿Esta noche?

-Sí, sí. Esta noche...

Alicia estremeciose dichosamente. Aceleraron el paso.

El detenido fue conducido a la prisión de la Santé, donde un capitán, en vez de juez, le tomó declaraciones y empezó el sumario.

Después fue recluido en un calabozo muy alegre, con vistas a un jardín. Había una cama, un tocador, una mesa, una butaca y dos sillas.

Mauricio, después de algunas horas de reposo tranquilo, encontrose bien y con la sangre todo lo fría que era de desear.

Los periódicos hablaron poco del asunto. No convenía dar mucho aire a estas cosas.

«Ha sido detenido -decía lacónicamente un diario burgués-, en la casa de recreo de su amante, el señor Bouvard de Chamerot, persona muy conocida en la alta sociedad de París. Se le acusa de inteligencia con el enemigo».

Otro periódico popular añadía otros detalles de poca importancia: el nombre del juez instructor, capitán Laulanié, algunos pormenores de la vida del preso, etc.

-81-

Un periódico de la extrema derecha (los de la extrema izquierda estaban muy apagados) quiso hinchar el asunto, novelándole, relatando fantásticamente la historia del aventurero, entrando en información; pero, a los pocos días, calló absolutamente. Así todos los demás periódicos.

En silencio cambiose casi toda la redacción de cierto importante diario, nutrido con dinero alemán, encarcelados el director y otros sospechosos y procesado un alto personaje político.

Así, en silencio desde hacía meses, se iban tragando el presidio y la muerte centenares de personas en París, millares de personas en toda Francia.

Con razón unos, con poca razón otros, desaparecían muchos ciudadanos de todas clases sociales.

Un comerciante, cuyo comercio se cerraba repentinamente, deportándose su familia a otra ciudad lejana. Un ingeniero que no lograba regresar de su

viaje. Un simple obrero, un noble de provincias... Todos se esfumaban en idéntico misterio.

El tiempo de los tenebrosos procedimientos judiciales había vuelto a la nación más libre del mundo. Es verdad que, gracias a ellos, se llevaba a cabo una gran labor de depuración patriótica.

Entre tanto, las gentes tenían miedo.

El miedo sereno de los seres inteligentes que, por reflexión, puede convertirse en patriótico heroísmo en los momentos difíciles.

Todas las mañanas, en los fosos de Vincennes, se fusilaba gente.

Al amanecer de una mañana -a las siete menos diez-, Mauricio Bouvard fue pasado por las armas.

Estaba muy amarillo.

Recordando un detalle de Bolo, él también se puso un pañuelo extendido sobre el pecho, encargándole como favor particular a Laulanié que, cuando fuese ejecutado, se lo entregase a Alicia.

Este gesto romántico entusiasmó al bizarro Laulanié, que muy peripuesto cumplió el encargo, entregándole a la señora de Le Gosby el trapo agujereado y lleno de sangre.

-82-

La dama anotó este detalle en su cuadernito de memorias y, aunque se lo propuso, no pudo ponerse melancólica. El horror en ella tenía un camino sensual.

La tristeza no la sacudía nunca por causas especiales, sino sin causa. Cuando Arístides lo supo, le pareció una estupidez bella.

-¡Oh! -dijo.

Varios peligros

La democracia es una gran cosa. Sin ella no se podrían dar gritos. Dar gritos es una cosa todavía más grande que la democracia. Sin ellos nos sentiríamos esclavos, aunque tuviésemos libertad; gritando, aunque no la tengamos, nos sentimos libres.

Pero la democracia, según los estetas insignes, no es bella, no es elegante.

La uniformidad, el anónimo, el férreo colectivismo, que a todos iguala, borra los fueros del individuo y anula el valor de las mentalidades originales y de los trajes de etiqueta.

Antes, un noble que se levantaba de mal humor ordenaba apalearse a su lacayo, y enseguida, por natural reacción del bondadoso espíritu humano, se ponía contento como unas pascuas.

Ventajas, dos: que el noble se tornaba alegre; y que el lacayo se empapaba de la realidad de su misión: servir y recibir palos.

Antes, el color y la calidad de las casacas se basaban en algo serio, trascendental, jerárquico.

Sólo los grandes podían llevar casacas moradas de terciopelo bordadas de oro. Los caballeros no podían pasar del verde, azul o amarillo, de la tela de moaré o raso y de las aplicaciones de plata. Los hidalgos sólo estaban autorizados a la ropilla negra, y los villanos, a quienes se les hacía el favor de no dejarles en cueros, tenían un buen derecho a usar juboncillos y calzas.

Ventajas, dos: Que los de abajo, deslumbrados por el oro de los de arriba, los acataban sin rechistar, como a casta superior; y que la casaca de primera clase significaba algo. Tenía valor por sí. La bofetada que surgía de una mano

escondida entre encajes, unida a un brazo forrado de terciopelo y oro, no era una bofetada. Era una advertencia o un consejo, contundente si queréis, pero no más que un consejo.

De aquí derivaba la saludable disciplina que reinaba en sociedad. Los espíritus refinados (y no podían serlo más que los bien nacidos, porque ellos solos disponían -84- del tiempo y del tedio indispensables, las otras almas dormían aún) nutriéndose de exquisitos convencionalismos plenos de dignidad y de buen gusto.

¡Arte, moral, derecho, costumbres, todo divinamente lógico y perfecto! Hoy, por desgracia, no ocurre esto.

Si a un criado se le hinchan las narices de soportar a un señorito tiránico, corre éste el riesgo de que también se le hinchen las suyas, sin que una ley grosera conceda la debida supremacía a las narices elevadas.

Un frac puede usarlo cualquiera disponiendo de 300 pesetas, y en muchas ocasiones sin disponer de ellas.

Con lo cual ocurre que el criado, sin dejar de serlo, sueña con igualdades imposibles, y el frac pierde su prestigio en el cuerpo plebeyo de un comisionista de vinos. En el orden espiritual, el conflicto se agrava.

El espíritu de los aristos, en las democracias modernas, adquiere una tensión excesiva, que muchas veces hace estallar la caldera donde las demás almas cuecen humildemente, igualitarias y sin protesta.

Los aristos se rebelan, anarquizan, se hacen nietzscheanos y, como no se recurra a los golpes, llegan hasta sostener de palabra y obra grandes tonterías. «Nosotros -afirman- estamos más allá del Bien y del Mal».

Haremos mal en creer que esto es una necesidad. Ellos se basan en poderosos motivos.

«Tienden hacia un mundo armónico, informado por el ideal». Son artistas, príncipes del pensamiento, de la acción o del poder.

Si no tienen dinero, todo esto no les sirve de nada, y se agotan persiguiendo el mendrugo, como cada hijo de vecino...

Pero, ¿y si le tienen? ¿Y si le logran?

Entonces es cuando surge el peligro aristórico de la democracia. La moral se resquebraja -la cuerda se rompe siempre por lo más flojo-, y los superhombres forman su aparte, ensayan su gesto, y las muchedumbres, imitativas, deshacen el equilibrio logrado a tan dura costa.

A primera vista, el hombre que pone frases encima de unas cuartillas, o que ostenta una corona en su tarjeta, o que charla desde un escaño, no pasa de ser un pobre diablo que juega a cualquier vanidad más o menos inútil.

-85-

Pero cuando ésta se convierte en productiva, los pobres diablos pasan a ser amos, y su influencia a dominar al vulgo.

El intelectualismo posee una gran virulencia, y su ejemplo es profundamente inmoralizador.

En Roma (¡ah!, la Historia), la decadencia comenzó en los versos, siguió en los perfumes y acabó en las medulas romanas.

Hoy, que pretendemos habernos despojado de cadenas, seguimos el mismo ciclo, existiendo ya quien, como César, se ufana de poseer todos los vicios en nombre de su grandeza.

¿Ustedes conciben estos horrores en una sociedad bien regida, como, por ejemplo, la de Felipe II, todo pureza, beatitud y disciplina?

Como los esposos engañados que no tienen la suficiente elevación de alma para consentir, los superhombres de nuestros días no tienen abnegación suficiente para disiparse en la mediocridad democrática del ambiente común.

Dicen que la democracia huele mal.

También esto es peligroso. No puede decirse. No debe decirse.

¿En qué régimen, en qué sistema podríamos todos, mejor que en éste, darnos el gustazo de chillar a voz en cuello tantas hipocresías, para mejor guardar en silencio tantas verdades?

-[86]- -87-



«Pensativo, el codo en el bufete, la mano en la mejilla...»

Amamos lo impersonal y lo inconcreto.

El balbuceo del labio y la ambigüedad del precepto, el ritmo del manantial oculto y el eco de las pisadas del pasajero invisible.

Los estados de ausencia, las delectaciones conjuntas donde actúan los detalles, mezclados en la impresión indefinible, sin nombre y sin fecha.

La línea permanente de la estatua, el desnudo, y la impermanencia del capricho, que corrige y formula, distingue y estiliza.

Amamos todo lo que nos liberta de las patrias y de los relojes.

El péndulo, la tiranía del péndulo, la sujeción al tiempo, es lo que ha colmado al mundo de espectros y de miserias.

La felicidad le escamotea en el ensueño, que es como la forma aguda de la renunciación.

(El anuncio luminoso, turbando el reposo inmortal, expresa una velocidad desagradable en la costumbre de nuestra retina.)

Hoy, la gran ciudad se concreta ofensiva, entre la impresión de los letreros eléctricos, que se encienden y se apagan con rapidez, y la majestad del edificio que alza sus respetos de piedra en volúmenes de tiempo.

De aquí nuestras frecuentes fugas al paisaje y nuestros tedios sobre la mesa, donde aguardan revistas y libros, que son como anuncios lumínicos de la Duda, damisela de la doble belleza y señora también muy dada al minuto.

¡La Duda engendradora de la Tinta e impulsora de Ashaverus, el judío errante del pensamiento!

(El caballero del entrecejo peludo.)

FIN DE
DIVAGACIONES. DESDÉN

Pájaro Pinto

▽△

-[90]- -91-

Antelación

▽△

Traer a la literatura los estremecimientos, el claroscuro, la corpórea irrealidad o el realismo incorpóreo del cinema, la lógica de este arte, es procurarse nuevos efectos literarios, muy difíciles de situar en ningún género determinado.

Entre la novela y el poema ya existe una zona de interferencia, verdaderamente sugestiva. Entre el poema novelar y la cinegrafía, la interferencia resulta mucho más sugestiva. (Buscar una especie de proyección imaginista sobre la blanca pantalla del libro.)

Lo peor es que el interés argumental se suele perder bajo el desafuero de la fotogenia y de la metáfora.

Se suele perder.

Pájaro Pinto

- I -

El Pájaro Pinto, que era el pájaro frívolo que tenía la humanidad para sus niños y para sus biombos teatrales, se transmutó en pájaro grave después de la guerra. Volaba por el mundo hasta hace poco. Y un día -como se dirá luego, a su debido tiempo, al final- desapareció.

El año 19, a raíz del primer aniversario del armisticio, fue nombrado -como el ser de la más última y magnífica inocencia- ministro de Relaciones Exteriores de las cruces de madera. Todos sabemos lo que son las cruces de madera.

La primera vez que el confidente vio uno de estos huertos especiales, le pareció un campo de aviación. Silencioso. Con las escuadrillas fuera de los hangares, prontas y formadas para emprender el vuelo.

- II -

La más visible cosecha de la gran guerra ha sido ésta de las cruces de madera. Se trata de huertos. Simplemente. Unos grandes huertos, alegres hasta donde es posible, en los que brotan plantas, en la curiosa disposición de los plantíos vulgares, y cada una de aquéllas en forma de cruz.

Cada una tiene cuatro antenas: dos laterales, una superior y otra inferior. Por las dos laterales comunican con todo el mundo que hace ruido, lo mismo que cualesquiera otros aparatos de radio, y por la antena superior no se sabe, realmente. Como se dirige hacia arriba, suponen algunos que comunica con... (Pero la Biblia recomienda que no hagamos juicios temerarios. ¿Para qué hacerlos, pues?) Lo que sí es seguro es que por la antena vertical inferior comunica con el infierno. El palo clavado en tierra recibe por su afilada punta chispas mensajeras, y las envía con regularidad. -94- Van y vienen, del

verdadero infierno a la punta del palo, y de la punta del palo al verdadero infierno. Éste se halla muy pasado el de Barbusse -y el limbo de Abraham, por lo tanto- y algo lejos del de Dante.

- III -

El Pájaro Pinto se puso serio después de la confidencia. Meditabundo. Estúpido. Dejó de acudir al llamamiento de los niños y de posarse al lado del pelícano y del dragón amarillo en el biombo del gabinete.

En cambio, aprendió a situarse, inmóvil, en las altas y metafísicas veletas, donde reflexionaba y jugaba a los naipes, barajando los días y las noches, harto de hacer: ¡cu cu!, en el reloj.

No. Ahora se sostenía graciosamente -como un canario sobre su caña- sobre el hilo de los tres filos. El filo de la media noche, el filo de la media tarde y el filo de mediodía.

Pinto recorrió, con calma y atención, todos los huertos de cruces de Europa, recibiendo de cada cruz, una por una, instrucciones particulares. Y luego, el mandato total de la Asamblea, que lo hizo ministro.

Pájaro Pinto recorría, con «patojo, flojo y cojo, mustio vuelo milenario», cual el cuervo de Poe, los campos de labor de las cruces. Iba del Yser a la Masuria, de la Masuria al Marne, del Marne al Isonzo, del Isonzo a Ypres y a Verdun...

Girada su visita, tomaba un largo vuelo y se posaba en una veleta.

Si era el filo de medianoche, sobre el Vaticano o el Kremlin. Si era filo de media tarde, sobre el Capitolio de Washington, y si era filo de mediodía, sobre la misma puntita del pezón de Francia. En la torre Eiffel.

En estas alturas comprobaba desoladoramente las mentiras grotescas que la humanidad radiaba desde cualquier punto de las cuatro panzas de la tierra a

las indefensas cruces de madera. Entonces el noble y leal Pájaro Pinto, acostumbrado a los velivolismos jocundos de la fantasía de los niños y a los espacios azules, se tambaleaba como un borracho y marchaba a oficiar secretas consignas a las escuadrillas alineadas.

-95-

- IV -

Pero lo más acongojante eran las misiones particulares de orden sentimental que solían encargarle.

Cada cruz le preguntaba ansiosa por su antigua familia, por sus antiguos amores, por sus dichas retrospectivas. Le rogaba que acudiese al antiguo hogar y le trajese noticias de los suyos.

Pájaro lo cumplía siempre. Siempre con idéntico resultado. Se vestía de cierto luto, estirado, con guantes negros, gafas ahumadas y un sombrero marrón con gasa negra. Iba a la casa y llamaba al timbre.

Salía la criada.

-¿Están los señores?

-No, señor. No están.

-Pues ¿dónde están?

-Se han ido al cine.

-¿Todos?

-Todos.

-¿La señora también?

-La señora también.

Entonces se hacía un silencio. Una pausa. Una tremación charlotesca. Pájaro daba una vuelta despacio para irse. Mas la voz de la criada musitaba cálidamente:

-Pero no se marche usted por eso, caballero. Pase usted... Pase usted, caballero -insistía sonriendo-. No volverán hasta tarde.

-¡Oh, no! No puedo -sonaba misteriosa la voz de Pájaro Pinto-, no puedo. Tengo que picar. ¿Comprende? Tengo que picar...

Y se iba, horrorosamente triste.

- V -

Como manifesté al principio, llegó al fin -ahora- el día en que dejó de volar el pájaro inadmisibile -indiscreto y pueril- por la gran paz de nuestra atmósfera.

-96-

Cumpliendo por vez postrera su obligación confidencial y ministerial, recorrió los extensos campos donde aguardaban las escuadrillas.

Y ya no vio nada. Absolutamente.

Todos los aparatos habían levantado el vuelo.

-97-

▽△

Xelfa, carne de cera

Prólogo

Xelfa se yergue en la plaza pública con su figura sin contorno, de civilizado. Áspero y analítico. Cursi, delante de las piedras de Eubea y de la basílica de Roma. Con sombrero de copa y levita -desesperado- todavía, pero nada más

que unos minutos, en uno de esos jardines shakespearianos de luna romántica y un carácter.

-¿No sabes -le ha dicho un Poeta de Cabaret- que pisamos un terreno difícilísimo, desconocido?

ÉL (con voz pálida).- No. No pisamos ningún terreno.

P. DE C.- ¿No ves subir la cinta automóvil del camino y temblar sumisa la vida en la pantalla cinematográfica? Disimuladamente... Disimuladamente.

ÉL.- Veo que la Bestia Negra asciende porque sube en aeroplano. Pero luego baja. *(Ríe.)* ¿Cuándo dejaremos de disfrazar de útil lo voluptuoso?, y lo útil mismo... La ciencia misma... ¿Comprendes?

»¡Ah! ¿Qué horrible opresión siento en el pecho? *(Hace gestos angustiosos como si se ahogase. Se le auxilia. Una copa de champán. Tranquilizado, queda silencioso. Callado consigo mismo.)*

(Se le nota así más la carne de cera bajo el arco voltaico.)

Hizo el amor, lo consabido melifluo, y tampoco le convenció. Ni la acción ni el arte. Hasta cierto punto se dejó llevar por la mujer que con aires de imperio, de impertinencia suma, le cogió de la mano. Hubo -no ha de negarse- los nubarrones, las luces tempestuosas sobre la mar brava de su piel. Sobre los nervios de fuera, total. Pero el cordaje interior, nada. Son cordaje de tripa de perro.

Las fórmulas de la depravación demasiado civiles y agotadas.

Desgraciadamente.

Llegaron las desventuras. Se consteló su espíritu como el de cualquiera de ellas. Y pasó por trances gravísimos. Un hombre de fe los hubiera resuelto con la oración y la penitencia. Un concupiscente, con la ironía o el suicidio.

Pero Xelfa halló que no le convencieron. ¡Espantoso hallazgo! Comprendió que la tragedia no importa por honda o por complicada, sino por razonable. Que el dolor no mata por intenso, sino por persuasivo. Liberarse de él -en civilizado, en gentil metafísico- es hacerle narigudo oponerle en cuclillas.

P. DE C.- Cuando te miro advierto que eres de cera, blanca y fría, y la ciudad que te rodea de níquel. Eres caprichoso, aéreo, flotas en una ingravidez moral que quizás sea la inmortalidad de tu tiempo.

»Pero, ¡qué arruinar el de esta piqueta del capricho! En el fondo te vencen los más menudos y groseros escrúpulos. ¡Dolorido microscópicamente!

»Moderno y lúgubre, lleno de sonrisas amarillas. Sin sol. No encuentras una pierna suficientemente fina. Ni un domicilio con la dimensión precisa. Ni un país sin postizo. Ni un mero afecto en la teoría general del mero hombre.

»¿Y tu sangre?

X.- Mi sangre corre. Pero no es sangre humana. Es como aquella sangre que pedía Homero para los dioses. Semejante al rocío, especie de vapor divino que, no substanciada por las frutas de Ceres ni el líquido de Baco, fluye inmortalidad.

P. DE C.- (inquieto, misteriosamente, al oído). ¡No lo creas!

Capítulo I

Xelfa volvió de la guerra

La partida

En la muralla de la alcazaba de Tetuán (Marruecos) hay un sitio donde parece haberse jugado a la pelota. Se advierten claras huellas de pelotazos. Son las señales producidas por la artillería de O'Donnell el año 60.

No se movía brizna, ni turbante, en la atmósfera quieta, este día de la partida de Xelfa, que esperaba con los demás soldados su regreso a España, en tres regresos. El de su espíritu, el de su cuerpo físico y el de su cuerpo uniformado. Desde las tres de la tarde aguardaba la llegada del tren de Ceuta que, a su regreso, había de conducirlos -99- a ellos, a los soldados repatriados. Un septiembre y unas cinco de la tarde. Y, enseguida, entre la espera impaciente, el sonido de una sirena ronca y el tren.

Se trataba de un tren ganso, azul oscuro, que venía *andando* a lo ganso, con el bamboleo característico de los gansos, e iniciando el: ¡cua, cua! Para echar humo abría el pico y estiraba el cuello. Parecía que marchaba siempre perseguido por el delantal de la granjera, el azul celeste, o que tenía prisa en meter el pico en la cazuela inmensa del sol africano. La auténtica cazuela de fuego, que no está sobre la lumbre, sino que la tiene dentro. Como han observado todos los africanistas, el sol de Marruecos da la sensación de que no se pone nunca. Realmente, no se trata de un sol de pintor, con alegría y policromías a la europea, sino de un sol moro, celoso y frutal, con un brillo sostenido de alfanje. El pintor europeo se encuentra con este sol y queda defraudado. Entonces, asalta el harem de este sol sultán, y allí goza de los verdaderos deleites de los interiores marroquíes. Unos interiores suaves y femeninos, odaliscados en gris, que rebajan con ternura los dorados fríos de la luz.

Todo el batallón de cazadores de Viriato, número 97, esperaba el embarque en la estación del ferrocarril. Volvían a la Península después de dos años de guerra, después de combatir constantemente en prolongados itinerarios estratégicos. Morían de vez en cuando. Pero como las «unidades» (*sic*) no mueren nunca, aunque perezcan sus individuos -se renuevan-, el batallón de Viriato aparecía siempre resurrecto, a toque de corneta, en cualquier campamento.

El soldado Juan Martín Bofarull, llamado Xelfa por sí mismo, contemplaba por última vez Tetuán y la vega. Juan Martín Bofarull tenía veintitrés años; pero Xelfa llegaba a los treinta. La cronología habíase quedado rezagada en la

naturaleza cerúlea psicofísica de Xelfa. Xelfa quedó abstraído mirando, por última vez, Tetuán y la vega.

Con mucho cuidado, cogió con los párpados la vega y luego la dejó donde estaba. Tenía música y no le convencía. Los verdes musicales -exentos de veronés- y los blancos desentonados de las enjalbegadas casas morunas casi le molestaban. El oído no fue nunca su sentido directriz. El ojo sí. Por esto, ya le era más simpática Tetuán. De Tetuán, restándole a la ciudad lo que posee de filtración andaluza, lo que vio Galdós en *Aita Tettauen* y lo que siguen viendo los corresponsales de los diarios, se salva notable impresión. Tiene ya cierta alma de desierto. El oriente empieza a explicarse: ampliarse las curvas. Esta sensibilización de curvas arquitectónicas, humanas, espaciales, sentimentales, -100- que terminan en la gran curva misteriosa y cerrada de la circunferencia religiosa, ya son oriente. Curva ceremoniosa, lenta. El arco de la mazmorra y la curva gumía. La palmera del arábigo patio curvándose. La onda del salmo coránico. La noche, el silencio, la nariz del hebreo y algunas de las espirales del dolor, que arrancan del corazón de Mahoma y se elevan hasta la afilada media luna, como voluta de sahumero...

(Don Pedro Antonio de Alarcón. Don Pedro Antonio de Alarcón, ¡eh! Hay en Tetuán más curvas que las de la joroba del dromedario.)

-¡A formar! ¡Vamos! ¡A formar!- gritó el oficial de la sección de Xelfa.

Otras voces gritaban lo mismo.

Formó el batallón y avanzaba el tren. El ganso azul oscuro avanzaba por la vía cuaqueando a derecha e izquierda. Sonó la sirena ronca y se paró. Al descender de un vagón el gordo morisco Mohamed ben Talud, medio tren se venció de su lado. Bajaban moros, alguna mora tapada, señoras, señoritas - con sus sombreros y sus sombrillas- y caballeros, paisanos y militares, residentes en Ceuta, que acudían al baile que se celebraría por la noche en el Casino Militar de Tetuán . Hacía varias semanas que el tren podía circular. No sonaba un «paco». La zona se hallaba pacificada.

Xelfa, formado, abrió en abanico la evocación de su vida africana y empezó a abanicarse lentamente, ahuyentando los mosquitos del calor. Su imaginación, en cambio, revistaba acelerada los episodios recién pasados. Dos años antes llegó a Tetuán con el batallón de Viriato. Llegó de noche. Había guerra. Lo metieron en un cuartel, lo sacaron, lo volvieron a meter en otro cuartel, durmió, y a la mañana siguiente marchó destacado con su compañía a la posición de Tifarúin. Una posición situada a ocho kilómetros de otra posición más grande, Ben Karrich, y a 22 de «la plaza».

¡La plaza! Aquí se detuvo en evocación absurda el imaginismo de Xelfa. Todo un poema le detenía en estas dos palabras. Veía la plaza de toros. Una plaza de toros especial, militar, donde en rara mezcla confusionaban elementos militares y taurinos. Alrededor del redondel veía adustos pabellones cuartelarios. Por el toril, en vez de toro, salía la boca de un cartón largo, gordo, negro como un miura. (También había en las gradas algo de bazar hebreo y sobre la presidencia una sábana blanca.) Cuando más tarde contempló -101- el triste espectáculo de las evacuaciones de muertos y heridos, en larga hilera hacia las hospitales de Tetuán, escuchaba en subconsciente e irrespetuosa mezcolanza los gritos de: «¡Eh, a la plaza!» de Madrid, en la calle de Alcalá, los días de toros. No ponía, desde luego, ninguna intención de sarcasmo en tal pesadilla.

La posición de Tifarúin constituía el pico de una pequeña montaña, rodeada de otras montañitas de su misma altura. Pelado, calcinado, rojizo todo. El cielo, apretando la base dentellada del horizonte, era un fanal azul. El azul inexorable, terco, engrudoso de Marruecos. A las ocho de la mañana se veía el mismo azul que a las ocho de la noche. La noche era igual que el día. Rara vez dejaba de ser la luna un pequeño sol enfundado. La fuerza militar a la que pertenecía Xelfa -unos 90 hombres mandados por un oficial grueso- se alojaba en varias tiendas de campaña, convenidas en agitadas campanillas cuando el viento, venciendo el azul terco, con ocre y arenillas del desierto, las azotaba. La jornada diaria, salpicada con toques de corneta, no resultaba dura por el trabajo, ni por los frecuentes tiroteos, sino por los aletazos que todas aquellas almas daban contra el terrible fanal que los aprisionaba, cristalizados y

resecos, por un tiempo, sin horas, que no transcurría nunca. Para dormir, todos se ponían flotantes mosquiteros, que les daban el aspecto fantástico de aéreos moros muertos, con turbantes de nube. Lo alegre eran los toques de corneta. Es decir, según. El de diana parecía el gallo pimpante del corral. El de retreta, peor, un gallo negro que picoteaba con tiros. El gallo-máuser. Era la hora en que con mayor furia tiroteaba «el enemigo» la posición.

«¡El enemigo!». Otro imaginismo caprichoso. Los enemigos miran con un solo ojo, detrás de la esquina. De Tifarúin los trasladaron a Tetuán quince días. Después, al campo. Operaciones. Las marchas. Las acciones de guerra. Los reposos breves. Las marchas. Los combates grandes. Los heridos. Los muertos. Las marchas. Los enfermos. Un permiso -ocho días-. El descanso. Las marchas, y ¡muerto! (baja definitiva). ¡No! Una falsa alarma: un *chinazo* en la rodilla. Evacuado a Tetuán. Dinero. Algo de cabaret. Las marchas. «En columna volante». Las marchas. Las marchas por los prolongados itinerarios de la estrategia. Por fin, Tetuán. Cuartel. La paz. La repatriación.

La marcha. Pero ahora, la marcha a España.

A las seis partió el tren.

-102-

El viaje. Una cinta histórica proyectada al revés

Desde Tetuán hasta Ceuta el tren va recorriendo los mismos lugares en que tuvo lugar la guerra hispano-marroquí del año 1860. Sólo que la cinta se proyectaba a la inversa del desarrollo de los acontecimientos. Así enarrollada, debiera haber ocurrido que las víctimas de los combates volvieran a la vida, puesto que ahora partían del momento en que murieron a los anteriores, y la entera «Guerra de África» comenzaba en la «Paz de África» victoriosamente iniciada en el final. ¡Oh, si se pudiera así remontar la vida! Pero no -pensaba Xelfa-, todavía no se ha inventado el motor contracorriente y contratémpico de la remontación.

Entre los compañeros de Xelfa, y en el mismo departamento, iba un soldadito rubio que era maestro y que, excitado por Juan Martín Bofarull, se puso a explicar, discursivo, las efemérides históricas.

-Desde aquí, muchachos, se divisa la vega de Tetuán. He aquí, muchachos, el panorama que hace sesenta y tres años se presentó a los ojos del ejército de la guerra de África... de la primera guerra de África. De la de O'Donnell . O'Donnell fue un general de la corte de Isabel II. Todo está igual en estos campos. Por aquí se extendieron las tropas españolas, ansiosas de tomar por asalto Aita Tettauén, «la ciudad de los ojos bellos», sobre la cual escribió después don Benito Pérez Galdós un «episodio nacional». Los generales O'Donnell, Prim y Ros de Olano...

La cabeza de Xelfa empezó a sumergirse en una especie de acuario hervoroso y feliz. En un duermevela francamente desconsiderado para el orador. Orador de su misma compañía y departamento de tren. El soldadito rubio.

O'Donnell, Prim y Ros de Olano

Tres hombres en un grupo estrecho, rodeando un hoyo. Prim miraba al hoyo. Se le había caído el reloj, y la mirada del general le perseguía hasta las Antípodas. Ros, vuelto de espaldas, extendía su bella mano de poeta sobre la pechera impecable del frac. Y O'Donnell, altísimo, no hacía más que decir a Prim:

-No se rasque tanto la barba negra. No se rasque tanto.

-103-

Creciendo, O'Donnell, hasta casi mancharse con las primeras tintas del cielo, daba vueltas, desenvolviendo del cuerpo, en la gran faja que le arrollaba - vertiginosamente-, multitud de colores y periódicos: El Guirigay, La Iberia, Fray Gerundio.

La vega de Tetuán, entrando primero en el embudo del hoyo que iba abriéndose desmesuradamente, caía despacio, como no queriendo volcarse. Entonces, Prim se convirtió en Narváez y tiró de una punta del mantel, cayendo las copas, los fruteros, llenos de tetuaníes y de moros boabdiles, detrás del reloj. En la calle de Alcalá, frente a las Calatras la reina Isabel II paró su coche y le dijo a O'Donnell:

-Dile a Juanito Prim que tenga cuidado con los automóviles, que hoy por poco le atropella uno en la calle del Turco.

Dijo la reina. Y sonrió, pálida y temblorosa, mientras sonaba la marcha real.

Hasta la llegada a Río Martín, el terreno, encarnizado y duro, no mostraba más suceso topográfico que la silueta de monte Negrón. En algún aduar veíanse el borriquillo, la mora andrajosa y el triste moro de patas de alambre y gran chilaba.

Desde Río Martín hasta Ceuta, el ferrocarril marchaba paralelo al mar. A la derecha, el mar. A la izquierda, terreno levemente montuoso, pero de terca firmeza mineral.

El Mediterráneo africano, que es el mar que sugiere con mayor infantilidad el mar azul de los mapas, parecía la consabida lámina de cinc bruñido. El caso es que el azul este no tiene demasiado calor, a pesar de su espejeo y de su violencia. La lumbre debe de estar por debajo. El espejo supone la superficie de hielo en la cual patinan los barcos. De pronto, rodeando un pequeño golfo que forma el mar, delante de su aduar, surgen unos peñascales incoordinables con el resto del paisaje, y entre ellos grandes túneles fabricados por corsarios y piratas del siglo XVI.

Aquí, en este golfo, bajo una atmósfera temblante, sombría y luminosa -no hay incompatibilidad pensando en ello con rapidez-, se refugiaba el bajel corso, cambiando su rombo oscuro por un banderín dorado. El turco sonaba sus pífanos y chirimías, en la noche, al aproximarse a la costa africana. En la gruta se encendían unas teas, y el navío se acercaba. Berberiscos, napolitanos,

valencianos, malteses promovían sus algaras estrepitosas en la playa. Descendían del barco unos tributos para el rey de Marruecos: cautivas desnudas y adolescentes de España, y parte del tesoro apresado a un bajel francés. También sacaban al capitán Centellas, rabioso y encadenado. Desde el refugio marchaban los cautivos, conducidos por el látigo berberisco, -104- hacia Fez, hacia Tetuán, hacia Argel. Al amanecer, el turco levaba anclas, sonando otra vez sus chirimías. De repente, disparaba un cañonazo innecesario. Apaleaban a un cristiano enfermo que no les servía para nada. Lo remataban y lo arrojaban al mar. E izaban, en lo más alto del mástil de proa, un alegre banderín dorado.

De toda aquella perdida libertad del mar, queda sólo el mar, que es el mismo mar del pirata. Y un torpedero vigilante. Los azules delfines saltan ahora enamorados de la escuadra inglesa. Pero el Mediterráneo sigue tan espeso y tan aburrido en sus tres zonas. Parece un mar de leche azul. Las tres zonas mediterráneas son: el Marocco de los turistas Cook; la Costa Azul del novelismo cursi, y luego, desde Italia hasta el canal de Suez, el popular patio de vecindad europeo, tan arrabal de Inglaterra.

«Condesa», Los Castillejos. El tren paró. Cuando de nuevo echó a andar, un moro con chilaba parda, flotante al viento, corría en bicicleta, paralelo al tren, gritando y haciendo muecas felices. Los soldados, desde el tren, le increpaban, riéndose. Xelfa despertó a la algarabía.

Apareció un sargento con el dedo en el labio.

-Vamos a ver si no alborotamos. ¡Silencio! -dijo.

El soldadito rubio, el maestro, con su aire de feto en alcohol y la voz pedante que suelen fijar para siempre en la laringe pedagógica las Escuelas Normales, prosiguió:

-Muchachos. ¡He aquí Los Castillejos! Aquélla es la famosa loma de las mochilas. Otra efeméride gloriosa en la historia de España.

Todos los ojos ingenuos, ojos de niños contrariados, que tienen los soldados, se hincaron en aquellos pequeños montes negroverdes, ardorosos, en cuyos vértices se veían Los Castillejos: una especie de garitas ruinosas. Casi ninguno de aquellos soldados sabía lo que allí había ocurrido ni tenía la menor referencia histórica de Prim. Pero la sugestión de nombres que habían sonado en su oído muchas veces, con vibración fabulosa, les movió de repente la atención.

El sargento sonrió con aire de inteligencia. Aquella loma que Prim había tomado una sola vez, él la había tomado cinco o seis, todas las mañanas, cuando de soldado hacía instrucción en Ras Riffien. El sargento no ignoraba quién fue Prim. Ningún sargento de hoy lo ignora. Tienen obligación de saber historia de España para ascender a sargentos, e historia universal para ascender a oficiales.

-105-

-En esa loma encontró D. Juan Prim y Prast, duque de Prim, marqués de los Castillejos (título que le concedieron por esta acción, precisamente), conde de Reus, vizconde de Bruch, seria resistencia por parte del enemigo. Sus huestes, los famosos Voluntarios Catalanes, retrocedieron dos veces ante el empuje enemigo. Como hacía mucho calor y las mochilas estorbaban a la tropa, mandó que las dejaran en el suelo. A pesar de eso, la tropa, fatigadísima, no avanza. Se ve que va a retroceder. El moro aprieta. Entonces el general exclama, con tremebundo acento: «¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, que son vuestras, pero no podéis abandonar esta bandera, que es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general? ¡Soldados!... ¡Viva la Reina!».

»Dice y da espuelas a su caballo. Si vuelven a retroceder los soldados y los moros cogen las mochilas, a Prim le habrían fusilado en llegando al campamento, si no lo matan antes los moros. Pero no. La tropa inicia con vigor la contraofensiva, y la loma, con su castillejo, fue tomada a la bayoneta. ¿Verdad, mi sargento?

-Ya, ya. Y hubo 400 bajas, con bastantes muertos. Al general Prim le dieron el tercer entorchado. Eso sí, hay que tener en cuenta que los moros tiraban entonces con espingarda.

(El moro con espingarda.)

El «boudoir» de una coqueta. La rubia cabecita pintada, moviéndose despacio delante del espejo de mano. Aro de marfil, mango de plata.

(Y el moro con la espingarda.)

La coqueta, loca de alegría, se vuelve al moro y le polvorea el rostro con la borla de los polvos.

(Y el moro con la espingarda.)

Desaparece la coqueta, y el moro, dando vueltas a la espingarda, como un dandy a un junquillo, se va muy triste.

Al fin, llegaron a Ceuta, poblachón de carácter andaluz, en donde el desaparecido presidio ha quedado preso fantasmagóricamente en el silencio. Suspenso en el silencio. Un silencio que baja de la fortaleza de El Hacho y lo envuelve todo. Los moros de Ceuta viven como los gitanos en su barrio, debajo de un puente.

-106-

Xelfa cobró una cantidad importante en el Banco Hispano-Marroquí, y pidió permiso para regresar solo a Madrid. «Concedido». Gibraltar, un día. Algeciras, Ronda -tres días de Andalucía lloviendo y después de llover, «humedad y transparencia perla», el mejor ambiente de Andalucía-, Córdoba. Otro día. Madrid.

Las nueve de la mañana.

Capítulo II

Xelfa, enamorado

Solo

Encontrarse súbitamente sin las obligaciones acostumbradas, desplomadas para siempre alrededor de uno, produce cierto vértigo. No existiendo objetivos inmediatos para nuestra acción, la atención da una vuelta de campana, espaciase el espíritu en la nada y surge claro el abismo interior. También aquí, como en alta mar, el horizonte es redondo.

Y en lo más ajeno y mortal de la superficie estamos nosotros. Solo.

La soledad de dentro afuera. No la inversa, que es vulgar y dominable. La familia, el trabajo, los amigos, las aficiones bastan para combatir, poblándola, la soledad de fuera. La soledad de fuera puede diafragmarse. Un diafragma grande, esfumándola, la poetiza. Nos sentimos solitarios, héroes, atraemos cualquier ensoñación y ya estamos defendidos. Un diafragma pequeño la polariza en cualquier disciplina del pasatiempo, el coleccionismo o el juego de naipes o un juego intelectual : escribir, hacer matemáticas, abogacía, política. El *quid* consiste en colgarle farolillos a la veneciana a la soledad.

Pero en la soledad de dentro afuera no cabe ninguna defensa. Al menos de esta clase. Únicamente tratamientos antineurasténicos: glicerofosfatos (en inyecciones de preparados alemanes), duchas, ejercicio moderado, reposo moral, alimentación pobre en grasa, rica en albúminas y en hidratos de carbono.

-107-

Tal soledad rechaza las defensas cordiales. Cógela el ámbito en derredor y tiene su risilla para la Venecia de los faroles.

Soledad, solitaria y sola. Pendular.

Tal sensación experimentaba Xelfa a los pocos días de llegar a Madrid, después de perfectamente instalado, equipado, provisto y adinerado.

Todo cuanto tenía que hacer en la vida estaba hecho. Había escrito a su familia -saludándola-, inmovilizada en un viejo punto de España. Había cumplido tiernamente. La ternura hacia los suyos le sacudía el corazón muchas veces. Pero esto no impedía que toda su familia, miembro por miembro, le fuera antipática. Lo «global» no obstaba a lo individual. No.

En Madrid tenía muchos amigos. Se hallaban en las tertulias de los cafés, en el casino y sobre el asfalto. Hubiera querido ir a buscarlos, conversar, distraerse con ellos..., Pero ¿para qué? No se movía. Su propio movimiento se le escapaba de la voluntad, uniéndose al movimiento de las cosas, mientras él permanecía quieto. Corrían los tranvías, los autos serpeaban impulsivos, rapidísimos punteaban los instantáneos anuncios eléctricos, y el ruido bárbaro ascendía en columna, como un humo nuevo, hacia el cielo.

Xelfa pensó qué debía marchar al círculo a ver a sus amigos. Empezaba a hincharse su voluntad. Un contacto de otra voluntad y se pondría en movimiento. Bastaría que un guardia le indicase: «Caballero, tenga la bondad de circular», e iría. O que estallase un neumático cerca. Su aguja volitiva señalaba el Norte. Repentinamente, en giro brusco, la aguja, estremecida, señaló el Sur.

¡Ah! Iría a casa de su tía a ver a su prima. Sí, a casa de su tía a ver a su prima. Él era un hombre con prima. Con una prima como la que todos tienen, bonita, coqueta, confianzuda, medio novia siempre, pero además: *écuyère*, y una tía especial: María Estuardo. Hacía bastante tiempo que no se veían. Recordaba a su prima la última vez que la vio, ya «hecha una mujer», en una visita breve, crepuscular, envuelta. Y la recordaba, detalladamente, muchos años antes, en el veraneo común en un pueblecillo de la sierra, cuando en las calurosas horas de la siesta ambos, en un ardiente desván solitario, mientras los demás dormían, colaboraban en un cuento de Maupassant. Doce años ella

-entonces-, dieciséis él. Xelfa marchó luego a Francia. Volvió. Después, la milicia. Después, era ahora.

-108-

Ahora hay que tomar un taxi -pensó. Lo tomó y dio las señas: Velázquez, 54.

Echó el auto a andar y el imaginismo de Xelfa a divertirse, saltando sobre las cuatro ruedas elásticas del cajón. ¿Marcha un hombre rumbo a otro hombre? Xelfa pensaba que, evidentemente, marchaba un hombre rumbo a otro hombre, que él era un presentimiento vivo y que el auto era su estuche, el alegre ataúd del vivo. En la Cibeles le pareció más bien el camerino de un galán joven. Y según se iba acercando a la calle de Velázquez, caja de música, con Beethoven en el motor -andante maestro- y Stravinski en los saltos del ballestaje. Agotó, en una de esas ventajas inconcebibles del gran temperamento neurohepático, su soledad de dentro. Y se sintió alegre y notablemente hermoso. Xelfa era un hombre bello. Xelfa gustaba a Xelfa. Era alto, de un elegante rubio de salón y ojos grises, norteamericanos, femeninos y, sobre todo, reposados. El tono de la piel: cerúleamente deshumanizante, no a lo Montecristo, sino a lo Archibald Barrymore, de Hollywood.

El héroe sabía muy bien a lo que iba a Velázquez, 54.

Iba a enamorarse.

El motivo de la boa

La larga serpiente boa del pasamano de la escalera le condujo hasta la puerta de la casa de su prima. Le abrió la doncella.

-¿Qué desea?

-Nada.

-¿...?

-Soy pariente de las señoras. ¿Están?

-Tenga la bondad de esperar.

La doncella retrocedió casa adentro, un poco asombrada del «nada» y de la manera de hablar expectante, cortada y despaciosa de Xelfa.

Pasó a un gabinete y a poco salió la tía Gertrudis con su presencia agradablemente lejana y sonambúlica. La tía Gertrudis, desde que se quedó viuda, parecía venir siempre del cementerio de poner crisantemos amarillos precisamente en la tumba del esposo. El total aspecto bobo se desvanecía con la mirada sagaz y silenciosa. Miraba como dándose cuenta de todo y disculpándolo de antemano para no molestarse. No -109- era de creer -sin embargo- que ningún dolor de viudez diera tan particular proyección impávida. En realidad, sintió poco la muerte del esposo. Lo que pasaba por su alma eran los funerales de la juventud. Tía Gertrudis poseía cincuenta y cinco años. Ya estaba perfectamente ahumado el cristal de su juventud, y a través de él podía observarse sin pestañear el sol. Entre las dos actitudes, la de rebelión en vieja verde y la de resignación en noble anciana, había preferido ésta.

La tía Gertrudis se parecía a María Estuardo. En tal parecido se hallaba la clave de su corazón. Se trataba de una mujer a quien habían restado del espíritu toda Inglaterra. ¿Qué podían, entonces, importarla a ella, a la reina, las menudencias diarias, y por qué razón habría de acercarse a las cosas demasiado e interesarse por ellas, siendo tan realesco y comfortable vivir en una nube? Doña Gertrudis, poco docta en historia, ignoraba quién fuese María Estuardo, ni su parecido psicofísico. Vestía trajes delgados y cardenalicios, cerrados en la garganta. Manga larga, falda hasta el tobillo. Cuando se cansaba de los tonos cardenalicios, descansaba en los oscuros. Colores lisos. A lo más llegaba al negro con pintas.

Esta señora enviudó, principalmente, de una voz bronca y autoritaria, que jamás tuvo para ella matices amables, y de un cuerpo grandote con

puntiagudos bigotes en la cara. El marido fue empleado en el Real Patrimonio. Le quedaron 25 duros de viudedad. Si no hubiesen tenido ella y su hija Andrea más que esa cantidad mensual, la Estuardo se habría arrojado nuevamente al fondo de la historia de Inglaterra, para que la hubiesen decapitado otra vez. Pero, afortunadamente, el esposo atrajo para sí pingües beneficios en el Real Patrimonio.

Los hijos eran dos: José y Andrea. José residía en Filipinas. Andrea vivía con su madre y dos servidores: una cocinera vasca y una doncella andaluza.

Xelfa entró, conducido por su tía, en un gabinete pequeño, coquetón y perfumado, en el que, como en el resto de la casa, flotaba cierta atmósfera galante. El aparato de relojería doméstica, que sincroniza la vida de los hombres, sincronizaba en ésta también. Para Xelfa además existía, con preponderante imagen, que ya jamás podría separar del domicilio de sus familiares Gertrudis y Andrea, la serpiente de la escalera. La hermosa boa. Lustrosa, fría, estremecida. Al lado del gabinete se veía la alcoba de su prima. Xelfa atrapó inmediatamente otra imagen, ésta llena de sugerencias eróticas. El gabinete era algo glúteo; la alcobita, absolutamente, el monte de -110- Venus. Una cama amplia, de palosanto, demasiado ancha para lecho virginal y demasiado angosta para tálamo de nupcias. Sobre ella, unos guantes grises, un bolso y una novela. Todo entonado en rosa desvanescente. El gabinete, coloreado en azul, no bien acordado con el rosa de la alcoba. Gusto de la tía.

Con la luz fresca del día, estas dos habitaciones nevaban sus colores. Sobre todo, el azul, hasta irritar los nervios delicados de cualquier xelfa. En cambio, bajo la luz artificial, los colores y los objetos se bañaban en una luz de circo, donde se alzaba, mejor que en ninguna parte, la figura aligerada de la *écuyère* que vio siempre en Andrea su primo.

Al retrato al óleo de don José, el padre difunto, le ennegrecía profundamente la iluminación del circo. Le iba mejor, mucho mejor, la leche fresca de la luz diurna, que parecía chupar con golosos labios, por una paja, mientras le temblaba el bigote y sus ojuelos vivaqueaban en la estancia.

Tía y sobrino charlaron animada y cariñosamente un rato. Por último, apareció Andrea.

Xelfa -llamado Juan, como sabemos- se levantó sonriendo y le alargó la mano. Ella la apretó, cambiándose sonrisas y manos y palabras acogedoras, hasta que el episodio de sentarse trocó el verbalismo del saludo por el primer silencio de la mutua observación. Xelfa clasificó enseguida a su prima en este grupo: «Belleza de moda». Y luego siguió: «Ojos de aguamarina, aniñados, con un punto blanco, de ésos que ponen los pintores en los ojos, que a mí me parecen, en la mujer, naturales..., dan fulgor amoral; rostro muy japonífero; un triángulo bermellón, la boca, y el pelo como yo. Como el mío de color -exactamente-, y un poco más áspero y peinado de otra manera. No se ha atrevido a salir en pijama completo, sino sólo con el batín del pijama sobre la falda, bajo cuyos bordes salta la curva llena y redonda de la rodilla. Las piernas tienen estilo. Un bizantino adolescente. Y la gracia larga del hueso de la tibia, nunca olvidada dentro de la carnosidad precisa. ¡Qué bellas estas piernas de niña espigada, delgadas, ágiles como las del potro, y nerviosas igual que las del gamo! Tus manos, Andrea, son episcopales. ¡Malo! Estas manos gordezuelas son siempre manos viciosas. Pesarían demasiado en tu retrato, y más entre los colores finos, pero fuertes, que has elegido para el pijama y la falda: morado y heliotropo. Menos mal: la media, color de piel...».

-111-

Desde que Xelfa empezó a sentirse examinado por Andrea, tasado de arriba abajo, femeninamente estipulado, puesto en la balanza de precisión de sus ojos, le inquietó el fallo. Experimentó la dulce voluptuosidad de dejarse robar el aplomo. Sin resistir. Dejando que el primer dominio de aquella mujer quedase instalado. Notaba que, espiritualmente, le iba llevando el pulso. Dos espíritus en presencia, y más si son de varón y hembra, forcejean en su astral, y uno de ellos vence. El que vence descansa. Alarga los silencios. El vencido encuentra sus palabras, sin querer, un poco agitadas.

-¡Ah, no sé, no sé lo que voy a hacer ahora! Por lo pronto, no venir mucho a esta casa.

-*(Una risilla maliciosa.)* ¿Por qué? Te advierto que, enamorándote hasta cierto punto, no hay peligro.

-Ya lo sé. Además he venido aquí a enamorarme de ti. Lo he conseguido, aproximadamente, y me voy.

-No; quédate un rato. A ver si yo también me enamoro de ti un poquito...

-Pero ¡cómo! ¿Todavía no lo estás ni siquiera un poquito?

-En absoluto, chico.

Ambos ríen, quedándose un momento sus astrales quietos.

Doña Gertrudis permanecía largos ratos silenciosa. Parecía abstraída, como un pescador de caña. Pescaba en el silencio no sabemos qué extraños peces de oro o de marfil, o simplemente de cartón. El tirón de la caña lo sentían todos como un respingo. Ella continuaba impasible. Lo peor era cuando el anzuelo flotaba, balanceándose en el aire, sin saber dónde prender. Encendiose el huevo eléctrico del centro del gabinete, y la conversación de Andrea y Xelfa, que se había ido deslizado cuchicheante en algún sentimentalismo, giró brusca -por el huevo eléctrico, claro- en humorística.

-Resultas entretenido, Juan. ¿Sabes lo que debías hacer?

-No.

-Pues venir un rato todos los días a entretenerme. Me aburro mucho.

-Pero entonces el que se aburriría sería yo.

-Gracias. Eres muy galante.

-Regular.

-112-

-¿Te has fijado en que somos los dos iguales de rubios? Estamos de moda.

-Tú a medias. Por rubia, sí; pero por pijama, no. No te has atrevido a salir a verme en pijama completo, con pantalones y todo. Y ésa es una timidez completamente *démodée*...

-Es que no me acordaba de la clase de primo que eras tú, y podías asustarte.

-A lo mejor. Pero ahora que ya sabes que soy un pariente de confianza y que, además, estoy enamorado de ti, debes recibirme siempre como estés.

-¡Hombre! Como esté...

-Sí. Insisto. Como estés. Aunque sea en pijama y fumando cigarrillos orientales. ¿Eso también lo haces?...

-¡Ah!, sí.

-¿Lo aprendiste en tus largas residencias en Bagdad, Fez, El Cairo, Estambul, Delhi...?

-¡Oh, sí! En esos sitios y en el cine.

-¡Alma cosmopolita!... Magnífico. Has aprendido muchas cosas desde que no nos veíamos.

-Oye. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos, siete años u ocho? ¿Te acuerdas de aquel verano en El Escorial? Estábamos casi todo el día juntos...

-Durante las siestas jugábamos en el desván del hotel. ¿Te acuerdas?

-Sí.

Andrea eleva los ojos al huevo eléctrico en busca, sin duda, de cualquier irisación rosada para sus mejillas.

-¡Qué traviosos éramos! -insistió él, cruelmente, mirándola con impertinencia.

Pero a la excitación maligna, abusiva, dominadora, del que creía así por un instante libertarse de la ya establecida sumisión, reaccionó ella y, sonriendo audazmente, le clavó las pupilas despacio, y dijo:

-¡Y qué frescos! Es decir... yo. Tú eras un poco pazguatillo. ¿Te acuerdas? ¡Y qué afán tenías de tirar cosas al jardín! Un día quisiste tirar el gato.

Xelfa guardó silencio, mordiéndose los labios.

En este silencio sintiose el tirón de la caña de la tía Gertrudis. ¡Zas! Había pescado un gato. Un gatito pequeño, reluciente, doradito y bailarín, que mayaba con tiernos y lastimeros mayidos.

-113-

Xelfa, sorprendido, procuró variar el rumbo de sus palabras, para despedirse y marcharse.

Se levantó.

Las dos mujeres se levantaron también. Despidiéronse afectuosamente.

-Adiós, tía Gertrudis.

-Adiós, Juanito.

-Adiós, primita.

- Adiós, Juan.

-Que no nos olvides. Ven por aquí a menudo.

-Sí, sí. Volveré.

-Adiós.

-Adiós.

Estas palabras sonaban ya en la escalera. La tía Gertrudis, hierática y lejana, metiose enseguida. Andrea, apoyada en la barandilla, le veía bajar. Veía saltar su mano sobre los anillos de la serpiente. Xelfa bajaba acariciándola y comprendiéndola misteriosamente aliada.

«Llueve en mi corazón»

Fina lluvia de agua sobre la sensibilidad. Empape de fragancia húmeda. Esos «graves» de la escala profunda del olfato que desprenden los jardines regados al anochecer. Lo primero que brotó en el corazón de Xelfa fue una imagen. «La luz de las antorchas debe aprender a brillar de su hermosura», exclama Romeo al contemplar, por vez primera, a Julieta.

Vaga y vagoriza el amor entre simbolismos.

Surge la desazón, la ansiedad, el ínclito vacío de lo inmortal «en el cuerpo». La idea garibay, vagando entre sombras de castillos. (Fisiológicamente; una gran eliminación de urea.) El universo se torna romántico y revela los signos de su alfabeto a los ciegos de antes. La flor asciende de lo cursi a lo sublime en un solo perfume y acaso en un breve color... Se advierte por qué razón patética-nunca es la flor cursi. Y se advierte la trampa de lo cursi. Bajo la trampa, su pequeño tesoro.

-114-

Gánanse los simbolismos del universo -sensualizados- y amanecen los espacios líricos. La noche y las estrellas. El desnudo deja caer su capa. La mirada del amante sobre la amada es el reflector del barco que saltea la costa. (Aquí anotemos una deliciosa casualidad: todos los amantes lloran.)

Alguien en la taberna, un viejo jocundo, de Teniers, levanta un jarro de cerveza. Comienzan las grandes velocidades, los grandes lanzamientos en las inéditas pistas de lo sentimental. El hombre y la mujer experimentan la emoción eterna, de la eterna y más profunda gravitación cohesiva. Más rica en el

hombre que en la mujer. Pero en la mujer infinitamente más fluida. En los flancos del vientre siente la mujer el eco físico del amor, sobre todo en los meses que no tienen erre. El hombre, debajo del pelo y en la nuca. Las corrientes sensoriales le suben hasta las sienes y, algunas veces, se ramifican hacia fuera. Es una fatua irradiación simbolista.

Juan llegó despacio a su casa completamente enamorado. Y se metió en la cama. Pero Xelfa se puso a leer, a fumar y a hacer gestos divertidos con la boca y los ojos, pensando que, en efecto, se había enamorado de su prima. Hasta cierto punto.

Paso tras paso llegó Xelfa al matrimonio. En el fondo de su historia amorosa con Andrea no había, realmente, el gran amor. Pero había un gran sucedáneo de ésos que justifican a los propios ojos la unión o el matrimonio. El matrimonio, más bien, con relativa unión. Para Xelfa, siempre perdido en pueriles imaginismos, su amor quedaba explicado en una pequeña simboligrafía: A-M-O-R. Veamos. Al principio, la ilusión por su novia subió por el trazo ascendente de la A, hasta llegar al vértice. Subió por el trazo de la izquierda, pero bajó por el de la derecha. Y se dijo: no. Mas volvió a ascender por el primer trazo de la M, quedándose colgado, después de salvar el primer pico, en el columpio y de los trazos medios. En tal columpio transcurrieron varios meses, finalizados en una playa veraniega, cierta amable noche, en la que, muy juntos, llevando Xelfa a su damita cogida de la cintura, arribaron a la culminación peligrosa del segundo pico. La caída habría sido terrible para Xelfa si, a la terminación vertical de ese trazo, no hubiese encontrado la curva grácil y salvadora de la O, como encuentra el rizador del rizo la circunferencia completa del *looping*. Sin esa O, habría muerto. Se habría estrellado. -115- Como el joven Werther. ¿Qué fue, en rigor, el joven Werther, sino un lupinista que no acertó a dar la vuelta completa? Cayó del zenit y su alma descendió en barrena.

La O de Xelfa era la gran O del amor redondo. Cuando el amor queda en AMO. Mas no quedó aquí su excursión sentimental y hubo de tropezar, enredándose el corazón y los sentidos, en el arabesco impaciente de la R.

Arabesco y cepo. Inútil la resistencia y pretender salir de él. Los dos en el balcón, ella y él, Andrea y Xelfa, atardecían todo un largo mes de mayo, anterior al junio de su matrimonio, buscándose dos oros diferentes. La mujer el de la palabra emocionada del hombre. El hombre el de las pupilas de la mujer. El hombre lo encontraba primero. Y a veces guardaba penosamente el metal precioso de su palabra para mejor recibir, en silencio, el oro de las otras pupilas. La mujer sabía dejar prendida la situación entera en sus dos fijos puntos luminosos. Luego, brillo ingenuo, un leve relámpago de teatro y, por último, el lento cierre de los párpados, que sin caer del todo ya sabían internarlo todo.

A la voz queda de la tía Gertrudis, que decía: «Vamos, niños, que hay que cenar», Xelfa comenzaba a despegarse del balcón. Un rato después se encontraba en la calle. Recibía, al doblar la esquina, el «adiós» de un fantasma tras de unos vidrios, y se iba. Notable el arabesco vulgar, que tan vulgarmente lo cogió en su cepo (la R).

Interrogatorio

Xelfa gustaba de enviar interrogatorios, numerados, a su novia. Gozaba con las respuestas, resquiciando, entre lo ingenuo o lo sabio de ellas, deslumbres de gesto, carácter o ideas. Barajaba preguntas y se detenía largamente en el vislumbre de cada respuesta:

17. Dime: ¿te gusta la vida en opereta, en ópera, en drama o en circo?

Me gustaría más en opereta. Pero la vida ¿es tan dramática! El circo me da miedo (no serviría para écuyère como tú quisieras).

22. ¿Cómo prefieres mejor llorar -o reír- tus pretextos, cara a cara o detrás de una cortina?

Esto no lo entiendo bien, explícamelo.

23. ¿Eres friolera?

Mucho. Sobre todo cuando pasan un cuchilla por un cristal.

-116-

38. Cuando me engañes, ¿hallarás perfectamente tu comedia, tus pretextos?

¡Oye! Yo note engañaré nunca con ningún pretexto. No pongas la horca antes que el lugar.

40. ¿Por qué tenéis ese retrato tan ridículo de tu padre colgado y desentonando en un gabinete tan bonito?

Es cosa de mamá. Yo no creo que sea tan ridículo. Papá era asimilado a capitán y esos bigotes eran los que se llevaban en su época.

75. ¿Qué edad teníais entonces?

Yo, quince años; José, diez u once.

79. Fíjate bien en esto: el amor que quiere inspirar una mujer perversa puede modelarlo, si es hábil, en el amor propio del hombre como en cera blanda. ¿Qué figura modelarías en el mío?

Aunque no entiendo del todo la pregunta, voy a contestarte. A ti te gusta sufrir para gozar más luego..., no sé si lo explico bien. Pero esto creo que nos pasa a todos. Yo te modelaría en «cura». Un cura muy jesuita y muy malo, pero que luego creyese mucho en Dios (ya te digo que no sé si me explico).

85. ¿Qué poetas de todos los que has leído te gusta más?

No recuerdo todos los que he leído, Verlaine, Cyrano de Bergerac. Bécquer me gustaba de niña. Y ahora, más, Rabindranath Tagore...

88. Estoy un poco enfermo, tengo anginas, no sé si mañana podré ir a buscarte. Me voy a acostar. Adiós.

114. Francamente, ¿debemos casarnos tú y yo?

No lo sé, francamente.

115. Te pregunto esto con ansia candorosa: ¿seremos felices? Dime.

Mucho me lo temo...

176. Níquel y cera.

Sí. O agua y azucarillo. ¡Cómo me molesta que escribas cosas incoherentes! Me parece que te burlas de mí.

181. ¿A qué cosa retaré con más audacia si me caso contigo?

Según tú dices, a Satanás; según yo pienso, a mí misma. ¿No crees que ya es bastante? No tengas cuidado, nene.

187. ¿Qué deporte te gusta ahora más, últimamente?

La aviación.

-117-

Hubo un día decisivo en que Xelfa se propuso seriamente el problema del matrimonio. Necesitaba casarse. No por Andrea, en sí misma, ni por él mismo, sino por los dos juntos. Sin perseguir ese complejo tan simplemente absurdo que llaman las familias la «felicidad» (el chocolate de las familias). Él ya sabía que no iba a ser feliz nunca. Lo sabía desde que nació, a los diecisiete o dieciocho años.

Tampoco creyó serenar su vida con el matrimonio. Quia. Era hombre de afectos inestables, de caprichosas idiocias en el carácter, inconcurrente a las fórmulas de los demás. El espectáculo del amor, del amor «cariño», constituyó siempre uno de los grandes asombros de su vida. El cariño le parecía excesivo en todos los casos. En el de los padres hacia sus hijos, particularmente. Necesidad aglutinante de la agrupación, como defensa contra la naturaleza,

claro... «En el mundo se quiere demasiado». Si no fuese por esa temperatura un poco más fresca, por esas distancias que luego ponen entre hombre y hombre el interés plural de los egoísmos singulares, la humanidad sería el perfecto rebaño. Saldríamos del rebañito de la familia al rebaño innúmero de la especie. Porque se amaba demasiado, se odiaba también demasiado. El odio, forro del amor, está tejido con el mismo hilo.

«¿Qué significa Andrea para mí? -pensaba Xelfa-. Una voluntad. Una curiosidad. El conmutador sentimental -sentimental a mi manera- que ha conectado mis sensaciones e ideas en un acto vivo, real y próximo».

En Andrea se dan las diversas afluencias de los otros tipos y clases de mujer con tal riqueza que resulta altamente estimulante. En toda mujer existe la santa, la cortesana, la esposa, la niña, la vieja. Y por algunos de estos perfiles se nos muestra siempre la «extranjera». ¡Lo que tiene el sexo contrario de extranjero es lo que tiene de encantador! Pero ellas son siempre más extranjeras para nosotros que nosotros para ellas. Andrea salta de pronto a lo más lejano de su extranjero: desde el Senegal caliente de la mujer hogareña (la esposa de las Escrituras) al país de los Yakutes de la cortesana (Fricka, la tanguista de un cabaret de mala muerte). Niña y bruja sabática. Toda clase de confusionismos -peligrosos- en su alma. Ahora iba atrapando bien Xelfa la razón de la persistente figura de la *écuyère* y las tintas luminosas u oscuras, cinematográficas, que la rodeaban.

Si se la representaba en santa, tenía que cambiarla el color de los ojos, algunos cristales enigmáticos de la voz y la risa, y colocarla -a la moda de la santidad guerrera -118- de nuestros días- la cota de malla sobre el sayal, como santa Juana de Arco. Si se la representaba en cortesana -¡Dios mío!-, la transmutación no precisaba ser tan amplia: un cuerpo desnudo y dorado, erguido en puntillas sobre un noblote caballo blanco, y lanzando con la punta de los dedos besos gentiles a los espectadores. La peor transmutación de Andrea era la de prima Andrea en tía Gertrudis. Aquí la mujer quedaba absorta, nebulosamente restringida por las máximas prohibiciones de la burguesía. ¿Por

cuál de estos caminos, de estas rutas aéreas de mujer, la perdería cualquier día, dentro de dos meses, de cinco años o de veinte, era igual?

Xelfa notaba, al hacer estas reflexiones, que dentro de su pecho había dado el corazón su primer respiro liberatorio. Se estaba haciendo el nudo de la corbata cuando le asaltó la idea: «¿Y si tenemos un hijo?». Suspendió la operación, dejando balanceándose al aire un cabo de la corbata. Parecía ya el nene este cabo inocente de la corbata. Se miró una vez más al espejo, observando otra vez más su carne cérea, violácea, fotogénica -no, ya lo hemos dicho, de Montecristo, sino de Archibald Barrymore de Hollywood- y mascaral. «Si tengo un hijo, se lo regalaré a mi mujer, entero, donándole mi parte en él, absolutamente, generosísimamente, para que lo preserve de mis certidumbres y también para que me preserve a mí de ese gran fuego amoroso que podría derretir mi delicada constitución cerúlea...».

Continuó haciéndose el nudo de la corbata, metiendo el cabo suelto y balanceante de ella por la angostura del lazo. Y quedó bien sujeto.

La boda. O el blanco y el negro

Ya bien entrado el mes de junio se celebró la boda. En la aristocrática iglesia bizantina de San Basilio.

Las gentes del pueblo, ésas que salen en las zarzuelas, se apiñaban a la puerta del templo, a derecha e izquierda. Los amigos esperaban en un grupo, y el auto que conducía al novio llegó sonriente y charolado repartiendo amistosos bocinazos. Poco después llegó la novia con vestido boreal. En el vestido boreal de la novia puede decirse que empezaba el sistema de los blancos. Seguía el sistema en el segundo blanco, el blanco nimbo del amor legal, sostenido por el juez y el sacerdote lo mismo que sostenían la cola del vestido de la novia dos lindos párvulos, también boreales. -119- Al final del sistema se ofrecen los dos blancos níveos trascendentales: el litúrgico del altar y el voluptuoso del lecho.

En el tradicionalismo del amor, suena también el grito de «el altar y el trono», con esta variante, «el altar y el tálamo». Los dos representan un mismo absolutismo. Sólo que el uno es más dulce que el otro. Es el grito de la novia desnuda, en el sacrificio de su misa.

A Xelfa le irritaba la ceremonia. Sobre todo cuando, arrodillado al lado de Andrea con el yugo puesto, escuchaba al sacerdote, un grueso sargento de las milicias de Dios, leer la epístola de san Pablo. Miró al plafón, por si veía, como en los teatros, temblar el telón antes de caer. Miraba hacia arriba. El sacerdote hubo de mirar hacia arriba aludiendo al Espíritu Santo, mientras elevaba sus dedos gordezuelos. También miró hacia arriba la novia, con una mirada preciosa de azul tiepolesco, dardeando satisfactoria. En su fantasía vio claramente descender a la sagrada paloma, invisible para el sacerdote, cuya vista exigua le impedía sin lentes sondear la altura, donde revolotean el Paracleto y la imaginación de las mujeres. En cambio Xelfa sí vio. Vio descender en forma despaciosa y regocijada a un aviador acrobático bajo un paracaídas de tafetán negro.

En tanto sonaba músicas el órgano.

Efluvios gangosos y potentes esparcían la salpicadora tempestad, de la catacumba primitiva; cuando morían idílicamente las vírgenes cristianas bajo la tierra y los cristianos barbudos en el circo, bajo los rugidos del león.

De improviso sonó la flauta del tenor.

El violín de Italia, el *dolce* surtidor claro del Renacimiento. La voz flautina atravesaba el vitral gótico del templo y se iba a fundir con un rayo de sol. Aquella voz, de divo celeste, tenía toda la gracia firme de una estocada napolitana, toda la elegancia del batir del florete en el aire, toda la juvenilia de un efebo... Su milagro transformó instantáneamente la iglesia en ópera. La feligresía en «el abono». ¿Qué se cantaba? ¿La *Sonnambula*, *Roberto il Diavolo*, *Elisir d'amore*? ¿Lohengrin, quizá? En este caso pronto se vería salir por la puerta de la sacristía al Caballero del Cisne. Xelfa miró al tabernáculo donde, sin duda, guardarían la Copa del Santo Grial. Cuando terminó en

arcangélica filatura la voz flautina, el oído de los circunstantes esperó inconscientemente la salva de aplausos.

-120-

El mal humor de Xelfa le iba poco a poco emboscando en el negro. Le envolvía el cine. Los claroscuros del cine. Ahora él, en el fondo de una mina, realizaba el pequeño trabajo de orientarse. Una iglesia. Bien. La nave de una iglesia oscura donde él se estaba casando. (Su espíritu, el de Juan, fatigado, irritado, molesto...) Plena selva. Antojábasele una gran selva azotada por ligero viento esta iglesia, en la que la multitud componía una flora monstruosa y negra. Cada árbol, cada planta, tenía su ligero movimiento de cabeza. Exhalaba su fuerte aroma, y el conjunto forestal, sombrío y pendular, mareaba.

Al fin acabó la ceremonia eclesiástica y dio comienzo el desfile de los invitados hacia el *lunch*. Era necesario preparar el rostro, las actitudes, las palabras. Ponerse a tono con la situación y tolerar la cadena férrea de los minutos del día. Terminó el *lunch*. Cambiados los trajes que los protagonistas vestían durante el enorme suceso por los otros diarios y menos epilépticos, el «novio» (*sic*), que se encontró un instante solo -a solas- en el gabinete, frente al retrato de su suegro, quedósele mirando rectamente a los ojos y le dijo:

-Hola.

No pudo contener una gran carcajada. Este «hola» le acometió con una irresistible fuerza cómica, hasta el punto de que las repetidas contracciones musculares del diafragma produjeron la náusea. La contenida necesidad del vómito. En aquel momento entró doña Gertrudis, más hierática y ausente que nunca. Con un cuaderno de notas en una mano y un lápiz en la otra.

-Dime, Juanito -exclamó con voz insinuante y sepulcral-. ¿Cómo se llama ese señor de las patillas rubias que habla tanto? Es el único que me falta.

-¿Ése? Se llama D. Luis Camargo... ¿Para qué lo quiere usted saber?

-Para la lista. Es para la lista de invitados que vamos a dar a la prensa. Y si no me ocupo yo de esto...

-Es verdad. Bueno. Pues se llama D. Luis Camargo.

Nota de prensa. (Nota de prensa)

«La hija de María Estuardo, *écuyère* de circo, que vive en la calle de Velázquez, 54, se ha casado ayer con uno». ¡Con uno! Desgraciada cosa, si ese uno no fuese yo. -121- Pero la felicidad que llena mi vida desde que nací ha hecho -señoras y señores- que *Andrea* sea mía.

Y yo la amo, la amo con terror y alegría, y preparo aquí a solas, en el secreto de esta habitación, unas flores, un buen fuego y una taza de té. Como si fuese invierno. El invierno de los gabinetes de los amantes. El verdadero mes de junio, que es el que está dentro de la habitación y no fuera. ¡No hay que anunciárselo a todo el mundo, como si les importara la noticia! Esta mujer, esta doña Gertrudis, va apuntando los nombres de los invitados para que mañana figuren en los periódicos. Y en la niebla cenicienta de sus columnas figurarán severos nombres regleteados. Habrá un «marqués de Rialta», perfectamente «conseguido», y otros nombres razonables. Pero habrá entre los testigos un Nicasio Porro, desolador. Uno de esos nombres que hacen el efecto, en las listas nominales del gran mundo, de un pellizco en un brazo femenino terso y blanco. «Los novios, a los que deseamos eterna luna de miel, salieron para una finca que poseen los padres de la novia en el Real Patrimonio».

«Verdaderamente, esta nota de sociedad no podría ir así en los periódicos -pensaba Xelfa-. ¡Qué sueño tengo!...»

Pero ¿cómo dormir, cómo echar siquiera un pequeño sueño en aquella situación, cuando todos le estarían ya esperando y echando de menos?

Se levantó del sillón donde estaba sentado, se irguió y se volvió a sentar. Después se volvió a levantar, y salió.

Capítulo III

Xelfa se inhibe

Vida nueva

Andrea se sentía agradablemente sugestionada por el matrimonio. En realidad, su vida había cambiado poco. Veía a su alrededor las mismas habitaciones, los mismos rostros que la rodeaban de soltera, más otros objetos nuevos: los regalos de boda.

-122-

El matrimonio se había ido a vivir donde ya estaba antes viviendo la mitad de él, o más de la mitad (Velázquez, 54). Doña Gertrudis, apurando el problema de su espiritualización, desde que el psico-doméstico de su hija se había resuelto tan brillantemente, quedó en punto. Su cara, silenciosa y sagaz siempre, ahora dilaceraba su expresión en ambos atributos -sagacidad, silencio- ascéticamente. Era de ver e l modo de sostener el reto impasible que desde su retrato le arrojaba el esposo difunto. Ya no bajaba la vista, quizás arrepentida de antiguos sucesos, sino que la sostenía, clavándola como dos lanzadas de *walkiria* sobre las pupilas de don José.

Para Xelfa era una madre política admirable. No aconsejaba más que muy poco y con voz sonambúlica. Casi siempre al tiempo de marcharse, de salir de la habitación donde los esposos se encontrasen.

Andrea halló una enorme ventaja para sentirse dichosa en el matrimonio: sentirle en baño tibio; no en ducha, sino en baño tibio. Entraba en el matrimonio como se penetra en el baño: primero, un pie; luego, el otro; luego, lentamente,

hasta la cintura, el medio cuerpo inferior, hasta sumergir, poco a poco, el cuerpo entero. La cabecita rubia quedaba guillotizada por la superficie líquida. Vista así, habíasele ocurrido pensar a Xelfa si aquella cabeza flotaba simplemente. Y, ya n pleno imaginismo, si flotaba igual sobre todas las cosas. El amor inclusive.

La parte fundamental de la nueva vida de Andrea la constituía el museo secreto, la parte de sombra de la esfera de esa nueva vida. El sistema de emociones eróticas. Tal sistema, diferente en cada caso, y con distinto aire musical llevado por cada matrimonio, tenía para Andrea un aire gracioso, sin llegar a ser conmovedor, ni mucho menos pasional. Muy divertido, ciertamente. No sé cómo decirlo... Resulta difícil adentrarse en ciertas cuestiones sin aditar el diseño naturalista.

Cuando Andrea se recluía con su esposo en la pequeña alcoba «tibio-rosa-pálida», experimentaba invariablemente un retroceso -en ocasiones inoportuno- a la infantilidad. La disposición alegre de espíritu con que los niños se lanzan a jugar a las cuatro esquinas o manipulan con los juguetes del bazar. A Xelfa, este cambio de plano, este traslado desde el plano real y humanísimo en que vivían ordinariamente al extraordinario de la cama conyugal, con la extraña subversión de valores que los niños imponen a la realidad en nombre de su fantasía, le desconcertaba.

-123-

Se extraviaba en interpretaciones graves o leves. Quisiera, desearía mejor en ella una sabiduría o una perversión, incluso espantosa, a esta inclasificable inocencia cínica. Desde luego, no le acuciaban deseos muy profundos de apurar el análisis. Siempre fue partidario de las interpretaciones neblinosas. De gasa, sobre río verde en atardecer nácar. Y más ahora, en que, sobre la superficie del agua, mostraba Ofelia su cabeza rubia... Desde luego. Y él, a la orilla, inmóvil, viéndola alejarse. ¡Divina, sutil, moderante, discreta, terminal, rebañadora, disculpadora, sabia, bellísima, interpretación cerúlea de la vida! Y de las cosas. El alejamiento que con resplandeciente luz notaba en el río verde -verde negro- había de suceder. Evidente. Había de huírsele todo,

vagorizándose, inconsistiéndose, eterizándose alrededor suyo. O no. Seguramente, el que partiría sería él. Al lograr la total ingravidez que ya empezaba a invadirle. Cuando la ingravidez extraña, que ya le invadía, llegase al límite y, según el principio de Arquímedes, perdiese de su peso una cantidad igual al peso del volumen del fluido que desalojaba. Todo el mundo conoce el principio de Arquímedes.

Diálogo

-Pues yo no quisiera tener un hijo.

-Yo tampoco.

-Por ahora, estamos muy bien así. Pero, ¿no te parece, Andrea, que ese afecto del hijo debe de ser algo «serio» cuando todo el mundo lo dice?

-Sí. La verdad es que debe de ser muy hermoso tener un hijo. Se nace del hijo. Yo no sé quién afirmó que los hombres nacen a la vida verdaderamente cuando tienen un hijo.

-Sí. Eso es una tontería. Pero está bien. Es una vulgaridad enorme eso que has dicho. ¿Sabes? Pero no importa.

»¿Tú no has pensado alguna vez que hay mucho de autosugestión, de vanidad descompuesta y fermentada y de efectismo psicológico en todos los grandes afectos, en todos esos irritantes afectos grandes, que todo el mundo proclama? Existen los grandes afectos. No cabe duda. Pero no son tanto.

-Es verdad. No son tanto.

-124-

(Pausa, como la que hacen los actores en las comedias, dando una chupada al cigarrillo.)

-¿Tú eres inteligente? (*Andrea ríe.*)

-Hombre, no sé. Creo que sí. Me gusta que me expliquen las cosas para comprenderlas. ¿Todavía no te has enterado de si soy inteligente o no?

(*Galante y apresurado.*)

-¡Por Dios! No faltaba más. ¡No has de serlo!

»Verás. Yo he meditado bastante en esta cuestión de los hijos. Del hijo. He analizado, *a lo filósofo*, el amor al hijo en los animales, amor puro, sin romanticismo, amor de propiedad fisiológica, recto, sencillo y corto. ¿Comprendes? Y el amor fanático, exagerado, de las madres humanas, sobre todo en los tipos de gran romanticismo maternal. Y me ha parecido excesivo, complicado. Largo y triste. Con sus alegrías, pero triste. He aquí, me he dicho, una hipertrofia sentimental, que por fortuna la civilización va destruyendo, descristianando, gracias al egoísmo, a la evolución individualizante del hogar y a las crecientes necesidades de transeúncia callejera y viajera y a la disminución del hambre. El hambre influye mucho. Los ricos aman y odian menos.

-Yo no creo eso. Me parece que todo eso que has ensartado ahí no está claro. (*Con sonrisilla de conejo.*) Está cerúleo. Lo malo es que todavía la humanidad se halla viciada hasta la médula y, por eso, cuando tenemos un hijo lo queremos estúpidamente mucho. Sólo existiría una manera de descargar, en parte, el amor al hijo. Y es -pirandellianamente- tomando todo el cariño que pueda crear la convivencia diaria con un niño desde que nace, y restando de ese cariño el odio que se le pueda tener por saber que no es hijo de uno. Sino de otro. De esta manera se es padre y no se es padre. ¿Comprendes?

-Sí.

-Y el sentimiento resultante quedará perfectamente en su punto medio, razonable, justo, en cuanto a intensidad, tono y timbre.

(*Pensativa.*)

-¿Eso dices que es pirandelliano?

-Pirandelliano.

-125-

-Pero esa fórmula sólo serviría para el hombre, para su amor de seudopadre, no para nosotras, las madres, que siempre sabríamos que nuestro hijo es nuestro hijo.

-Sí, realmente... Cabría un arreglo, pero dando un rodeo demasiado largo. «Para las mujeres el hijo es siempre su hijo».

»Una desventaja más que tenéis.

-En cambio vosotros... (*Maliciosa.*) Para todo tenéis más suerte que nosotras.

-Según como se considere, hija mía. Y ahora vamos a callarnos. ¿Quieres?

Un año, dos. Dos años habían transcurrido desde la fecha aquella de junio en que Xelfa se advirtió casado. Y no sólo casado, sino casado con Andrea. Aquella fue una fecha que acababa -en este día turbio de enero- de tener lo peor que puede tener una fecha: contrafecha.

Hubo un hijo que falleció. Ahora también recibía ese contrahijo que los poetas vienen llamando «desengaño» desde tiempo inmemorial. Le vinieron a la mente todas las novelas que había leído con el asunto vulgar del adulterio. Novelas casi siempre francesas, del siglo XIX. Hacía una tarde también francesa, gris, lluviosa y maupassantiana. Maupassant le perseguía. ¡Qué destiempo! Casi le parecía el amante de su mujer. El que con ella acabaría de tomar un *fiacre*, yendo juntos en diálogo cortado y profundo (humanesco en París, 1890) hacia la *garçonnière*. Él, Xelfa, era el marido comerciante o empleado que empleaba Maupassant. Pero en Maupassant no abundaban los anónimos reveladores. Había que retroceder hasta Balzac, hasta Dumas.

En su caso particular había habido anónimo. Un anónimo especial, con la letra apenas desfigurada de su mujer. De su propia mujer. ¡Dostoievski y Andreiev! Los rusos, estos rusos terribles y minuciosos que son como la luz Drummond en el teatro. La luz que hace falta para iluminar, hasta el tuétano, la psicología *sencilla*, pero *oscura* de la mujer, de esta -por ejemplo- Andrea, tan fácil, tan de papel, tan cuadriculada y coherente. Ciertamente, las mujeres son claras, pero *complejas*.

Xelfa emprendió su retirada de Rusia menos penosamente que Bonaparte.

Salió de su domicilio acariciando por última vez la boa. La boa se estremeció regocijada. ¿Y luego? Un taxi. Un tren. Y un vapor.

-126-

Epílogo

Xelfa ha llegado a Buenos Aires de un solo brinco. Otra vez se siente libre y relativamente satisfecho, en medio de la plaza pública, con su figura sin contorno de civilizado. Áspero y analítico. Cursi, delante de las piedras de Eubea y de la basílica de Roma. Con sombrero flexible claro y un bastoncito. Un junquito.

Una hora deliciosa de la mañana, nutrida de sol. Y le parece mejor que nunca el haber huido del jardín shakespeariano en que vivió cerca de dos años.

-¿No sabes -le ha dicho su amigo, un Poeta de Cabaret- que pisamos un terreno difícilísimo, desconocido?

ÉL (con voz pálida).- No. No pisamos ningún terreno.

P. DE C.- ¿No adviertes cómo vas fundiendo y confusionando tu vida en la frágil pantalla de la cinegrafía? Desvitalizándote... Perdiéndote, como un fantasma.

ÉL.- Veo que la cosa está muy bien. Que nada me liga demasiado, que no encuentro obstáculos en mi camino y que, si los encuentro, los salto aladamente sin esfuerzo, como un funambulista peliculero.

»Mira: Juan Martín Bofarull tenía un sombrero de copa puesto sobre la cabeza. Llegó Archibald Barrymore de Hollywood, le dio un papirotazo y lo tiró al suelo. Quedó hecho un acordeón. Entonces apareció el gran, el aéreo, el cerúleo Xelfa, y lo cogió, utilizándolo como *clac*.

P. DE C.- Sí, sí. Ya lo sé. Te mueves con libertad. Pero tú lo decías en otro tiempo. ¿Qué hacer con las desventuras? ¿*Clac*? ¿Como con la chistera? Si eso hubieras logrado, ¡oh, Xelfa!, serías el Primero sobre la tierra.

»También decías antes, no recuerdo si en tu época de puericia, de Juan Martín Bofarull, que el «trance gravísimo» -el que sea- no puede resolverse más que de dos maneras. Con la oración y la penitencia si se es hombre de fe; o con la ironía y el suicidio, si se es un concupiscente.

ÉL.- Eso decía. Pero entonces ignoraba el gran resorte de lo inhibitorio. El gran secreto es inhibirse. Y yo me inhibo, ¿comprendes?, cuando quiero. La inhibición es un truco, una técnica que Archibald enseña a quien quiera. Y en ella caben las dos soluciones que daba para el infortunio cuando era Juan Martín Bofarull. La oración y la penitencia, siempre que se haga al Dios y por el Dios gentil de nuestro Ego. Y el -127- suicidio, siempre que se realice tirándose por la ventana. La ventana nueva, precisamente. La ventana que en la cámara oscura se abre al otro mundo verdadero. La ventana del gran lienzo blanco.

»Éste ha sido mi último suicidio. Mi tercera o cuarta inhibición. Allá, en España, en Velázquez, 54, dejo -para siempre- un domicilio confortable con María Estuardo y un pimpollo dentro. Un fragmento de dicha y otro de neurastenia. Y otro de moral cívico-eclesiástica. Y una serpiente boa en la escalera. Y alguna sangre humana... quizá.

P. DE C.- Te entiendo poco.

ÉL.- Metafísico estoy.

P. DE C.- Siempre he creído que tú, por tu naturaleza cerúlea, no tenías sangre humana, y que el líquido de tus venas era como aquella sangre que pedía Homero para los dioses, semejante al rocío, especie de vapor divino que, no substanciada por las frutas de Ceres ni por el líquido de Baco, fluye inmortalidad. La inmortalidad de nuestro tiempo.

»Y hablando de otra cosa. ¿Cuándo has llegado?

ÉL.- Llegué ayer. En el Infanta Isabel de Borbón. La travesía no ha sido mala. Y me he instalado en el hotel Palermo. ¿Qué te parece?

-[128]- -129-

▽△

Manola
(Los tipos ejemplares)

- I -

Un hombre bonachón y tranquilo.

El gato se le sube al hombro. El can le hace zalemas. Un niño se abraza a sus piernas. Una mujer iracunda -la suya- parece increparle.

En jarras. Violenta.

- II -

Un hombre terrible

El gato le huye. El perro le esquiva. El chiquito le mira asustado desde la puerta. Una mujer -quizás la suya- se abraza a su cuello.

Dulce. Sumisa.

- III -

Haremos mal en generalizar.

Pero hay aquí, evidentemente, una postal popular.

-[130]- -131-

▽△

Actor

(Hace que se va y vuelve)

Ha paseado con grave continente por el paseo de los cómicos. Un paseo de álamos. Botines. Guante amarillo.

Un rostro de hombre maduro. De hombre que teniendo treinta y cinco representase cincuenta. Pero que si se le notan los treinta y cinco, no nos da lástima. Lástima sólo de las almas de papel en la calle y en la escena.

(Bruma del norte y la luz de la batería -drama o vodevil-, ¡cuán romántica impresión en la impresión: ¡Teatro!)

Un actor, una vida. Un actor es, sin embargo, una vida.

Anécdotas de historia y de sufrimiento, aparte infantil, en el minuto del Proscenio.

Poco es para el reductor de la batería. El actor, siempre papel, no vive. Subvive.

A lo mejor da una gran risa. (Botines y guantes verdes.)

Se dijo que la pasión abrasa, mata. Es posible. Pero, ¿a quién? El actor da una gran voz. Simplemente.

Murmura el actor:

-Para que vean ustedes lo imbécil que es el público. Y lo inculto. Dicen por ahí que vamos a poner *Hamlet*, de Calderón. El *Hamlet*, ¿comprenden ustedes? El *Hamlet* de ese inglés. De... Séspir.

Bien.

El dolor acosa, rasga, sublimiza, hiere, extenua, mata. No importa. Hay un caso en que hace que se va y vuelve.

«El Hostelero... N. N.».

(Guarismos.)

-132-

Sobre un terremoto -Lisboa, 1750-, un incendio -el del Kremlin, 1812-, una guerra -1914-, una peste -Venecia, 1321-, un asesinato múltiple -Tropman-, un suceso divino -el natalicio de Jesús-, se arma el tinglado.

Furiosas candilejas. En ocasiones el verso y el violín.

Desfilan, descocados, fatales guarismos. (Hay guarismos con joroba y otros tiesos como el siete.)

Números, figurín y escándalo. Sombras y ecos. Casi entes de abstracción, afilados ya por la desgracia hasta casi no ser.

Pero son.

Mira con el ojo brillante.

Y cuando -Dios mío- todo se acaba, cansa, y la mujer vierte su lágrima y el destino oscuro se aparece al pensamiento:

Hace que se va y vuelve.

Aquella tarde enterramos a Talma. Era una tarde gris -impase gris-. Para el azar silenciosa.

Para el invierno: la violeta, el pájaro mojado.

Echaron tierra sobre el ataúd. (Sonó, porque sí, una campanilla.) Echaron tierra sobre el ataúd.

Y todos muy tristes. Todos inmutados. Todos muy solemnes. Todos enlutados.

Cumplimos. El sagrado deber. Con el espíritu opreso y el halo mortal. Yo pensé: hace que se va...

Y me enjuagué una lágrima. Aunque no era preciso.

-133-

▽△

Bi o el edificio en humo

- I -

El paraje

Detrás del cristal estoy yo. Entre el cristal y la elegante casa, que tiene al lado un solar madrileño, con el árbol triste, en el ángulo, y el farol, ha terminado de llover. ¿Nada más que aquí? Nada más que aquí. Y no lo hará nunca más. En realidad, parece que no chispeará nunca más, para dejar redonda la sensación. Redonda, y luego con un pico. El pico de una voz que siempre suena, y dice:

-Ha acabado de llover.

Yo, que he dado un largo paseo urbano, estoy sentado en el bar, ante el vaso de cerveza y la ridiculez de la patata suflé. Historias del mundo.

El espíritu quiere perderse en toda clase de fantasías, tan profundamente aburrido, en definitiva. Porque el espíritu se pierde en historias. Y sólo para eso vive.

Es pueril, señores. Es sencillamente pueril. Pero resulta inevitable. ¡Humo!

Se dijo infinitas veces; pero hay que repetirlo siempre: Humo.

La casa elegante tenía tres pisos. En el tejado, un sobrepiso que llamaré guardilla. Y abajo, la tienda.

- II -

Muecas en la cristalería

Aquella tarde todo era cristal, vidriera y espejos. Tanto espejeaba la situación que la propia realidad iba tomando un carácter alarmante. El telón pasa de folletín a revista, a puerto, menos desenfocado -y extinto- que en la celeridad del cinematógrafo.

-134-

Ya la casa era mancha vaporosa. Destacan los hierros puros del balconaje. Recordaba los claroscuros de Carrière y la ojeriza del gas sobre los rostros del período romántico.

El vizconde

La primera vida era la del vizconde del piso principal. (Sus padres, los duques, eran los propietarios de la finca.) Abrió el balcón tarareando un aire de dancing y abrochándose los guantes amarillos. Bajo el brazo, el bastoncillo, y sobre los ojos, el sombrero gris. La estampa completa.

Montresor.

Caballere. Genuflexión. Don Juan. Este joven se ocupa de los deportes y cultiva la frivolidad. Derrocha el oro, *derrocha* el oro de sus antepasados, su padre, el duque; su abuelo, el general; su bisabuelo, el intendente; su tatarabuelo, el ganapán de labrantío, generador de la fortuna. Recio y seco, y punto en boca.

Por parte de madre, tres desviados: dos histeroides (heredosífilis) y una monja y santa, con equivalentes epilépticos y algún talento musical. Ascendencia capitalista invariable.

Totalizando y liquidando: una familia de primera clase en el momento cenital. El vizconde era el encargado, por fatalidad marxiana, de iniciar la decadencia. (El equívoco Marx.)

Un automóvil aguardaba a la puerta.

El vizconde cierra el balcón y se mete dentro.

La señorita del canario

Anochece algo.

En el piso segundo un canario, dormido en su jaula, inventa otra vez la electricidad con el color de su pluma. El pico, con su forma, acontece el triángulo.

No se lo explica el sueño.

Pero en su sueño, ¿qué hay sino vacío? Las trayectorias de vuelo de los pájaros se conservan intactas en el aire.

Se enciende la luz eléctrica detrás de los cristales.

Una mano femenina descuelga la jaula y la mete dentro.

Es una solterona que vive con su padre anciano, jubilado de Fomento. Hay, desde luego, en ese cuarto, el gato con lazo y san Antonio con peana. Burguesa.

Visto así, buscando en el interior de los domicilios, los hombres y las mujeres aparecen en la exactitud de su vida con pleno detalle. Los cristales de estos balcones son lentes de gemelo de teatro, a los cuales nos asomamos para acercar o alejar las figuras, según miremos por la lente grande o por la lente pequeña.

Al vizconde le hemos visto muy lejos con la lente grande. El canario y la soltera, con la minuciosidad de la lente pequeña.

Se borda

Cierto empañe de melancolía desdibuja el piso segundo, cuando ya el tercero vacila en la lente grande.

Vemos el cuadro sencillo, puro, animador, inocente de una joven virtuosa - que viene a ser María o la hija de otro jornalero- bordando detrás de un balcón.

¡Qué mal borda! Pero qué bien que borda, qué bien que borda la también un poquito cómica, en la virtud y el trabajo.

Tiene su familia. Ya se morirán. Melibea.

Los ojos son verdes.

La vida es el crimen de Dios, afirma el dedito de la costurera agujereando el trapo.

El judío del bazar

A la puerta del bazar, que es la tienda, Shylok fuma su pipa apoyado en el quicio. Mira a través de espejuelos. Los espejuelos son verdes. Él es judío.

Ser judío es buscar la vuelta. Embridar la conciencia un breve espacio. Toda la raza judía ha vivido a expensas de sus observaciones particulares. Cada observación particular es una alhaja.

-136-

¿Por qué -se pregunta Isaac Bi- se persigue a la raza judía, a través de la historia, como si a la razonable teoría de las batallas y de los reyes no pudiese interpolarse la tan razonable de los presupuestos?

Shylok, Isaac Bi, obraba en consecuencia. El semita espera a la puerta de su bazar. Tiene cuarenta años, barbita en punta y tipo enclenque. Pero no importa.

En el bazar van entrando: el ario prístino, el mongol ceremonioso, y hoy el árabe, europeo sajonado o latinoide zumbón.

La pesetita, el franquito. El vapor de Oriente que llega cargado -a Liorna- de telas preciosas.

El poeta y la tempestad

Comienza la tempestad. Rayos y relámpagos. Las fuerzas profundas de la tempestad se muestran entre su varillaje. Ris, ras. Abrir y cerrar de abanico. Se abre y se cierra. 1830.

Como si se encendiese y se apagase de repente el Tirol. O saliesen máscaras del baile de la ópera.

El pensamiento, igual que un mico, salta de árbol en árbol, en un bosque sombrío de grandes álamos, de puntillas sobre la piedra. Secos, descarnados, con nudos y anquilosis. ¡No es fácil ver la realidad del edificio!

La realidad ha salido a sus encargos. Flecha salida del arco, fue a clavarse en la frente de un cornudo. Una gota de realidad puede ser este detalle ligero del esposo desgraciado que la tempestad hizo.

Gota de broma. Veamos.

Por la tempestad salió un buen carpintero a componer un altar que derribó un rayo. En su ausencia, la carpintera se entregó -por nervios tempestuosos- a otro carpintero. (Siguen los carpinteros. La estirpe de José.)

¡Mil detalles! ¡Mil flechas del arco de cada cosa y de cada acaso, que parten del gran dictamen hacia lo minúsculo!

Quizá, un rayo frustrado, y.. no. (No hubiese sucedido nada.) Pero, el rayo triunfante, y... sí.

-137-

Entre las nubes, al claro de la electricidad, surge en el marco de guardilla, como gárgola inclinada, el poeta. El clásico y folletinesco y eterno -en la gracia miserable de su luz inmoral- poeta de la guardilla. Figurón.

Remate sutil. Anécdota perdida para la lista de teléfonos de la ciudad.

Su silueta: Werther. ¡Oh, poeta! ¿Por qué hacer siempre de todo hombre firme un temblón?

Ahora, que vemos como una aparición al Figurón, a la luz de mecheros, reprochémosle su pertinacia. Hay demasiados fantasmas. Persevera el poema. Y es necesario que vayan poniéndose poco a poco en la sierra y sobre la línea del mar. Ocurrió que le buscaron tres pies al gato. Luego se le buscaron cuatro pies al gato, los que tiene. Por último, se le buscan cinco pies al gato. ¡Y el gato no tiene pies! Ni patas. Tiene miau. Maullido. La asíntota de la eurifonía.

No. Fuera el poeta, el gárgola, el Figurón.

Démosle su gloria -esa cuestión de quince días- y su gran nombre en el manual. Pero no mintamos. La verdad se halla en mejor país.

El país en que no se sonríe y la prostituta no baila y Dios no es más grande que su nombre.

(Sin tumulto, la armonía.)

El poeta se inclina, se inclina hacia la calle, sin caerse -malo-. Cuelga de él, gárgola, un anuncio eléctrico que se enciende y se apaga, alternando en el aire, entre el ris-ras del abanico:

FARMACIA DE GARCILASO,

PRECIOS DE MILITAR.

Se enciende y se apaga.

El poeta, hablando de su corazón, dice unos versos simpáticos con voz desaforada:

«Amapola sangrienta

Al cuidado de Dios».

Y se mete.

En veinte años, la casa quieta dio como una vuelta de noria. El cangilón del principal se volcó en el tercero. El tercero pasó al principal. Sólo el segundo, en vez de volcarse, se hundió melancólicamente hacia el eje, como la punta del ángulo, que forman los radios de la rueda, hacia el eje.

Muerta o ida la solterona, pasó Bi -pérfido como la onda- a ocupar su piso. El israelita acabó haciéndose con la casa. La compró.

Metáfora enorme. Pérfido como la onda...

Se ha dicho, ignoro con qué fundamento, que el judío acaba absorbiendo el oro, la propiedad y la riqueza dondequiera que estén. Esto no lo dice un estadístico, ni un sociólogo, ni un pensador de diario, de diario de gran circulación, sino el cura Méndez. El cura Méndez, y un sujeto que hay en Berlín, y el alcalde de Sappeti, en la Calabria, y hasta el pobre judío que no tiene propiedades ni riquezas y vive cargando fardos en los muelles de un puerto.

Bi, cuando murieron los padres del vizconde, prestó dinero a éste, que ya se había gastado alegremente la herencia paterna y acabó perdiendo la propiedad de la finca. Arruinado por ende y por completo, se fue a vivir apenas al piso que an taño ocupara la bordadora. joven virtuosa.

Joven virtuosa.

Los padres de la bordadora murieron. Nueve días estuvo el portal a media puerta. La joven casó con un médico de fama, que curaba y no curaba como el más hábil, y se fueron a vivir al suntuoso principal.

El único que permanecía en su mansión de vigilancia era el gárgola. Manfredo.

El triste pirracas vive siempre inclinado sobre el tiempo y las rachas. Triste amor.

Amar lleno de inexistencia y de delicadeza. Por ende, también.

El tiempo y las rachas

Veinte años pasados son veinte saltos sobre veinte vueltas de comba. Nuestros recuerdos, campanarios, doblan. Templos alegres. Se hurta el rato y luego se mata, quemándolo con una cerilla.

El hombre va de joven ladrón a viejo incendiario.

La vida se explica entonces por la delincuencia y la delincuencia por una especie de moral de la ensoñación. Y mecanismos de protesta.

El más tranquilo desesperar pasa al corazón, como la temperatura al termómetro. ¡Parece que todo fue entornar los párpados y dar un grito! Pero no todo es eso. Hay la burla y sus formas adictas de filosofía. En la juventud el mundo saca la lengua. La puntita de la lengua entre los dientes, con la coquetería de una mujer. En la vejez, el universo también nos saca la lengua colgante, floja, estropajosa. Y nosotros, a nuestra vez, se la enseñamos al médico.

-Usted se muere.

-¿De qué, doctor?

-De muerte. Adiós.

- Adiós, doctor. ¡Ahí va la ciencia!

DESDE AQUELLA TARDE YO NO VOLVÍ A CONTEMPLAR...

Desde aquella tarde yo no volví a contemplar la casa de Bi, del vizconde, de la solterona, de la joven virtuosa y del gárgola.

Volví a los veinte años -ahora- una mañana.

Mi existencia

Aquellos veinte años los he pasado componiéndome un estado y su cara periodística correspondiente, de hombre célebre. Las matemáticas, a las que me dediqué con afición desde mi infancia, me han producido el bienestar, la fama y el dinero. Ingeniero, he construido puentes sobre ríos y un ferrocarril oscuro.

-140-

Jesucristo viajaba en él, la noche de cierta catástrofe, para auxiliar a los heridos. Entre mis fórmulas apareció de pronto la mujer. Era yanqui y pasó bajo un quitasol encarnado.

Nunca podré verla de otra manera.

Ni aun ahora que nuestros hijos corretean por el parque. Alegre y veloz el uno, como un ferrocarril blanco. Indómito el chiquitín, como un río encrespado.

La Academia me ha llamado a su seno. Yo he ido a su seno. ¿Por qué no acudir al seno de la Academia? Existe un pequeño equívoco que conviene desvanecer. Generalmente supone la gente joven que la Academia llama al regazo, no al seno, y e llo preocupa.

Regazo. Suena mal.

Nos imaginamos una patrona llena de tripa y grasa, que nos coge y, quieras que no, nos pone sobre su falda, como la hospedera al chucho.

Y no.

Es seno. Un seno que no está pocho, sino turgente, y -aunque dilatado- con su fértil mamilla, de donde chupamos los elegidos no sé qué delicioso calostro.

El paraje se torna fresco y claro

Bajo el sol rutilante de una mañana primaveral, contemplo otra vez el edificio. Vuelven las muecas a la cristalería, con bien distinto estarse que en el otro tiempo. El vizconde me mira con rostro largo, de piedra. Advertí que o se decidía por el ejercicio de las manos o iba a tener que sumirse en la última habitación de la casa.

Una pieza fúnebre, estucada y silenciosa, a la luz de la vela.

En cambio, la cómica -esa mujer u hombre al que se reparte, sin más razón que las que sepa la fortuna, el papel triunfador- aparecía risueña. Virtud juvenil, virtud convaleciente del bordado, y elegancia.

-141-

Un guante amarillo jugaba en su mano. El automóvil se puso a los pies del portal con su más cortés velocidad.

La suerte -es indudable- llega sin falta cuando se trata de cómicos. Y más cuando se pide sólo la felicidad barata. El amor y el dinero.

Podría hablar mucho de esto. Pero, ¿para qué?

Ninguna razón explicaría el éxito tranquilo, segurísimo, de las observaciones de Isaac Bi, que marcha, poco a poco, hacia la plenitud de su estrella israelita. Nacido rata, arriba a millonario. Millonario judío, que es casi un estilo religioso, sin mezcla alguna de las formas ateas y racionalistas que componen al millonario occidental.

Me mira, y hace bien, a través de sus espejuelos verdes. Sin duda mi alma no alcanza, a la simple vista, el grado de corrección que conviene ante su respeto sacramental.

Da la sensación este hombre, Bi, de que sabe mejor que nadie la entraña misma de los movimientos de los demás.

Por eso se quedará muy tranquilo, fumando su pipa inglesa, cuando, dentro de un momento, se queme su casa, su bazar y sus costumbres de veinticinco años.

Todo lo tiene asegurado.

Wordsworth decía que nuestro nacimiento es sueño y olvido. Que el alma, que en nosotros aparece, estrella de nuestra existencia, tuvo su crepúsculo en otros horizontes y viene de muy lejos.

Wordsworth había visto quemarse y desvanecerse en humo muchos edificios. Yo, ha sido éste, de la casa elegante de Madrid, que tiene al lado su solar típico, con el árbol en el ángulo y el farol, la primera vez que he visto arder.

El incendio se hizo de pronto y fue notable. Copio de un periódico:

«Ayer, a las doce y media de la mañana, se produjo un incendio, que rápidamente fue tomando extraordinarias proporciones, en la casa número 8 de la calle del General Vivar. Requerido inmediatamente el servicio de incendios, acudió, sin pérdida de tiempo, para sofocar el fuego. Pero no pudo conseguirlo. El siniestro, que desde su principio tomó gran incremento, acabó por destruir en su totalidad el edificio».

El muerto

¡Por Dios -en su maravillosa escala-, cómo pintan el vitral de incendio los tinos de la primavera! El tino ascendente en volutas. (El color rosa atomizado

no sabe qué hacer. Se moja. Intenta huir, tomando su linterna y su capa, pero no es de noche...) Se han salvado todos menos el poeta, que se ha tirado por la ventana.

Cae en medio del corro de vecinos que se han salvado, en camisa aun cuando es mediodía. El siniestro les cogió tan de improviso que apenas tuvieron tiempo para desnudarse.

La caída del escritor se distinguió por lo rápida. Hubo un momento en que por poco no se cae. Es decir, no llega al suelo, y entonces sabe Dios lo que hubiera pasado. Es lo cierto que quedó aplastado. Contra el suelo. Ensangrentado como aquella amapola sangrienta que se dejaba cuidar de Dios.

El poema, al apurar su término, necesitaba su punto de síntesis que dominase el triunfo material de todos. Todos habían subido o bajado en su fortuna, movilizándolo su destino. Parecía que sólo la gárgola debía permanecer quieta siempre entre la electricidad del anuncio y la negrura de abril.

No.

Captó más que nadie. Y más veloz fue en menos camino, volteando en el espacio y sobrepasando terceros, segundos, principales y bazares. No hizo menos que aplastar un poco el suelo.

Rebotar. Salir de estampía, en espíritu, en camisa, cruzar, y al cielo para un fulgor.

Nuevo lucero. Claro precinto de la inmortalidad.

El poema -reconciliémonos con esos pobres poemas que no han hecho ningún mal a nadie- se complementaba así: absurdo, medio sensacional, medio humoso. Realizando lo que no pudieran ni Bi ni los demás inquilinos. Esa alegría que no puede ser.

Un naufragio

- I -

La mirada de aquel hombre valdría unas cuarenta pesetas.

Me dijo:

-Pablo, lo único que exijo de usted es la puntualidad, ¿eh? La puntualidad.

El punto de la puntualidad empezó a revolotear entre nosotros como una moscarda.

Relópez, Negro y D. Enrique, hombres del Negociado, me miraron... así.

(Pero yo también estoy dispuesto a clavar el punto sobre la *i*-iba a decirles. Queridos compañeros. Pero dije:)

-¡Ah! Bien, bien. Sí señor.

- II -

Yo jugaba antes mi diábolo sentimental. Un día obtuve todo el tiempo preciso que necesitaba y andaba persiguiendo desde *hacía tiempo*, para no hacer nada. Era una estrella de cristal que se rompió en pedazos. Psiconeurosis.

Empezó el brote de las palabras y la psiconeurosis. Ésta, sobre todo. Sin ella se es siempre Relópez.

(No es tan fácil.)

Aquella mañana, mi primera de covachuelo, me transfiguré.

Fui al peluquero, me rapé, me cosmeticé, compré una novela de Mata, y me puse una corbatita Farman con los colores nacionales.

(... A la comba con el regocijo.)

- III -

En el cuarto de la fonda mi corazón bailaba dentro del pecho.

Cerré las maderas del balcón y encendí la lámpara. Me acerqué al espejo del armario. Cerré los ojos. Luego los abrí y di un grito de terror.

-144-

¡Aquel estanque me zambullía, me tragaba! Me absorbía horizontalmente con tiraje de cordón umbilical, por el vientre.

Grité.

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

-¡Todo ha concluido! -concluí.

- IV -

Pero he aquí que no. He aquí que un ser generoso, con riesgo de su propia vida, me salvó. Valerosamente esgrimía unas tijeras y cortó el cordón umbilical.

No llevaba cédula, ni era militar. Es raro.

Se trataba de un hombre pelado, cosmetizado, con una de Mata novela en la mano, y en el cuello una corbatita Farman con los colores nacionales.

- V -

El jefe me miró iracundo.

Su mirada rebasaba ya las pesetas sesenta.

-¿Es decir, pollo, que después de lo que le he advertido esta mañana, viene usted con una hora de retraso?

-Aún no asamos y ya... -musitó Relópez maligno.

-Es que verá usted. He sufrido un accidente. Un pequeño accidente -argüí, tímido, buscando el punto musaraño, que se me había perdido.

-¿Cómo?

-Un naufragio...

-¿Un naufragio?

La voz del jefe sonaba el registro más autoritario de su flauta. Atraía ésta, siempre, a los gorriones astutos de las narices de los empleados.

-Y, ¿dónde ha naufragado usted? ¿En la palangana del lavabo?

-No.

FIN DE
PÁJARO PINTO

Luna de copas

▽△

Primera parte

Bacante

▽△

-[148]- -149-

▽△

- I -

Paisaje bailable

Ignoramos las razones que pueda tener una montaña para ponérsenos delante. Los nuevos movimientos que ha inventado el campo frente al automóvil son ya puro baile. Bailan las cosas, con la música mezcla de *jazz-band* y de petardo de motor, y (en la noche) brillan luces como lentejuelas. Estas sensaciones son primarias y superadas, al primer golpe de vista, por cualquier espectador, al primer kilómetro veloz.

Después viene el interpretar los bailes de cada paso, a cada engrarabamiento de dedos sobre el aro medular del volante.

Silvia corría. Corría llevando su coche a gran velocidad por la carretera de Visiedo. Visiedo es una playa cantábrica, de ésas que todavía quedan, discreta, escondida, que aún no ha llegado a ascender a la categoría de gran playa de moda. Y, sin embargo, y por esto mismo, lanza ya su veraneo al escaparate. Lo saca y lo pone entre los sombreros del verano y los jerseys náuticos a rayas blancas y azules.

-[150]- -151-

▽△

- II -

Visiedo

Los pescadores se dan cuenta de todo esto con tristeza y alegría. Los viejos pescadores de Visiedo advierten que el bello color azul perfecto, que solía

tener el cielo algunos días de otros veranos, va cobrando un matiz especial azul-disgusto, muy característico. Es el sansebastianismo, el matiz que irradia San Sebastián sobre la atmósfera cántabra.

Por otra parte, los habitantes del pequeño puerto, antes abandonado y perdido, se regocijan olfateando las ventajas que obtendrían en pocos años si lograsen convertir el lugar en una playa elegante.

Todos ellos se transformarían de pronto en pescadores de perlas.

¿Acaso no se habían presenciado ya transformaciones más extraordinarias en otros puertos?

El viejo Pachín, de Algorta, contaba el efecto que la vista de los primeros balandros, con su donjuanesco y gallardo velamen, había causado a las humildes lanchas pesqueras en otro tiempo. La *Carmenchu* y la *Milagrosa* perdieron el color de sus costados.

Y la *Joven Elisa* se suicidó en un día de galerna. De poca galerna. En realidad, el mar no se había sulfurado con la horrible destreza que hunde a manotazos de ola las embarcaciones. Las nubes, sí. Eran muy negras. Se embudaban como bocinas hacia el mar, hinchadas de ojeriza y de tempestad. El naufragio de la *Joven Elisa* debió de ser un naufragio hacia arriba. Más cosas raras se contaban, unos a otros, los viejos pescadores de blanca sotabarba marítima, entre juramentos y humos de pipas.

Otro marino, también de sotabarba, y muy sabio, el ilustrado Sixto, de Laredo, dijo en cierta ocasión, parodiando a Bonaparte:

-El porvenir de nuestro litoral es inmenso. «Cada malacopterigio del Cantábrico lleva en su mochila el bastón de mariscal».

Pescadores de perlas, en efecto. Y sin peligro. Pescadas en todas partes, en el mar y en el mercado, en el hotel, en el Kursaal; los mejores criaderos conocidos del mundo, incluyendo los australianos.

En Visiedo estaban empezando a construir un Kursaal.

También estaba formándose una colonia de hoteles, que algunos reiterados veraneantes se hacían edificar cerca del pueblo, a bastante distancia de la playa. Sobre el tablero de ajedrez de terreno, iban apareciendo las piezas, una a una, jaqueadas a veces por el buen gusto; pero el conjunto resultaba grato, inglés, jardineril, breve y estetizoide.

En una de las dos pequeñas colinas, que limitan a uno y otro lado la playa de Visiedo, se halla el chalet del señor Contreras, padre de Silvia.

- III -

La escalinata del hotel

Este hotel, románticamente llamado de la escalinata (porque tiene una escalinata romántica), fue de los primeros que se construyeron en Visiedo.

Es elegante, fino de traza, brilla por todas partes y produce una impresión colorinesca de banderola al viento. En las fachadas abundan los azulejos. Una franja de ellos rodea el pórtico, y la cristalería algaribiza, con petulancia chaletil hasta en los copetes del edificio. De aquí la multitud de reflejos turbadores con que se anuncia a varios kilómetros de distancia.

Sólo por la parte del camino, un camino que conduce desde el pueblo al faro, se limita la finca por una alta tapia, interrumpida delante de la entrada principal. Entre dos pilarotes, forrados también de azulejos andaluces, se abre la pesada can cela de hierro. Encima de ésta, sobre una tira de latón formando arco, se lee: «Villa Silvia».

Por todos los demás lados, la colina desciende libremente sobre la playa. Cae en suave faldeo verde. Se escarpa en algunos sitios, y se detiene brusca, como si hubiese sorprendido alguna escena erótica, por el lado del mar. Luego, le lanza su acantilado vertical y rojizo.

En lo alto de este acantilado, había construido el dueño de la finca -don Enrique Contreras y Montes de León- un rústico y amable miradero, con sus sillones de mimbre, una mesa pintada de verde y unos toldos de lona, que se echaban los días demasiado soleados.

Alrededor de la casa, el jardín proyectaba su escenografía sombría, antiandaluza, molesta por el acento jerezano del hotel.

En total, la casa de don Enrique, con la naturaleza circundante, la piedra y el aire, y, sobre todo, el ambiente, a pesar de la cristalería, de los azulejos y del bermellón del tejado, tenía un aspecto inactual y romántico. Pero a don Enrique no le importaba esto.

Ni al mar le importaba tampoco que el hotel le enseñase los dientes de cal de sus balaustres, siempre recién limpios con un dentífrico. Pero donde la nota romántica se exaltaba y daba un agudo era en la escalinata.

-154-

La escalinata daba nombre al hotel. Todo el mundo le conocía por el «hotel de la escalinata».

La escalinata...

Se trataba de una escalinata que ya estaba allí, trepando por la colina, desde tiempo inmemorial, mucho antes de que la comprase don Enrique. Era rocosa, de tramos muy anchos y carcomidos que alternaban con rampas, medio cubierta de jaramagos, líquenes y musgo.

Lo misterioso de esta escalinata es que no se justificaba de ninguna manera, no habiendo una casa en la cumbre del montecillo. Ahora la había. Pero antes no.

Sin duda, la hubo en una época remota, casi prehistórica, aunque nadie la advirtiese.

Una quinta remota. Nacida, quizás, en la época del primer folletín. Muerta bajo la marea alta de cualquier optimismo.

-155-

▽△

- IV -

Reversible. (Y un espejo)

(Una persona que vive, más bien, a expensas de sus preocupaciones es una mujer. Puede también ser un hombre.

¡Parece mentira que teniendo el hombre más costumbre de analizar y de autoobservarse que la mujer, y de remover con mayor saña sus fantasmas íntimos, salga luego a la vida de fuera con cierta limpieza -desligado de aquéllos- que la mujer no logra nunca!

La mujer vive siempre mirándose al espejo. La cosa, de puro vulgar, no debiera decirse. En realidad, lo que hace es nacer en él, y a esto es a lo que, indudablemente, alude el mito de Afrodita naciendo de la espuma.

De niña y de mayor, la mujer conserva un espejito apretado en el puño; y lo mete en el bolso; y lo saca del bolso para mirarse el rostro. Para iluminar sus labios y encapucharse la mirada.

En cambio, los hombres, si alguno sale verdaderamente de un espejo, lo rompe al salir, lo hace añicos.

Como rompe limpiamente el galgo del circo el papel del aro que le presenta el *clown*. [El galgo carece de fantasía.]

La mujer, no. La tiene guardada y vive en ella, y la consulta siempre en su espejito de *toilette*, que viene a tener cinco o seis centímetros de diámetro.

[Una observación: ¿no podría volverse este argumento al revés, diciendo todo lo contrario, y resultar también razonable o, al menos, tolerable? Nada ocurriría por eso.]

Téngase en cuenta que el psicólogo es, sobre todo -un poco-, el *clown* que sostiene el aro.)

-[156]- -157-

▽△

- V -

Silvia llega a su casa

El espejo de *toilette* de Silvia se había agrandado hasta las dimensiones enormes del parabrisas. Empezaba a caer la tarde y el parabrisas espejeaba horriblemente.

Se quitaban y se ponían las cosas en él, rompiendo filas los árboles, con indisciplina de coristas.

Silvia veía su rostro en el cristal, agredido y traspasado por el paisaje, que al chocar contra la superficie del vidrio se disolvía neblinoso huyendo, con las alas abiertas, por ambos lados.

A la vuelta del último recodo apareció el pueblo, como una bandeja con todo el servicio de té: el mar, el hotel de Silvia y la gran rebanada de pan tostado, la playa. El mar engolaba unos tonos crepusculares. Unos tonos violeta, oscuro, gris, verde gris, perla y el rojo, ausente. Éste fue el tono ausente que necesitaba Silvia, preocupada, en serio preocupada, toda la tarde. (Una mujer

que solía carecer de preocupaciones, incoordinables con el estilo de su fina educación.)

Pero el rojo, con su color de vino rudo, la asaltó con absurda angustia.

Y dentro de esta mancha de color, como el núcleo distintivo en la vaguedad del protoplasma, un hombre: el maravilloso Aurelio. Además de la obsesión del rojo amatista, la de mayor importancia, tenía otras dos, fragmentadas, cruzadas en aspa y movibles dentro de su cerebro, como moscas volantes. La de la pierna y la del tabernáculo del Santo Grial.

La de la pierna no era de toda la pierna. Sino solamente de una parte de ella: desde los maléolos hasta la redonda culminación de los gemelos.

Del tabernáculo destacaba la forma pura de oro cristalino de la Copa.

(Ya veremos detalladamente. Y ya explicaremos el porqué de estas ideas en apariencia tan disímiles.)

Muy poco antes de llegar a la quinta, el auto estuvo a punto de sufrir un percance desagradable. Le faltaron unos centímetros apenas para chocar con una pausada carreta de bueyes que venía en dirección contraria, con su boyero despreocupado. Un lírico y pastueño tipo montañés.

-158-

El hombre se quedó asustado. Interrumpió su canción y abrió sus dos brazos inútiles. Silvia, mordiéndose los labios con rabia, dio un frenazo.

Murmuró algo. Dijo alguna palabra impaciente y soberbia. Pero no lo bastante satisfactoria.

Dudó un momento si pedirle al boyero prestada alguna buena blasfemia. Una blasfemia de carretero, eficaz y rotunda. A poder ser la mejor de todas. Esa blasfemia incomparable que no deja residuos y sacia nuestra ira por completo al actuar directamente sobre la divinidad.

Sin embargo, la educación esmerada de la automovilista le impidió tan legítimo desahogo. Obligándola a dar otro frenazo inhibitorio a la cólera.

Unos minutos desp -159- ués, se encontraba en su casa.

- VI -



Cierta mañana

Transcurría septiembre bellamente, aún con calor durante el día y con fresco ligero de abanico, de ventilador no frío, por la noche.

En la última conversación que habían tenido Silvia y su excelente amiga Dagmara Wolenka -una escultora rusa que también veraneaba en Visiedo, en compañía de su marido, cónsul y literato americano-, ambas se mostraron confusas y un tanto desilusionadas al hablar de un asunto sobre el cual ya habían confidenciado en otras ocasiones.

-¿Tú sabes? -dijo Dagmara con su voz aflautinada, abullonada en sedosas afectaciones de actriz-. Resulta que Caribdys no era un hombre, sino una mujer. La leyenda de esa diosa mitológica que da nombre a la isla de... Aurelio, o donde vive Aurelio, no es como nos la contaron. Mi marido equivocó la leyenda. Él nos la contó. ¿Te acuerdas?

-Sí. Pero yo no recuerdo bien lo que nos dijo -repuso Silvia.

-Yo sí; todo lo contrario de lo que es en realidad, según he leído en el *Diccionario Enciclopédico*. El mito es así: Caribdys fue una diosa pagana, hija de Júpiter y de la Tierra, que después de algunas aventuras que tuvo con Mercurio se vio obligada a refugiarse en una isla, en cuyas cavernas se engendraba la tempestad. Se encontró con esa sorpresa. Iba buscando tranquilidad y se encontró con eso. No podía comer, porque el vendaval la volaba los manteles; ni dormir, porque el ruido la despertaba; ni procurarse el

placer de pensar lánguidamente en Mercurio, porque atraía el rayo con sus pensamientos, y este rayo la bajaba por el brazo hasta descargar en la punta de sus dedos...

(Riendo, Silvia.)

-¡Qué atrocidad! Y, ¿qué variante explicaba tu marido de cada uno de estos episodios?

-Unas variantes muy graciosas y muy absurdas. ¿No recuerdas? Mi querido Hércules no sabe mitología. Ni una palabra.

-160-

-Pero él es casi, casi, un mito.

-Un completo mito. El mito de Hércules. *(Dagmara continuó en balbuceo apagado, con aleteo de sierpe perseguida. Evocadora.)* ¿Tú sabes? Voy a hablarte de Aurelio. Aurelio me produce una sensación que quizás te parezca cursi. Pero yo la siento. Una sensación lírica. Le veo en Lohengrin. En el Lohengrin que todos hemos visto, que es el de la ópera, con su casco alado y reluciente, las manos cruzadas sobre el pecho, y avanzando, vestido de blanco, sobre el cisne.

-Lo mismo que yo -murmuró Silvia asombrada.

-No creas que le amo. Sería imposible. Cuando le veía estas mañanas en su grosera lancha, pintada de un blanco sucio, y luego, sin dignarse llegar hasta la playa donde se baña la gente, erguirse, dejando ver la línea efébrica y vigorosa de su cuerpo antes de lanzarse al agua, se me representaba más el petulante barrista de circo que el rubio tenor del cisne. Y me alegraba mucho. Porque comprendo que mi fantasía de colegiala era excesiva, y de un carácter denigraantemente ramplón. Este muchacho inglés...

-No es inglés.

-No, ya lo sé. Él es inglés como yo soy rusa. Por aproximación. Yo, como sabes, soy una rusa especial. Nací en Moscú. Mi padre era de Moscú. ¡Un tipo admirable, chica! Director de coros... Una vez fue con sus coros a América, a Chile. Allí conoció a mi madre; se casó con ella, y se quedó para siempre trabajando en un teatro de Santiago. Este muchacho inglés...

(Silvia, con un entusiasmo irreprimible, pero frío.)

-¿Verdad que parece inglés?

-Pero, ¿has hablado alguna vez con él? Eso dicen. Pero, ¿tú qué sabes? Mientras él no lo diga. Y él es un pájaro raro. Un aislado, un misántropo. No habla con nadie. Ni siquiera sale de su isla de Caribdys para venir aquí.

-No sé si será inglés. Digo que lo parece, de vista, por fuera.

(Dagmara, contradiciendo anteriores manifestaciones. Con volubilidad.)

-Habla el castellano como tú y como yo. Lo sé por ese pescador, especie de criado, que tiene. Y sé también que es andaluz. En Andalucía se dan mucho estos tipos cruzados de inglés y andaluza, o al revés, que suelen resultar tipos estupendos. Que llevan, en el mejor caso, un apellido inglés, un apellido de etiqueta, de ésos que, -161- por su extranjera eufonía, pasman a los oídos españoles. Les penetra como un virus filtrante de elegancia. Yo también tengo un virus filtrante con mi apellido Wolenka. Equivale al Sheridan, ilustre, de Aurelio. Y mi Dagmara -Mara- vence a su Aurelio latiniforme. ¿A ti te sigue interesando Aurelio?

(Silvia, sobresaltada.)

-No. Te aseguro que no. Es decir: interesarme, sí. Pero sin derivación amorosa de ninguna clase. *(Con repentina cólera.)* ¡Sería estúpido! Cuando has hablado de Aurelio-Lohengrin, he estado a punto de morir de asco y de ira. Desde hace tiempo relacionaba yo también, sin querer, naturalmente, ese personaje ridículo y teatral con *nuestro* solitario bañista. Pero, por asociación de ideas, los ligaba a su isla de Caribdys, y contemplaba en ésta un

deslumbramiento grande , eléctrico, sobrenatural, que irradiaba de una mágica Copa del Grial, con resplandores de amatista y oro. No sé por qué. Lo peor ha sido que ese interés que has notado en mí, esa preocupación por Aurelio, ha venido de repente a incrustarse en mi cerebro como un cuerpo extraño. Y me hace sufrir por lo que contraría mi voluntad de dominar esta preocupación, lo mismo que todas las demás; mi voluntad de expulsar este cuerpo extraño, que considero como un simple accidente nervioso. Quizás algo de histerismo.

»El histerismo en la mujer no se destierra tan fácilmente, a pesar de todas las educaciones y disciplinas deportivas y norteamericanas.

»Ya conoces, Mara, mi carácter enérgico y moderno. Me eduqué en Inglaterra. Soy risueña, desenfadada, libre, apasionada del deporte, exenta de morbos sentimentales, de espíritu analítico, y con una cultura no escasa, pero bien compensada. Cultura de liceo. Paralelismo de actividades: la matemática y el automóvil. Tenis y metafísica -bien; metafísica elemental. Ética y religión razonables, sometidas al buen gusto de nuestra época, que contrapesa el fardo grave de lo trascendental con las piruetas audaces del charlestón. Soy optimista y atrevida. Por eso no puedo con las preocupaciones, las ideas fijas, signos de indecorosa debilidad. Y lucho contra ellas con toda la fuerza del amor propio humillado. Te lo confieso. No puedo con los espectros. Cuando me encuentro con uno de ellos, y más que con cualquiera con el espectro sentimental, le ataco de frente. Le boxeo en las narices. Me acerco a él y le pulverizo con encarnizamiento y asco.

(A Silvia le brillaban los ojos. El labio, furioso, tiembla soberbio. Los puños se crisan.)

-162-

»Precisamente, desde hace unos cuantos días, llevo en el cerebro algunos cuerpos extraños de éstos de que te hablo. Sobre todo, dos. El molestísimo de Aurelio, con todas las complicaciones ramplonas a que tú aludías discretamente, ha llegado a hacerme imposible, intolerable; necesito librarme de él enseguida, y para librarme de él, de la obsesión tenaz, necesito

aniquilarla. Deshacerla. Boxearla en la cara, en los costados, en el pecho, sobre la mandíbula y sobre la sien. Sobre la nariz y sobre el corazón. ¿Comprendes, Mara?

(Pausa. Y transición. Con palabra tranquila y gesto indiferente.)

»Por eso he citado aquí mismo, al pie de la escalinata, a Aurelio. Le he citado y mañana por la tarde hablaremos.

(Silencio.)

(Dagmara, llena de asombro, observa a su amiga. La sorpresa no la deja reanudar la conversación durante algunos minutos. Luego, la reanuda con fingida serenidad.)

-¡Cómo! ¿Has citado a Aurelio? ¿Te has atrevido?

-Me he atrevido.

-¿Y mañana hablaréis?

-Mañana hablaremos.

-Pero, ¿dónde, y a qué hora, y cómo, y por qué?

-Ya creo habértelo dicho y explicado. La hora de la cita es las siete y media de la tarde, cuando empieza a anochecer, para que no nos interrumpa la curiosidad ajena y no seamos el objeto de las habladurías y los comentarios de indígenas y forasteros.

-Tienes razón.

(Dagmara sonríe. Ha reaccionado perfectamente, y en su sonrisa se enciende, en brote repentino, una luz lejana, la luz lejana de la astucia israelita. El apellido israelita Wolenka pone su flor en los labios de la ruso-chilena y los frunce la perfidia remota.)

(Hay un cambio de conversación. Un paso atrás de adversarios.)

-Dime, querida Silvia. Antes me has dicho que tenías dos preocupaciones esenciales. Una es la de Aurelio. ¿Cuál es la otra? ¿Puede saberse?

-La otra es la de mis piernas. He notado algo que me disgusta. Las líneas de mis piernas son rítmicas y pulcras «como las elipses astrales». *(Ríe infantilmente.)* Con la excepción de la parte inferior de la pantorrilla, que se va haciendo demasiado gruesa. El tenis las deforma y las engorda de una manera desagradable. Y el masaje eléctrico -163- no sirve para nada. Voy a someterme a un tratamiento riguroso que me han dicho que...

(Dagmara se queda inmóvil, mirando hacia el mar, envuelto en la luz espléndida de la mañana. Interrumpe a su amiga con agitación y viveza.)

-¡Oye! Mira. Aurelio a la vista.

(Ambas mujeres clavan sus ojos en un barquichuelo lejano, pintado de un color blanco, desteñido y cremoso.)

(Silvia no puede disimular un rencor profunda; murmura:)

-Majadero.

-[164]- -165-

▽△

- VII -

La isla de Caribdys

¿Por qué razón no navegan las islas? Hay algunas, ciertamente, que navegan. Unas islas gasolineras que tiene el océano glacial Ártico y se escurren por los mares inclinados de la esfera terráquea. Son los *icebergs* que navegan movidos por gasolina de leche congelada.

Pero, ¿por qué otras islas no levantan anclas en ocasiones en que se hallan formalmente, absolutamente, obligadas a hacerlo?

Voy a poner un ejemplo insigne. El más alto e irrefutable ejemplo de la gran cobardía geográfica. El ejemplo de Santa Elena.

Yo quisiera, sin embargo, disculpar de su triste parálisis a algunas islas, cuyo divorcio con el hombre nace de la rivalidad entre dos desolaciones igualmente incurables. La de la piedra en medio del mar y la del hombre en medio de la ciudad.

A la pequeña isla de Caribdys la ocurría mucho de esto, con relación a uno solo de sus habitantes -que no eran más de veinte o veinticinco personas-, al joven, regocijado y hurraño Aurelio.

Habría que disculpar a la isla de Caribdys de su relativa -luego lo veremos- inmovilidad. Pues si algún día se le ocurriese escapar por el mar adelante llevando a Aurelio a bordo, su misión de engendradora de tempestades fracasaría inmediatamente.

Caribdys era un islote oscuro, breve, situado a corta distancia, a menos de una milla de Visiedo, dibujado en líneas quebradas y siniestras por el carboncillo que también trazó las ennegrecidas islas roqueñas del mar Báltico.

Habitaban en él, en un reducido caserío, un par de docenas de pescadores, gente aburrida y brava, que las más furiosas galernas habían seleccionado del puerto de Visiedo, al que miraban con mala voluntad.

En mitad de Caribdys, casi en lo alto de su cumbre, veíase una destartada casona medio derruida, que cierto misántropo montañés de principios del siglo XVIII había tenido el capricho de edificar para vivir en ella, como lo hizo durante largos años.

Después de muerto el misántropo, la casa pasó en propiedad al Concejo de Visiedo, quien la había destinado, sucesivamente, a almadraba, langostería y secadero de grasas de pescado.

Por último, quedó abandonada mucho tiempo. Cuarenta o cincuenta años. Hasta que Aurelio Sheridan la alquiló para vivir en ella todo un verano suyo. Es decir, como él lo quería. Lo más posible fuera del mapa.

Porque en el mapa no se señalaba la existencia de Caribdys. El puntero de los profesores de geografía no detenía la bolita de su extremidad en este punto del mapa de la Península Ibérica.

Para Aurelio, la estancia en la olvidada isla iba resultando deliciosa. Únicamente la encontraba el defecto perturbador de no estarse siempre del todo quieta. La relativa parálisis de Caribdys la permitía a veces convulsiones bruscas.

Muchas noches, después de cenar, Aurelio la sentía temblar bajo sus plantas, oscilar, dar pequeños saltos. Entonces, el solitario, lleno el rostro de risas y de gestos, seguía bebiendo silenciosamente.

-167-

▽△

- VIII -

Don Enrique

(La novela, para el novelista, debe extraerse de una serie de compartimentos estancos, en los que se ponen con antelación los ingredientes de aquélla.

En un compartimento se pone lo descriptivo; en otro, lo dialogal; en otro, los personajes, etc., etc.

Una vez hecho esto, el novelista debe cerrar los ojos y coger al azar, revolviéndolos, ingredientes de todos los compartimentos, arrojándolos a puñados sobre los capítulos.

La novela, así, resultará desarticulada y monstruosa. Esto no es un defecto.

En realidad, lo que ocurre es que la articulación, la clave articulada, queda fuera de la novela, como el proyector cinematográfico queda fuera y lejos de la pantalla. En ambos casos, el proyector es lo más importante. Ese haz de luz del ojo de la cabina que traspasa como una estocada la cámara oscura.

La verdadera vida se halla en este ojo. La fuente de la vida, al salir en cueros en chorro germinal.

La novela, con su terrorismo, desafuero infantil y alegoría, hay que sorprenderla a ras del brote.

Por eso el espectador -el lector-, si tiene imaginación, necesita mirar alternativamente al *écran* y al agujero.

Observar ese ojo inyector de la cabina, con atención profunda de oculista.)

Don Enrique Contreras y Montes de León, padre de Silvia, se encontraba tan malhumorado en su compartimento estanco que, cuando fue a cogerle el novelista para meterle en un capítulo, le mordió en una mano.

Hubo que dejarlo.

Pero al cabo de cierto tiempo, don Enrique comprendió que era necesaria su presencia para no dejar tan abandonada a Silvia en medio de los peligros que iba a correr, y accedió a presentarse solo.

-168-

(El novelista, sin embargo, hace un ademán significativo detrás de su personaje. Se lleva un dedo a la sien y le mueve con movimiento horadatorio. Y

advierte -además- que don Enrique es un hombre triste y reseco. Un alma desmantelada.)

Presentación del propio don Enrique:

«Muy joven aún, nací. Hace ya sesenta años. Yo vivía desde hacía algún tiempo, pero me hice carnalmente visible al nacer. Entonces cambié la juventud infusa de mi yo periastral por la juventud sustituta de la vida humana. Los teósofos me comprenderán perfectamente.

La realidad exterior de los hechos no significa nada. Sólo hay superrealismo. Fuera del superrealismo quedan, danzando aisladas y torpes, en el aire de las biografías, las fechas de los registros civiles. La fecha que no pasa de ser -¡nunca!- ficha y fecho.

Mas no se trata de esto cuando hay precisión absoluta, imperativa, de embutirse en la biografía de un capítulo. Se quiere que salga de un tiempo y un espacio ultraterrenos para ingresar en los tiempo y espacio terrenos, que no son otra cosa que el reloj y el fanal.

Lo haré. Lo hago.

Hace sesenta años que un doctor grabó la interrogación búdica de mi ombligo. Ni él mismo supo lo que se hizo. Vine al mundo con indiferencia. Le dejaré con idéntica indiferencia. Porque morir no es nada. ¿Qué es morir? Desnacer. O sea borrar, deshacer la interrogación de Buda.

Tomé sustancia antropomorfa bajo el signo infeliz de Scorpio. El signo de los flacos, reconcentrados y coléricos. Mi hija Silvia ha heredado esta última condición mía, pero no las otras. No es flaca ni gruesa. Me casé y enviudé. Los libros fueron desde entonces el refugio singular de mi nerviosismo plural. Fui pasando a la erudición lentamente, grado a grado, como la temperatura al termómetro.

En invierno transcurro en Madrid. En mi biblioteca, entre mis libros. En verano me voy con mi hija al mar. Al Cantábrico, a Visiedo.

En el mar, cazo.

Salgo al campo marisco de los alrededores a cazar sabiduría, con un libro y un perro.

-169-

En cuanto a la silueta corporal, nada debo manifestar de mis ganchos y mis escurriduras. Soy una silueta con gafas, de afeitada tez y ropaje negro cerrado en el cuello con ahogamiento presbiteriano. Soy rico. Un hombre valioso encuadrado en piel, como los libros elegantes de mi librería.

Adoro a Silvia».

-[170]- -171-

▽△

- IX -

Mara. Hércules e Elisa. Clara y Cereceda

El matrimonio Dagmara y Hércules acababa de dar su habitual paseo por la playa después de cenar.

La noche, fluida y transparente, parecía sumergida en una luz de acuario. No era noche «secreta», como deben ser las verdaderas noches, sino una noche espectacular, de las que silban una canción de cabaret y no saben andar de puntillas.

La luna brillaba como un faro piloto.

Teñía de un blanco azul el pantalón de Hércules y almohadonaba la desmayada marcha de la mujer, somnolienta y aburrida.

Ni una palabra. O palabras... Las palabras que se pueden decir siempre. Marido y mujer paseaban con el acostumbrado valeroso mutismo. De vez en cuando, uno de ellos decía algo que le parecía bien al otro.

Sin embargo, cada uno de ellos, separadamente, solía ser locuaz y hasta bullicioso. Pero la rara compenetración de ocho años de matrimonio coloreaba de silencio cualquier conversación.

Sobre todo, prescindían de las palabras inútiles, que son las más eficaces entre enamorados. Las que desplazan la imaginación a lo quimérico y la aplican los botones de fuego precisos.

(De esto, nada.)

Y la verdad es que: aunque Hércules fuese un hombre aparatoso y pirotécnico. Aunque fuese muy pirotécnico y luciese excesivas joyas. El que irguiese su hermosa figura con petulancia. El que procurase siempre ponerse de flanco ante las personas que lo contemplaban, para hacerlas observar su perfil de medalla. El que atronase con retóricas de lugar común y cuerpo de guardia diplomático su más familiar conversación y escribiese versos musicales y grandilocuentes. El que no la hubiese proporcionado a Mara la diversión trascendental de los hijos. E incluso el que sustituyese el primer apellido en sus tarjetas -Fernández- por la simple inicial E, con la pueril esperanza de que las gentes, en su «Hércules E», sospechasen un «Hércules Farnesio», -172- no eran motivos suficientes para que una mujer -mucho más siendo la esposa- experimentase hacia él la menor indiferencia.

El perdón irónico de cualquier mujer salva, a su modo, tan leves pecados, si posee naturaleza propicia al amor.

Dagmara, ¿tenía esta naturaleza?

Las brujas de Macbeth apareciéndosela en sueños cierta noche, entre esculturas esforzadas, en su estudio de París, maloliente a éter, se lo habían preguntado:

-¡Dagmara Wolenka! -la gritaron-, alma en cisterna de Dagmara Wolenka, ¿tienes tú naturaleza propicia al amor? Si abres ahora mismo la ventana y te

arrojas de cabeza al patio, es que sí... Si no haces otra cosa que so-llo-zar, es que no. ¡Elige! ¿Eliges?

Dagmara Wolenka había callado, sobrecogida.

-¡Hércules, no serás rey! -se fueron entonces gritando las brujas armando un estupendo jolgorio, y sobre palos de escoba.

Pero Dagmara Wolenka tampoco había sollozado. Éste era el caso.

Ni las brujas se percataron de que la enorme tara judía de Dagmara la impedía, con cierta gracia, el delicado ejercicio del amor. (Pulcritud de corazón incombustible.) Pálida, de cuerpo menudo y flexible, marchaba ceñida por un vestido de crespón, del brazo de Hércules.

Los ojos, azules, entornados, y el quitasol nocturno de todo el cielo para ella sola. ¿Para quién, si no?

Para Hércules no podía ser.

Hércules no merecía otro quitasol que su sombrero. Ni más quitalluna que su cráneo.

En dirección contraria a la del matrimonio venían, dicharacheros y jocundos, tres muchachos amigos, de la colonia veraniega: Elisa, Clara y Cereceda.

Se juntaron a ellos y charlaron, formando corro.

Cereceda era uno de esos señoritos admirables y portátiles que saben cumplir su misión partiquina -pero soberbia- en la vida mundana. Y la cumplen a conciencia. Lo mismo en un salón que en una playa de moda que en el pasillo de butacas de un teatro.

Cereceda era un simpático joven. Doctrino.

Elegante -y, por consiguiente, escéptico-, trivial y parlanchín como una cacatúa.

En los reflejos de sus ojos vidriados no dejaba de observarse cierta sabiduría, cierto gusto por la nulidad que le daba esa dócil oscilación exquisita, a todos los vientos, del bambú.

Elisa era un Cereceda en mujer. Pero no era pariente de Cereceda.

Clara, si las Sagradas Escrituras hubiesen tenido la previsión de oponer al tipo de la mujer fuerte el más abundante tipo contrario, habría sido este tipo contrario. La mujer débil de las Escrituras. Sólo que Clara jugaba el equívoco. Su empaque severo y su sonrisa fría podrían confundirse con la virtud y la modestia de una señorita recién salida de un colegio de religiosas.

Observándola con atención, hacía recordar a aquella colegiala inverosímil de la novela de Diderot.

La piel morena y los ojos oscuros de Clara contrastaban con la grácil rubicundez -ojos mirones y transparentes- de Elisa. El talle de avispa de Elisa requería el polisón y la falda de cola del año 1890.

- X -

Un borracho, algo Teniers

Individuos de goma

Hay individuos de goma de tal elasticidad temperamental y tan delicadas condiciones para la profesión de pelota que se pasan la vida de aquí para allá en puros rebotes. Siguiendo las trayectorias imprevistas que les imponen los retruques con cuanto encuentran por delante.

Como la pelota, viven en el aire.

Agitados y rectilíneos, sin saber, en último caso, ni importarles tampoco, el porqué de sus traslaciones.

Son, vistos con los graves anteojos del sentido común, personajes desdeñables y grotescos. A los que el hombre serio, que disfruta de una cabeza construida de una sola pieza, suele llamar *zas -zas, el lanzamiento-candil, y bota -rebote-* rate.

Pero hay cabezas hechas con recortes. Con los retales y fragmentos heterogéneos, infinitos y mal ensamblados, que sobraron en el taller de la especie.

Estas cabezas, ignoro por qué razón, resultan siempre de goma.

Poseen la elasticidad gomosa y tienen por patria natural el espacio. También tienen algo de globos. Y de faroles de colorines de kermés.

Desde luego, su espíritu celeste las permite formar una especial constelación, que es la única que los hombres podemos oponer a las otras constelaciones astrales.

La constelación de las cabezas de goma redime al mundo. Aurelio pertenecía a esta constelación.

Su cabeza gozaba de una autonomía extraordinaria. Deambulaba por los espacios atmosféricos. Corría vertiginosa o se quedaba inmóvil en medio del espacio. Y con más o menos frecuencia, descendía para colocarse sobre los hombros de su dueño, atornillándose a su cuerpo, a cuerpos que podrían parecer de otras personas según el sitio, hora y manera en que se los encontrase, pero que, en rigor, siempre eran el mismo cuerpo. El de Aurelio. Un cuerpo dionisiaco, ágil y gallardo.

La vida propia del cuerpo suelto de Aurelio le permitía también, en ocasiones, librarse del enorme despotismo cefálico e irse solo adonde le pareciese.

En la ciudad, por ejemplo, a la hora del aperitivo se salía sigilosamente de la cama y se marchaba solo al bar, se encaramaba sobre la alta banqueta y trasegaba dos whiskys, antes siquiera de que la cabeza se hubiese despertado del profundo sueño originado por el alcohol de la noche anterior. La cabeza también bebía sola. Y hablaba sola. Y se quedaba sola, hundida en la almohada.

Pero el cuerpo era menos vicioso que la cabeza.

Incluso, a veces, se divorciaba de ella. La cabeza encendida, clownesca, digna de un Falstaff, abandonaba con gusto su escultura corpórea, desdeñando tanta belleza peligrosa. El pijama de seda acogía, como el saco fúnebre a los cadáveres que van a ser arrojados al mar, al Adonis incomparable y guillotinado.

El globo de kermés descendía las escaleras. Era por la noche, a las tres o las cuatro de la madrugada, en la casa que Aurelio habitaba en Madrid. Un piso bajo, que había sido tienda y que tenía su correspondiente cueva, convertida por el inquilino en espléndida bodega.

Bajaba la suelta cabeza, rebotando como un eco, retumbando en las paredes, ansiosa de aplicar los labios a las espitas de los grandes toneles.

El rostro adquiriría en estos momentos su reluz de ventura, parecido al que se ve en algunas fisonomías de las fiestas bodegueras de Teniers.

De la frente de Aurelio se elevaba un mechón rojo, azafranado.

El secreto del vino es el más impenetrable de todos. Los genios ebrios han sido los -los que menos se han arrepentido, desde luego- que más al fondo han llevado su sonda abismática. Y los que con mayor altivez han inquirido, sobre la superficie, con el periscopio.

El secreto del vino lo guarda el simbolismo de la copa. La religión no se atreve a revelarle, y le hace resplandecer, milagroso y divino, en el oro y la pedrería del cáliz. La ciencia oculta recoge -de la taumaturgia que ha transformado hipócritamente el vino en sangre- esta sangre y aquel cáliz, y lo convierte en copas y corazones en los naipes. El corazón de la baraja francesa y la copa de la baraja mediterránea.

La mitología enreda un áspid, en cifra de interrogación, al tallo del escifo. Y la Tora cubre con un paño negro la boca de la cratera.

-177-

La fuerza legendaria de los cultos paganos había repercutido en una actual imaginación femenina. Es decir, en dos. En la de Silvia y en la de Mara. La Copa del Santo Grial nacía muy lejos, venía desde muy lejos hasta el alma de Silvia. (No hay anacronismo. La Copa del Grial es el símbolo transmitido a la Edad Media de la Copa de Baco.)

La bacante había percibido en su entraña el eco de la emoción atávica. En la isla de Caribdys, también tenía Aurelio su bodega.

Cubas, pellejos, toneles, tinas. Una piscina enorme de aguardiente abrasador, estalactitas de champán y grifos de licores exquisitos llenaban la caverna. Por todas partes se veían vasos de vidrio ordinario, jarras de todos tamaños, intactas o desportilladas, un ánfora griega y un bufoncillo porrón valenciano.

Y abandonadas en un rincón, formando la pirámide de las calaveras, multitud de botellas vacías.

-[178]- -179-

▽△

- XI -

Puzzle

A las siete y media de la tarde, en septiembre, y en el Cantábrico, empieza a oscurecer. Todavía hace día claro pero, de pronto, el papirotazo de un solo minuto lo tira cárdenamente al otro hemisferio.

La quietud aérea presentaba unas nubes redondas como borlas de polvos que espolvoreaban unos átomos de diversos colores, suspensos en el aire como confeti. Los cuales (ignoro por qué) daban la sensación de sinfines agitados en un prelude. (Esto no lo comprendería bien Silvia.)

El pie de la escalinata, que era el sitio de la cita, se hallaba tan rodeado y oculto por enormes peñascos que el resultado para una entrevista de amor era maravilloso. Como si hubiesen puesto biombos. Los peñascos formaban una especie de garita, lo suficientemente amplia para que una persona desesperada pudiera pasearla a grandes zancadas.

Poco antes de la hora convenida llegó Silvia.

Oteó el *parquet* del mar con sus ojos ligeramente oblicuos, y enseguida descubrió la barca de Aurelio, que avanzaba a remo.

(He escrito «el *parquet* del mar» con timidez. La explicación imaginista pudiera ser la siguiente: los ojos de Silvia reclamaban, con cierta premura, el antifaz veneciano. Por intensos. Pero sobre todo por amansadores y dominantes en los párpados. Las pestañas serían capaces de peinar las olas del mar más borrascoso. Hasta dejar la superficie con lisura de *parquet*.

Con lo cual, el baile podía continuar. Pero de otra manera.)

La muchacha acudía a la cita con la decisión de boxeo que había comunicado a Mora.

El vientecillo fresco agitaba su corta melena merovingia, y las manos sujetaban con fuerza, apretándolas contra los muslos, las puntas del abrigo escocés que se había -180- echado sobre los hombros. Taconeaba impaciente en la arena, deseando encontrarse ya con su adversario cara a cara, suponiendo que, por muy donjuanesco, o discreto, o pasional, o astuto que

fuere, no dejaría de presentar ese flanco vulnerable que -cortesía y debilidad- ofrecen todos los hombres a los ataques de la mujer.

Silvia no podía sospechar que, precisamente, lo que más desdibuja el mito es la silueta del hombre.

Por su parte Aurelio avanzaba magnífico. Hecho un magnífico demonio. Un magnífico demonio imbécil. Con la fresca belleza de las carnes mediterráneas, de aquella que se perdió cuando los demonios cristianos desalojaron del Olimpo a los auténticos ángeles de la mitología.

Vestía Aurelio un plebeyo chaquetón azul y un jersey. Un pantalón blanco de marinero y unas indecentes babuchas.

Sus pupilas, siempre cuajadas de inocencia, no se fijaban ya en nada, resbalando sobre todas las cosas.

En lo alto de la faz lucía, enhiesto, su mechón de azufre, como la llama triangular de una granada.

Lo más extraño de Aurelio, lo que le daba el nimbo del Héroe, el verdadero magicismo y la gnosis del Aparecido de la Antigüedad, era la actitud. La fuerza jocunda con que escorzaba su misterioso papel.

Venía de pie en la barca, agitándose, desperezándose y canturreando.

Detrás de él, el viejo Sebastián, como un Sancho Panza del mar que bebiese humo de la pequeña bota de su pipa, remaba.

El amo le hablaba sin mirarle:

-Ohé, ohà! Où est Silvia, Sebastián? Ohà, ohé! As-tu vu Dulcinea, Sebastián? Sebastián, boga. Boga, hijo Sebastián, que pronto regresaremos a nuestra dulce Caribdys.

Y lanzó una carcajada.

- XII -

Supremacía imprevista

Puede afirmarse, desde luego, que no hubo nada de *match* de boxeo. Las supremacías previstas quedaron a un lado y sin efecto. Silvia era, en realidad, demasiado ingenua. Estaba preparada para avasallar con éxito al hombre legal. Esto es, al que se encuentra dentro de la ley de una clase, de las muchas en que se divide la humanidad. Pero el combate con un monstruo tenía que desconcertarla.

Tanta gnosis en Aurelio la obligó, por lo pronto, a bajar los ojos. El ignoto deslumbra. El magicista hipnotiza. Los seres que albergan en su conciencia un resto, por leve que sea, de la naturaleza de los dioses subyugan con terror y delicia. Y más un dios de la escala baja. Cuando casi deja de serlo y va dando tumbos de circo entre los mortales.

Porque un hombre, por genial e incontestable que se imponga, no busca sacerdotisas para su servicio, sino (también) hembras legales. Y la mujer suele rendirse al varón no sólo por la gracia y buena distribución de sus partes, sino (también) por el hisopo ideo-sentimental con que acierte a exorcizarla. ¡Pero rendirse a una teogonía remota, perdida!... A un culto que ni la médula trae, ni la inteligencia lleva, es difícil.

A los pocos momentos de diálogo, Silvia advirtió la falsedad de la situación. Hablaron.

Él la escuchaba, más bien. Así la salieron mejor a ella las explicaciones del porqué de la cita. Todo esto era innecesario. Pronto se notó Silvia flotar en la incoherencia. Pero comprendiendo que ésta iba a constituir el lenguaje más apropiado a la escena, se dejó llevar del monosílabo y de las frases rotas,

rellenas de absurdo, que son las sólo capaces de justificar acciones superrealistas.

Aquel hombre medio extático, medio atento, con cara de bufo y la triangular lengua de fuego de su mechón, no podía encontrarse nunca desplazado en ninguna escena sorda. Al contrario. Todo en él era sordo. Esto se veía muy claro. Mas, ¿qué importaba? La curiosidad y la extrañeza hacían patinar el espíritu de Silvia por la curva del arco iris.

-182-

(La estupidez profunda del borracho lleva en su seno último -que es el que hay que descubrir con delicadeza y pasión- una especial serenidad.

Si se pudiera extraer la droga, el alcaloide del delírium trémens, podríamos adelantarnos en vida el nirvana hindú.

Pero el nirvana disfrutado en estado de conciencia, que es el que vale.)

Silvia experimentó el contagio instantáneamente.

Por encima de la raya del mar alzose la Luna como una gran hetaira en cueros.

¡El As de Oros no volvería a salir nunca sobre la raya del Cantábrico!

Fue entonces, al desbordar lunario de espuma, cuando Silvia sintió la embriaguez de la danzarina, y hubiese querido volar y girar desnuda alrededor del ídolo.

El ídolo, que, a medida que su sola presencia obraba el milagro, se iba poniendo cada vez más mofletudo, más rezumante vinoso, más jocundo de expresión y más digno de frutos y pámpanos.

Silvia volvió en sí cuando ya empezaba a despojarse de la capa escocesa y se iba también a desabrochar la blusa. ¡Oh! Felizmente. Un poco más de astral espuma, y la *girl* habría dado un traspiés de dos mil años.

Se habría caído a una profundidad de cinco civilizaciones.

Aurelio volvió a ser, de pronto, el apacible veraneante de Caribdys.

Y la muchacha, reaccionando, en contacto con el sentido pánfilo de la realidad enrojeció hasta la raíz de su orgullo. La tempestad de cólera, después de tal reacción, no podía hacerse esperar en un carácter como el de Silvia. Una sacudida de indignación. Otra de arrepentimiento. Otra de humillación y otra de venganza, compusieron la menuda electricidad de la onda temblorosa en sus nervios.

Pálida. Mordido el labio inferior -como es natural- hasta hacerse sangre. Febril.

Trató de marcharse levantándose.

Pero Aurelio, que seguía gravemente las sensaciones de la muchacha, la tomó de la mano y la obligó a sentarse a su lado.

Cerraba la noche.

En el cielo, sin estrellas, se alzaba la Luna de Copas.

Silvia quería irse, pero no acertaba a moverse. Paralizada. La cólera alternaba en su corazón con la angustia, como los émbolos de un motor en marcha.

-183-

Y el caso es que no ocurría nada de particular.

Únicamente que el ojo izquierdo de Aurelio se encendió de verde y parpadeaba como un faro.

La transformación del agua del mar en alcohol, que había notado Silvia desde hacía rato, exigiría, sin duda, la luz de este estupendo faro, con objeto de que los nautas perdidos del alcohol encontrasen su rumbo.

Fue entonces cuando, arrastrados los dos de idéntico entusiasmo, cuchichearon en voz baja. Y al despertar del entusiasmo la mujer encontró, verdaderamente, al hermoso efebo apeteído. Al que, presentándosele siempre con tenacidad de obsesión, habría querido destruir boxeándolo: en la cara, en los costados, en el pecho, sobre la mandíbula y sobre la sien.

Pero, ciertamente, todo había sido inútil.

La hora, el sitio, la actitud ebria, a veces incorrecta, de Aurelio, la alucinaron durante largo rato. Estaba loca.

Tenía miedo. Y un temor, mayor aún, a confesárselo a sí misma. A confesárselo a su alma fuerte, dominadora, sometida a férrea disciplina, salvo en los momentos imprevisibles, de contagio imprevisible.

Sonaba la palabra de Aurelio:

-Silvia, no tenga usted miedo.

Otra alarma en ella, de vanidad ofendida. El amor propio nuevamente, a la superficie.

Y la réplica aplomada:

-¿Miedo yo? Yo no tengo miedo a nada. Lo que pasa es que soy muy nerviosa...

-Sí, tienes miedo -repitió Aurelio, con un tono irritante de convencimiento, que el tuteo (gustó de hablarle indistintamente de «tú» o de «usted»). Ella, en cambio, le trató, invariablemente, de «usted») subrayaba.

La indómita rechazó, desabrida:

-Puede creer lo que quiera. Pero no es así.

-Sí. Es así.

-Le digo que no es así.

Las aletas de la nariz la vibraron con rabia chusca.

Y el bárbaro muy tranquilo:

-184-

-¿Que no? ¿De veras?... Yo aseguro que sí, pequeña. ¿Dice usted que no tiene miedo a nada? Se equivoca. Usted tiene miedo a todo. A todo lo que yo quiera. Si no, pruébeme lo contrario. ¿Se atrevería? ¿Se atrevería usted, por ejemplo, a ir esta noche a Caribdys? ¿A meterse en mi caverna? Yo estaré solo. Y correrá usted verdadero peligro. Nada más fácil... Yo la enviaría a las doce la «barca del pescador», de Sebastián, que la conduciría hasta mi lecho... ¿Eh? ¿Qué dice usted? No se atreve.

A Silvia la trepidaba el corazón. La ira y el deseo -por fin- de bacante recién adquirida; la curiosidad y la prudencia forcejearon en su alma con la furia de los sentimientos primitivos.

Llegó a cegarse.

Temió que la excitación nerviosa la convirtiese de nuevo en un pasquín revolero al viento legendario.

Aurelio continuaba acosándola con burla desdeñosa.

-No te atreves. Yo enviaría el bote a las doce con mi buen Sebastián. Un salto y... ¡hala! Y después lo que fuese. No sé. ¡Corderillo! ¿Te impediré yo entonces, como hice ahora, que te quites tu capa escocesa y te desabroches la blusa? ¿Eh? ¿Tú qué crees, muchacha? Pero... es una tontería lo que estoy diciendo. ¿Por qué no me respondes: «Caballero, soy una muchacha honrada»? Hace tiempo que aguardo esa respuesta. Inútil, señorita. Comprendo que mis bromas son pesadas. Usted es hija de familia y no puede faltar de su casa una noche. No insisto. Cuanto hablo son locuras. La he incitado a usted a una aventura vergonzosa. Usted perdone.

Silvia le escuchaba. Enferma de indignación. Con espumarajos de rabia en el cerebro y el impulso criminal de apuñalar aquella misericordia que la tiraban al rostro. Ella sí que se sentía ahora boxeada: en la mandíbula, en las narices, en los costados, en todas las sienes. Hasta en la sien prohibida... Próxima al nocao.

Mientras ella caía sobre las cuerdas del *ring*, Aurelio se dispuso a marchar sin despedirse. Sin pronunciar más palabras.

Era demasiado.

Reaccionando con viveza, Silvia se adelantó hacia él. Tirole violentamente del chaquetón. Le obligó a detenerse.

-Iré -balbució, convulsa-. ¿Lo oyes? Iré. Manda a tu Sebastián a las doce, y yo iré a Caribdys. Iré sin miedo a ti, ni a tus gestos, ni a tus brutalidades. Ni a tus -185- bufonadas, ni a tus groserías. Pero ten en cuenta que no iré sola. ¡Cuidado, borracho! Llevaré mi *browning*, y al menor movimiento que hagas para ultrajarme, te meteré una bala en la cabeza. ¿Lo oyes? Acepto tu desafío. A las doce iré a tu isla.

La pequeña mano homicida transmitió su temblor al dueño del chaquetón. Aurelio escuchaba en silencio.

También él reaccionó, de una manera lamentable. Triste.

De una manera que algunos tratadistas consideran fatal en las psiconeurosis de amor, y que constituye otro de los fueros principales del poder báquico.

La cogió con fuerza de las muñecas. La zarandeó en silencio. Y, por último, sin cólera ni contemplaciones, la arrojó al suelo brutalmente.

Hecho esto, desapareció entre las sombras.

- XIII -

Silvia y Mara

Cuando Silvia subía la escalinata, blanqueada a brochazos por la luna - empezaba a aclarar la noche-, ya no hoz, Luna de Copas, sino As de Oros o, mejor, faro piloto, se encontró a su amiga Dagmara.

Dagmara la explicó, melancólicamente:

-Os he espiado y he presenciado el final de la entrevista. ¡Pobre Silvia! Es un hombre absurdo. Extravagante. Ten cuidado con él. No has perdido la tarde, porque seguramente Aurelio te habrá hecho pasar un rato más agradable que desagradable. Sin embargo, yo no apruebo, ya te lo dije, el que le dieses la cita. Si la gente se entera u os hubiese visto alguien, mañana lo sabría todo el mundo... Aunque no te importe. A mí tampoco me importaría en tu caso. Pero comprendo que sería molesto.

Silvia guardaba silencio.

La voz de Dagmara, con laringe a la sordina, continuó vertiéndose llena de prudencia.

»Ahora, lo que supongo que no harás de ninguna manera es acudir a su casa esta noche. Eso ya sería imperdonable.

»No necesito decirte a lo que te expones.

Pausa.

»Yo, en tu lugar, no vacilaría. Ten cuidado, Silvia.

Lo malo es que Mara deslizaba sus consejos con acento contrario.

Las dos amigas, lentamente, fueron subiendo por la escalinata rocosa, de anchos tramos carcomidos, que alternaban con rampas medio cubiertas de líquenes y musgo. Inclínaban una hacia otra las cabezas, hasta poner en contacto sus cabellos. Relucían sus cabellos bajo la alta copa de licor, que las enfocaba con su redondel.

El tramoyista.

En muchas escenas de teatro romántico, observamos regocijadamente esa persecución de la pareja amorosa por el círculo de luz de una linterna que el tramoyista mueve desde los telares.

-[188]- -189-

▽△

- XIV -

Vago croquis del castillo

La casa de Aurelio, en Caribdys, presentaba una sucinta arquitectura. La forma, cúbica. El misántropo del siglo XVIII la construyó de dos pisos. Pero no quedaba en la actualidad más que el primero, constituido por dos grandísimas y destartaladas estancias, de las cuales Aurelio sólo habitaba una.

Visto desde fuera, el edificio tenía algo de ruina. Esquema de petrificación que con facilidad se acastilla en el imaginismo liberto.

Cuando Silvia desembarcó, a las doce, en la isla de Caribdys, siendo conducida hasta la casa cúbica por el buen Sebastián, la noche, que tantos cambiantes había sufrido desde su aparición, empezó a encapotarse.

Los tonos sombríos de una noche negra favorecían a la isla.

La negrura empinaba la masa roqueña informe. Haciéndola sonar -mugir, crepitar, silbotear, murmurar arroyuelamente- con ruido neumático de inmenso

caracol. Como el formidable peñasco estaba montado sobre pilares de gruta, el trájín del mar y el viento producían un zumbido -rítmico- de estertor.

-[190]- -191-

▽△

- XV -

La consagración

Todo lo contrario que el gabinete nigromántico de Fausto.

En la estancia desmantelada en que puso el pie Silvia no había ningún saurio colgado de la pared. Ni retorta de vidrio, ni búho disecado, ni humana calavera amarilla, ni la activa teoría de los relojes directores del tiempo, que en su gabinete de trabajo tenía el tudesco de la barba postiza.

La presencia del joven Aurelio Sheridan habría bastado en todo caso para aniquilar cualquier resonatriz del medievo.

Hasta el silencio, imposible en Caribdys, se engendró, la única vez que lo tuvo en su historia -precisamente esta noche, entre las dos y las tres de la madrugada- en el vértice de la pirámide de las botellas vacías.

La impresión de Silvia al pisar la casa de su amigo fue tranquilizadora.

La muchacha iba bien preparada. Dispuesta, con todo su arrojo, al gran duelo que probablemente decidiría su vida. Pensaba que Aurelio era un hombre como los demás. Y de un hombre como los demás, lo único que cualquier muchacha puede temer al encontrarse con él a solas en su habitación y en medio de la noche es -en último término, en término bellaco- una violencia.

Perfectamente.

El arma que llevaba en el bolsillo no la había puesto allí por capricho. La había puesto allí para que diese su voz y su voto cuando fuese necesario. Seis voces y seis votos, mayoría absoluta.

Pero nada en la tranquila y espaciosa estancia sugería la menor inquietud.

Una bujía solitaria, que más semejaba cirio funeral, brillaba en el centro, sobre una mesa.

Por las paredes, desnudas, goteaba la tiniebla como de la ropa tendida en una cuerda escurre el agua. Ni una silla, ni otra, ni otra silla, ni ninguna silla. Ni mueble alguno de los que debe tener cualquier habitación para ser descripta. Al fondo, en un rincón, sobre el suelo, se abría la trampa de la cueva. El cuadrilátero de sombra, que dejaba ver la trampa abierta, tenía un aire fresco de sepulcro.

-192-

Por el cuadrilátero, la tristeza brotaba en surtidor. O como esas voces de ventriloquia en figura de ciprés que columpia un hilito de araña.

Apenas llegó Silvia a la casa, el viejo Sebastián había desaparecido, diciéndola familiarmente:

-Adiós.

De modo que: después de esperar y contar las ventanas de la habitación, que eran cinco, y de acercarse a la puerta, que permanecía entornada, la señorita Contreras empezó a aburrirse y a darse cuenta de la rara conducta de Aurelio, no esperándola a su arribo a la isla o, por lo menos, a su llegada a la casa. Es decir, esta conducta de Aurelio no debía extrañarla.

¿Sería capaz de permanecer ausente?

No.

Lo probable era que estuviese entretenido abajo, en la bodega, en el cubículo de los grifos familiares, y que muy pronto apareciese por la escalera.

Pero miedo, Silvia no lo sentía. Tristeza, sí.

De la misma manera que en la entrevista de la tarde, al surgir en el cielo la Luna de Copas, sintió el impulso de desnudarse y bailar, ahora experimentaba el deseo de estarse quieta, arropadísima, a pesar de no tener frío; y mucho más vestida que vestida: triste.

Con objeto de sentirse más triste aún, hizo una cosa genial, pero de veras extravagante. Juntó los pies como un recluta y se llevó la mano a la sien en saludo militar.

Entonces, la Tristeza no tuvo más remedio que pasarla revista.

La Tristeza, entre otras muchas cosas, es un oficial de húsares que se llama Tristán y que obliga elegante y rudamente a cumplir la ordenanza. A todos.

En realidad, el ambiente *-triste-* que rodeaba a la pobre muchacha era triste. De la peor manera de ser triste. Con esa tristeza que principia en el aburrimiento y termina luego decidora, sin aburrimiento. Divirtiéndose a sí misma. Al cabo de un a hora de aguardar en vano, la tristeza iba resultando a la bella antojadiza mucho peor que las rabias y las cóleras de por la tarde.

-193-

He aquí otra cosa imposible de boxear y que se escapa de la pugilística norteamericana. Aurelio -lo comprendía la esperadora, en un ramalazo de impaciencia poseía un influjo extraordinario. A través del vino. ¿Cómo se boxea un influjo?

Sí. A través del vino. En el etéreo medio elástico del vino.

-Yo creía -murmuraba Silvia en ¡triste! monólogo, resignándose, por fin, a su soledad- que el vino era sólo un líquido. Que el cristal del vaso lo aislaba en el

espacio y que no despertaba, ni podía despertar, otras fuerzas que las pequeñas fuerzas conocidas y vulgares de la fantasía del borracho. Mas no. Ahora advierto, con deslumbradora violencia, que también desata en algunos seres fuerzas misteriosas. Por simple contagio de su onda. De su ánima. Sin necesidad de beber. Y no hay quien lo aislé. Como no hay quien aísle, verdaderamente, la sangre en los tubos arteriales. La sangre posee una irradiación parecida.

»Sí. Muy cierto. Debo convencerme. He aquí, Silvia, tu propio ejemplo. Un ser que maneja a su capricho el *radium* sutil del vino ha pulverizado tu voluntad. Tu voluntad de treinta y siete estrellas. Jugando con tu furia te obligó a desabrocharte los botones de tu vestido. Luego, sabe hundirte en la dulce tristeza de una noche como ésta. Y te deja cuadrada como un quinto delante de su oficial de guardia.

»¡Pues!.. Lo mismo que el *radium* de la sangre. Lo que debe de ocurrir es que hay naturalezas, seres elegidos, de sangre vinosa, y cuando surge cualquier estímulo en la epidermis o en el corazón, esa persona se trastorna y queda en un estado igual que si estuviese ebria. ¡Cosa más rara! Luego, ¿existe una embriaguez infusa? Y, ¿de dónde viene esta embriaguez? Ahora mismo, en medio de esta habitación, en la que noto cómo se va haciendo el vacío, cómo se ahonda la soledad y de qué manera se vierte un ruido de glogloteo, no por mi oído, sino por mis fauces, voy a saberlo. El arcano me va a ser revelado.

Una pausa de actriz de la vieja escuela. Silvia tuerce la cabeza como si escuchase. Avanza después a pasos quedos, con los brazos extendidos hacia la bujía, y se dispone a apagarla.

Pero no se atreve. Luego se aproxima a la boca de la cueva. Mira hacia lo profundo y lanza un grito. La boca de la cueva se ha iluminado de repente con resplandor maravilloso. Y una voz grotesca y triste, larga como la nota de un violonchelo, clama desde abajo:

-¡Silvia, ven!

Silvia, sonriente, arrebolada, con un gesto de placer infinito, desciende poca a poca por la escalera. Va desapareciendo como por escotillón, pero muy lentamente, atraída por el centro de la tierra.

Cuando ha acabado de hundirse, la trampa cae con estruendo. Y detrás de ella surge, saltarina y sanchopancesca, la figura del viejo Sebastián.

Sebastián se dirige hacia la mesa donde está la bujía, llevando en la mano un objeto que luego resulta ser una pistola.

Sebastián, en voz baja, riendo y mirando la pistola:

-Menos mal que pude quitársela del bolsillo. Yo creía que iba a ser imposible. No era tan fácil como el señorito Aurelio se figuraba el robar la pistola de la señorita y poner en su lugar la del amo, sin balas.

Desmartilla el arma y saca un cargador lleno de cápsulas, que se guarda en la chaqueta.

-La precaución no era inútil. De las seis balas que tiene, con una nada más hubiese bastado. Y todo el plan deshecho.

Se queda escuchando un rato encima de la cueva, atentamente, sin oír el menor ruido.

-¡Como muertos! Bien. Aquí ya no hacemos nada. Vámonos, Sebastián.

Se marcha.

Antes de marcharse enciende un cigarro en la llama de la bujía.

Después, sopla y apaga.

El áspid enroscado

Visiedo se empezaba a quedar sin veraneantes.

Don Enrique y su hija Silvia fueron de los primeros que regresaron a Madrid. Se marcharon juntos, pero Silvia parecía que llevaba más prisa.

Por fortuna, la curiosidad enorme de Dagmara Wolenka, que cien veces había intentado sonsacar a Silvia si, en efecto, había realizado o no la excursión nocturna a la isla de Caribdys, no pudo ser satisfecha. Porque no podía ser respuesta satisfactoria la rotunda negativa que la dio repetidamente su amiga.

Aquella noche -la de la excursión-, a las doce, también hubiera querido Dagmara espiar a Silvia. Pero la fue imposible: el marido, el soberbio diplomático, Hércules F. de Valcayo, receloso (quizás por excepción en la diplomacia de su vida) de la insistencia que su mujer ponía en no dar con él el acostumbrado paseo, no la dejó sola. Ni un minuto.

Dagmara -que no quiso tirarse de cabeza al patio cuando las brujas de Macbeth se lo propusieron- inclinó la frente, sumisa al mandato conyugal.

El único que sospechó algo de la excursión de Silvia a la prehistoria mitológica de la isla de Caribdys fue Cereceda. Cereceda, que, aun en el terrible nonadismo de las noches de verano en Visiedo, no podía abandonar su costumbre de acostarse al amanecer, había sorprendido a Silvia en el momento en que, conducida por Sebastián, saltaba de la barca al pie de la escalinata.

De regreso de su consagración.

Pero Cereceda era un caballero. Y lo mismo cumplía su papel partiquino de la vida mundana en un salón, o en el pasillo de butacas de un teatro, que sabía guardar honradamente un secreto de amanecer.

Silvia experimentó una verdadera transformación en breve tiempo.

Advirtió cómo todos los ideales de su vida se la quebraban en la cintura. Y lo advirtió sin rencor. Porque las siervas de Baco quedan sometidas para siempre con una inmensa voluntad de alegría.

-196-

La razón es ésta:

Baco, en vez de raptar a sus sacerdotisas echándolas el lazo sobre los hombros, se limita a cogerlas con los dedos por el talle. Sin apretarlas mucho. Como se coge una copa para vaciarla después, de un trago.

-197-

Segunda parte

Baco

▽△

-[198]- -199-

- I -

Fisiología especial

▽△

Su padre rabia muerto.

La noticia de la muerte, llegada de Londres por inalámbrico, dejó tan satisfechas las cotidianas aspiraciones de urgencia de Aurelio que pudo marchar despacio, con su dolor, a Londres.

El sistema afectivo-emocional de Aurelio (Sheridan) se hallaba dotado de idénticos maravillosos resortes que los demás sistemas de su personalidad.

Y uno de sus mejores resortes era el resorte traslaticio.

Gracias a un juego valvular de presiones y escapes que relacionaba ingeniosamente todas las vísceras nobles en una función conjunta (defensiva), la sensación desagradable de cualquiera de ellas podía trasladarse a otra, donde ya no surtía efectos doloríficos, sino al contrario: placenteros.

Por ejemplo: la muerte como sentimiento escapaba del miocardio en columna de humo. Columna de honor, hacia arriba, hacia la víscera cerebral. En el cerebro se transformaba en ente de raciocinio. Quedaba en puros términos de problema, alojado en las celdillas grises, y allí diluía todas sus molestias cordiales en la onda platónica, en la serenidad de la onda antigua.

El resorte traslaticio -máquina y órgano, acero y nervio- se observa constantemente en la fisiología de los superhombres.

Del cerebro a los riñones la eliminación suele verificarse con mayor rapidez. En Aurelio las ideas falsas, capciosas, multitudinarias, o en estado de putrefacción, descendían en veloz tobogán desde el cerebro al hígado, desde el hígado al riñón, desde el riñón a la vejiga, etc.

Así eliminó, en sus primeros años de vida racional, diversos teoretismos y creencias, que en otras naturalezas mal dispuestas arraigan como parásitos: el trimurti hindú, la cosmogonía bíblica, los principios marxistas, y ahora, recientemente, el psicoanálisis de Freud.

Cuando Aurelio desembarcó en Inglaterra, experimentó la providencia de que un nuevo ciclo extraordinario se inauguraba en su vida.

Había recorrido en triunfo, mítico y soberbio, la elipsis del amor. La circunferencia -«línea curva cerrada y plana, cuyos puntos equidistan de uno común llamado tedio», según los geómetras- de la sabiduría.

Quedábale, pues, por recorrer el otro ciclo importante: la fortuna.

El dinero.

El dinero le parpadeaba en infinitas luces de oro, al entrar en la niebla de Londres. Él mismo, Aurelio, sintió arder su mechón de azufre y a su alma la vio pálida, como la llama de una bujía a la luz del amanecer.

-201-

▽△

- II -

Comercio

Veinte años antes de la guerra europea, el padre de Aurelio, Arturo Sheridan, estableció un pequeño negocio comercial en Londres. Importaba frutas españolas, sobre todo naranjas mediterráneas, y las vendía a precios insulares en los mercados británicos.

Con este negocio vulgar, sostenido con esa atención minuciosa que los mercaderes de todo el mundo llaman inteligencia, logró hacerse medianamente rico. La guerra interrumpió su tráfico, no sin alguna delicadeza, y mister Arturo empezó a arruinarse. Inútil decir que el buen Sheridan carecía de talento; de espíritu propincuo a la Coanza. Las finanzas, ya lo sabemos, no tienen nada que ver con el simple comercio de unas frutas, de unas perlas, de unas muchachas, de unos embutidos o de unos naipes. Pero estas cosas tan humildes y materiales pueden constituir su punto de apoyo. Con tal de que el mercader sea romántico. Sea poeta de raza. Tenga el espíritu infame del negrero de cifras y sepa elevar a la categoría ideal de libro de versos su Libro Mayor. Las cifras se articulan en sílabas, y éstas pueden aconsonantarse,

enlucirse, arrupirse, enmudecer o agudizar su grito, como el verso en las estrofas sentimentales del otro poema.

Todo poema es una creación millonaria. Lo mismo que toda creación millonaria es un poema.

El que las especies objetivas con que se especula pertenezcan a uno u otro *stock* de los *dockers* vitales y socialiformes deviene igual, completamente igual. La finanza tiene su musa. Y Pierpont Morgan vive con ella en un lujoso hotel shakespeariano de la Quinta Avenida. Pierpont Morgan ocupa un puesto honroso en la historia literaria de los Estados Unidos.

Míster Arturo carecía de talento financiero. Por eso no llegó nunca a ser financiero. Míster Arturo carecía de oído, y el ritmo musical de sus naranjas de fuego y sus limones jalde se le escapaba siempre, como -en inverso paradigma- se le escapaba siempre su amante a Chopin. Y, sin embargo, ¡qué gran hora, la hora de la guerra, para los genios de la elucubración!

-202-

Para la pinza del israelita.

Fue el momento en que todas las poesías, todas las artes, todas las religiones, todos los enamorados y todos los ejércitos verificaron su revolución capital. Renaciendo luego todos ellos, y de otra manera, en la metáfora. Se descubrió la metáfora. El sexto continente del planeta. Sin la paz de la metáfora, la guerra magna no habría surtido los admirables efectos -preñados de futuro- que ahora vemos cuajar, poco a poco, en la Sociedad de Naciones.

Los genios que supieron crear sus metáforas hicieron fortuna.

Esto lo saben mejor que nadie los millonarios, las prostitutas y los literatos del período 1918-1928.

Pero míster Arturo Sheridan no fue genio. Ni siquiera precursor de ninguna clase de acontecimientos notables. Él creía que los productos hortelanos, que

le llegaban del Levante español, no podrían jamás alcanzar otras posibilidades que las meras del canje por libras esterlinas, y que el arte nuevo no significaba absolutamente nada en la vida seria, ni mucho menos en el serio comercio. Los primeros cañonazos del Marne no despertaron de su estupidez a mister Arturo.

La guerra demostró con relámpago subitáneo lo que podía esperarse de ella en cuanto a imágenes cotizables.

En efecto.

La vanguardia de los ejércitos iba mandada por poetas de vanguardia. Y una formidable sinopsis -zigzaguo resplandeciente- de imaginismo amaneció en el cielo y atardeció en el mar.

Los aviones convertían en diseños cubistas las grandes ciudades, los monumentos, la catedral y el navío, haciéndolos brotar en formas nuevas y más bellas (cuanto más risueñas) bajo la inspiración de los explosivos.

¿Qué fue -observemos esto-, como instrumento de arte y de guerra, el submarino, sino un transmutador *dadá* de las escuadras?

Cuando la naranja mediterránea hizo su metáfora y estalló como una granada, nuestro pobre inglés no supo actuar en consonancia con la ritmación del hecho y cayó en profunda melancolía.

Sin embargo, no le faltó el consejo oportuno en las palabras de su mujer. Una malagueña, de familia hebrea, mujer bellísima en su juventud, que le había dado un -203- hijo -excelso- en Aurelio. Cuya vida (sigo hablando de la mujer) se extinguía lentamente, víctima de tuberculosis pulmonar.

Con su fino oído de tísica, pudo escuchar la consigna salvadora que las estaciones de radio germánicas lanzaban, día por día, a los negociantes españoles.

¿Por qué no obedecerla? ¿Por qué no obedecer a esa gran consignataria del éxito que es la mujer? ¿Por qué no proteger, aun teniendo que ensayar un

pequeño escorzo esoteropatriótico y comercial, la causa de los alemanes? Sheridan no era capaz de realizar ese escorzo. Él era inglés y patriota. Su mujer, en cambio, albergaba en su alma aquella curiosa superproducción de tendencias éticas que han permitido a la raza hebrea, a través de los siglos, captar el oro y la sabiduría -el poder y la ciencia- de todos los pueblos que se hallan hoy en el mapa de la cultura.

-Hazme caso, Arturo -aconsejaba la enferma-, emplea el capital que nos queda en un negocio fructífero y sano. Instala en las costas de España depósitos de combustible para los submarinos alemanes. No necesitas exponer tu firma, ni que figure tu persona en este asunto peligroso. No necesitas más que facilitar el dinero y escoger individuos de confianza, entre los muchos y leales germanófilos que existen en España. Puedes hacer también espléndidas combinaciones de seguros marítimos sobre barcos que, viejos y podridos, nada tiene de particular que atraigan con entusiasmo a los torpedos alemanes, aunque ostenten muy visiblemente un pabellón neutral... Otra cosa: ¿No le convendría a algún amigo tuyo de Cataluña o de Navarra proveer de ropas, de zapatos, de alimentos a los ejércitos franceses? En esto, nada habría que rozase tus escrúpulos patrióticos. Servirías a los aliados de Inglaterra.

Los consejos de la mujer caían, como copos de nieve, sobre el puritanismo del yenlemán mercader.

Murió la dama.

Míster Arturo Sheridan contempló, año tras año, disminuir su fortuna. Advirtiendo cómo unas manos de invisible hortera iban bajando -con parsimonia- el cierre metálico de su vida.

Mientras, Aurelio vagaba fría, alegre y mágicamente por todas las tierras, embajador olímpico de su estrella azul.

La herencia paterna fue exigua.

Unos centenares de libras. Un crédito menguado, lleno de reservas y de artículos amenazadores. El Código de Comercio.

-[204]- -205-

▽△

- III -

Fémina insurgente

El alma de la mujer moderna se halla, quizá, demasiado alerta.

Se nota en ella un temor, muy justificado, a caer en cualquier servidumbre del pasado.

La servidumbre del romanticismo no se le va fácilmente de la imaginación. Hasta el punto de que, sintiéndose dominadora y dueña del bazar de espectáculos claros y fuertes, nada misteriosos, instalado en plena calle por la vida actual, busca sin cesar, en las rinconadas (y en los pisos altos con terraza), las máscaras de antes de ayer.

La empiezan a perder su excesiva actitud física y algún juego sobrado animal de la fuerza psicológica, cuya clave se manifiesta en cierta manera de reír. La manera de reír de los actores cinematográficos. Les brota la risa de la dentadura. Los labios se dilatan sin luz, como tiras de caucho descolorido.

¿Quién apaga los labios de carne de Gloria Swanson, apretando contra sus encías el cepillo dentífrico del beso?

Aquí comienza el primer impulso insurgente de la mujer, que sólo han comprendido hasta ahora, en su enorme trascendencia, Charlot y Einstein.

Al contacto dionisiaco de Aurelio, los labios de caucho de Silvia ardieron. Y el fondo de una nueva lirificación conminó insurgente, en surtidor, nacido del manantial viejo.

Sin perder la actitud física, en variados aspectos.

Imperdible.

-[206]- -207-

▽△

- IV -

Ella misma, pero consistiendo menos en ella misma

Silvia Contreras pasó los primeros meses que siguieron a su veraneo en Visiedo en su casa de Madrid. Es decir, ya no volvió a salir de su casa - conventualmente- en mucho tiempo.

(Se trata de un desglose operado en ella por la energía disociatoria del misticismo que a las antiguas bacantes transformaba en flores del rosal de Delfos, especie de monjío vegetal, que en nuestro tiempo no se produce. Los raros casos de bacantes auténticas que se han registrado modernamente no florecen en ninguna planta viva, sino en piel desnuda. En yema de vidrio *ouvert la nuit.*)

La mística báquica, pura, en el sentido oriental y prístino del mito, debería obrar siempre como Silvia, enclaustrándose con absoluta dedicación a su dios, en el domicilio particular.

Pero este caso no es frecuente.

Al advertir la proclividad que el suceso iba tomando en sí misma, Silvia llamó a un especialista para que, de una vez, le sacase de una duda que, en rigor, no podía llamarse «angustiosa», ni «cruel», pero que, por estar hilada con dubitaciones, hilos de soda iritantemente finos, la ceñía, encamisando de escrúpulos su acerbo malhumor.

El malhumor la ceñía.

Pero sólo para romperse como cápsula libre de una especie de: transimiento.

Todos los grados que los teólogos de la otra religión establecen en el ascenso místico los iba experimentando Silvia. Gota a gota. Los diez grados clásicos (y uno romántico) del padre Scaramelli y del abate Jove:

Recogimiento. Silencio espiritual. Quietud. Embriaguez de amor. Sueño espiritual. Ansias y sed de amor. Toques divinos. Unión sencilla. Unión estable.

Y entre la unión sencilla y la unión estable, el grado romántico:

Rapto.

Para un hombre de fina hoja mental, afilada todas las mañanas en el suavizador, -208- mellada otra vez todas las noches, trepidada por esa electrificación falsa que procede de las ideas de los libros y se transmite molécula a molécula, originando el *quid* del temple erudito; para un disecador sombrío de episodios -don Enrique, si salía de caza al mar con un libro y un perro, no gustaba, en cambio, de pescar entre los hombres; entre sus propios acontecimientos familiares- el hecho carecía de importancia.

Su hija Silvia se hallaba en un trance muy preciso, muy definido. (Estaba embarazada.) De gran importancia objetiva. Pero justificado y hasta grato ante su espíritu de imperturbable, rezumoso de la única moral que ha tenido éxito a través de los siglos: la moral de retorno.

Cualquier explicación entre padre e hija habría resultado molesta. E inútil.

Mas, para Silvia, preferible al golpe teatral inesperado (¿quién podría engazarle a la psicología paterna cotidiana? Nadie. O, sólo, el capricho extravagante de un caricato) con que don Enrique la paralizó un día. En un orden normal de sucesos, en el plano pragmático de las cuarenta situaciones de comicidad -ya se sabe que todas las situaciones de comicidad pueden reducirse a cuarenta; las dramáticas, a treinta y dos; las líricas, a doce-, el acto que realizó el señor Contreras en el gabinete de su hija, cierta mañana, «que lo

era de las desapacibles de noviembre», no tuvo más lógica que la lógica imaginista de lo que es. De lo que es porque es.

(En el fondo...)

Sin embargo, el hecho de que los ángeles se aparezcan a las personas ungidas por la gracia es algo comprobado y nada nuevo. Al contrario, demasiado antiguo. Hablo de la aparición dramática, trascendental. La que consta con garantías de veracidad en los tratados de angelología y angelotecnia.

Pero si las substanciaciones y transubstanciaciones del espíritu puro se han verificado siempre en función de dramatismo, ¿parecerá absurdo que ahora se verifiquen también en función de comicidad?

Es cuestión de acento.

En la historia íntima (en las memorias íntimas) del acento, tan rica en anecdotario espiritual (el primor de las historias), el debut del Ángel Cómicó debe ocupar un lugar de excepción.

Silvia no lo comprendió al principio. Después de sonar el tiro, sí.

Se dio cuenta perfecta.

-209-

▽△

- V -

La Anunciación

Abrirse la puerta del gabinete, Silvia volvió la cabeza.

Despacio, de puntillas; luego, deprisa, en una carrerita menuda de contoneo infantil; el rostro embadurnado de chafarrinón por la esférica superficie de los

mofletes, burlescamente ahuecados; el gémimo labio fruncido para dar salida a una vocecilla de triple; las manos en lo alto, agitándose sobre los hombros con aspaviento de fingidas alas; retozón al mirar; el cabello rizado y peinado seráficamente por exquisito peluquero; y en estupendo contraste, el negro ropaje luctuoso, cerrado en el cuello con estrangulamiento y ahogo luterano - como el redingot de Unamuno-, el padre -el padre de Silvia- hizo su aparición.

El cuerpo era materia real de ángel negro. El colorete de los pómulos, de querubín de bazar.

Antes de que Silvia reaccionase con el menor estremecimiento de párpados, con la más leve idea aclaratoria, su progenitor se plantó en medio del gabinete, y mirando con ternura a la muchacha, dijo:

-¡Salve, señora! Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

¡Inteligencia espantosa! Silencio de reproche. Fe de ultraje. Alzamiento brusco de la mujer.

Rápida composición de bloque en ritmos estatuarios. Helenoides.

Y en la vertiginosa inmovilidad de su figura física (que ya no conservaba nada del puño deportista, ni del gesto superador, de antiguo brío norteamericano, sino el cándido pasmo vencido de la -de la que muere incluso por la espada de juguete de un fantoche, grosero y plebeyo de bazar- sierva de un pequeño dios), un dorado crepúsculo de cintas, como serpentinas de colores, se la entró, algarabizando sus nervios, hasta ese punto de divina entrañación en el que el ser nuevo anuncia, gozoso también, su animal advenimiento.

-210-

Hasta ese punto en que estalla la salva de ordenanza.

En el que suena el primer pistoletazo sistólico-diastólico del recién.

En el que el rapto prende la bengala de la sumisión, servidumbre de orgasmo y fantasía, e ilumina para siempre la ascensión de la sacerdotisa.

Silvia estaba muda. Estuporosa. Alabastral.

La estatua de Silvia no cayó entonces al suelo, rompiéndose en mil pedazos, porque dedos fuertes e invisibles, los que ya en la cueva de Caribdys le habían, sosteniéndola, quebrado todos los ideales en la cintura, la atenazaban ahora, sujetándola con la misma antigua delicadeza por el talle.

Después de sonar el disparo Silvia se dio cuenta de la situación.

Comprendió la huida zumbona de don Enrique, después de la escena. Sus cabriolas y tambaleos. La risa bárbara y regocijada. El bufo revolar de sus manos sobre los hombros y la desaparición repentina, huracanada, como si le arrebatase algún vendaval por el escotillón de la puerta.

Lo que había pasado era esto simplemente: Don Enrique «estaba ebrio».

Entonces, Silvia desentrañó los motivos del hecho inaudito.

-¡Siempre Aurelio! -murmuró-. Siempre su influjo, cada vez más diáfano dentro de mi alma. ¿Escifo de la sierpe enroscada?, o, ¿pobre alma, copa rota, vaso viejo de vidrio, sobre el cual brilla, caldo, un solo glóbulo de la divina sangre? Ayer luchaba todavía contra el yugo de Aurelio. Hoy vivo la dicha de sentir atraída por los rubíes de su tirso la punta de mis pestañas. Y desde hoy cumpliré, con la embriaguez de corazón con que Él lo dispone, hasta sus mínimos deseos. Vestiré mi cuerpo con pieles de carnero sin curtir.

-Desde luego, se trata de un individuo extravagante y singular.

(La persona que pronuncia estas palabras es un tipo viejo, sonrosado, plomizo, fornido. Rostro interino.

Un vicerrostro.

Una de esas fisonomías que no se hallan a punto de expresión y se estacionan, graduadas, algunas décimas antes de otra expresión más definida, típica. El vicerrostro de un marino suele sorprenderse en estado de preformación en la fisonomía de un pescadero, faltándole sólo -tal vez- al pescadero, para cristalizar en superior perfil, un breve paseo a bordo del buque insignia, con autoridad de almirante. El vicerrostro de un escritor suele encontrarse (a menudo) en la cara lívida de ese escribiente tuberculoso que nunca falta en las oficinas de la curia. Y que resulta casi el mismo rostro del escritor. Sino que un poco más descuajaringado.)

-Desde luego, se trata de un individuo extravagante y singular.

(Es un alto funcionario de banca la persona que murmura, con una cortesía llena de precauciones, estas palabras. El gerente del Banco Internacional Hipotecario, establecido en Madrid desde hace años.

Sus relaciones personales con los Sheridan, padre e hijo, sobre todo muy recientes con Aurelio, le permiten tener sobre éste, cuya vida en los últimos tiempos conoce como todos los financieros del mundo -profundizada por su amistad personal-, un a opinión exacta. Llena de barroco asombro. Un pasmo con nariz de maravilla.

Superstición. Tiene por Aurelio la superstición religiosa del indio al contemplar el primer desembarco de Colón en América.

La soberbia celeridad, el frenesí arrebatador con que Aurelio Sheridan había levantado, en pocos años, una colosal fortuna sobre los restos de la herencia paterna dejaban estupefacto y admirado al gerente. No sabía cómo explicarse tan enorme éxito.

Por eso, apenas empezaba a hablar de Aurelio, la emoción le sobrecogía con extraño garrote, como si un licor de fuego le abrasase la garganta. Y, pálido y nervioso, comenzaba a tartamudear.

-212-

No carecía de dotes analíticas, ni de curiosidad por el problema oscuro, sorprendente, de su amigo. Mas a pesar de que ya había experimentado, en diversas ocasiones, la sospecha de que lo líquido, el elemento líquido, el signo líquido, o ya, decididamente, «una cierta potencia mágico-líquida», jugaba un papel trascendental en la vida y en los actos de Aurelio; a pesar de eso, la verdad se le escapaba siempre.

No debe extrañarnos que se le escapase.

Los hombres, en su inmensa mayoría, pueden aprender fácilmente las matemática y tomar a oído, sin trabajo, la canción de una opereta. Pueden también, los más avisados, desceñir con gracia la veste de una doncella en la hora nupcial. E incluso los hay con el talento necesario (delicado y preciso) para derramar, sin exageraciones, ardorosa lágrimas sobre la tumba de un ser querido.

Pero lo otro ya es más difícil.

Requiere, además de sutilidad y perspicacia, un átomo de genio.

De genium, que viene a ser el radium de la revelación. Y de la gracia.

Hace falta genio, verdadero genio, para tomar una copa de cristal. Llenarla de cualquier licor, esto no importa demasiado -alcohol, humor fisiológico o clara linfa-, y elevarla...

Alzarla, por cima del cráneo, ofreciéndola a la eucaristía lunaria, para que la luna, sacralizándola con sus rayos, la incendie en púrpura champanal. Y haga fluir, hervir, moderna, la savia de Baco.

Y después, descender el cáliz lentamente hasta la altura del corazón, nivel del éxtasis, para, en el acto postrero del rito, paladear una gota.

De esto hay pocos hombres capaces en la tierra.

El gerente no estaba lejos de officiar con aire noble, entre eclesiástico y taurino, en el altar del Dios.

Lo denunciaba ya claramente su tartamudeo al hablar de Aurelio.)

-...e trat... a de unindi... vid, vid -joh, estas alusiones, llamadas de la revelación que golpea con los nudillos en el idioma, en la frase, en el verbo escrito o tartamudeado!- VID... viduo, extravag... vag...

Calla el gerente de la fuerte entidad bancaria madrileña.

Aquieta, después de algunos minutos, su sonrosado vicerrostro.

Sonríe.

-213-

Y Dagmara Wolenka toma la palabra.

Con voz y tono de voz de Silvia, impuestos por el director coral para el coro de todas las criaturas pimpleas de Aurelio, Mara, la sumisa -la ruso-chilena-, habla. Se halla en un gabinete (color táctil inseguro, violeta y gris) de su casa. En compañía de su esposo, Hércules, y del gerente.

-Yo conocí a Aurelio hace cinco años en Visiedo. Era entonces una especie de animal fáustico y hermoso. Un leopardo, un halcón o un mono... O un chico desvergonzado, que se bañaba desnudo frente a la playa, a la vista de todas las personas correctas de la colonia veraniega, a quienes nos era difícil disculpar su atrevimiento.

»Cierta amiga mía, mi mejor amiga, se enamoró de él... ¿No adivina usted, conociendo al bárbaro, la fuerza siniestra de sus ojos y los músculos de su

palabra y la rodilla cruel de su despotismo que se hinca sobre el pecho de sus mujeres derribadas; no adivina usted el suceso? ¡Qué asco! Una sucubación. Mi pobre Silvia, cogida, empuñada por la nuca con la manopla férrea del macró, cayó, en la primera entrevista, al fondo de la cueva. Una cueva en una isla. Una isla en otra caverna. Aurelio puso sobre su delito el escarnio, la fuga y el olvido, como se pone la tilde de la ñ, o el pecado sobre el arrepentimiento. Desde entonces mi pobre amiga está loca. Así, «loca», sencillamente. A los pocos meses contrajo extrañas manías. Una depresión nerviosa tan profunda que apenas podía salir de su casa. Ni ha salido desde entonces. Embriagada y rota en muchas fracturas, pero redimida siempre -en último término- por la desfachatez de lo caricaturesco. ¡Son siete espadas las que lleva clavadas en su corazón! Su nueva religión tampoco la exime de ostentar en el pecho, teñida en sangre, la famosa panoplia. La panoplia de la Virgen. Mi pobre amiga se extingue en su clausura voluntaria. Lentamente. Impacientemente. Como le digo, está enferma: loca. Pasea por sus habitaciones medio desnuda, cubierta con pieles de carnero, sin curtir. De pronto cae en profundos abatimientos. O se yergue elástica para bailar danzas extrañas que ninguna mujer puede oír con el oído, ni recoger con el pabellón de la oreja. Sino que oímos con el tímpano de las entrañas y recogemos con (finura de pabellón auditivo recién estrenado) el caracol del ombligo. Silvia, desnuda, parece una danzarina delfica, emayanti, dionisiaca. Cuando viste con sus estameñas de salesiana real -otra de sus locuras-, no puede impedir que se le ahuequen demasiado las faldas, en miriñaque, y entonces surge la dimensión romántica. De pronto, la salesiana -214- real y la dama de las camelias. La Adela-1830. Pero no. ¡Tampoco! Tampoco es eso. ¿Sé yo acaso lo que es? ¡Algo atroz, muy enervante y sombrío, cuyo sentido oculto no dejo de atisbar con terror y delicia!...

(Mora lanza un suspiro encapuchado y tenue. Delator -por característicamente umbilical- de su situación en la cronológica hilera de las sumisas de hoy. Podríamos situarla con exactitud entre la Dagmara de 1928 y la Adela de 1830. Justamente en: 1879.)

-No me extraña lo que usted dice -exclama conmovido el financiero-. En amor, Aurelio se ha comportado siempre así. Una clase de donjuanismo raro, cuya naturaleza habría que descifrar con la clave que él sólo posee y que nadie descubrirá nunca. Todas las mujeres que amó cayeron en esos trances patológicos que usted ha descrito. ¿Sugestión? ¿Fascinación? El mote es lo de menos. Algunos médicos hablan de un síndrome suprarrenal que se produce por vía hipnótica y presenta esos síntomas. Dígame: ¿no tuvo su amiga al principio fuertes dolores lumbares e hipogástricos, extendidos a manera de faja por la cintura y el vientre, con dilatación del perímetro normal?

-Sí. Y no sólo eso, desgraciadamente. Usted comprenderá...

-Lo comprendo. No me extraña la enfermedad ni la derivación lamentable que seguramente tuvo.

-En efecto. La derivación lamentable, como usted dice, nació, aunque por fortuna sin vitalidad, sin posibilidades de existencia. Murió a las pocas horas de nacer. Era un monstruo. Un ser repulsivo. A mí me dio la impresión de un enorme coágulo sanguinolento, o un como saco arracimado de majuelas; sin cabeza, sin ojos, sin pies. Redondo y sin peso. Créame, daba miedo verlo.

Pequeña pausa.

Rompiéndola con vibración tonante, una voz novel entra en la pista de la pausa. En doble salto mortal. Cayendo aplomo, rígida, en firme sobre los talones. Sobre las plantas clownescas del tópico.

La frase topicista de Hércules resuena:

-Un monstruo así no era posible que viviese.

El admirable ejercicio acrobático no obtiene, de momento, el aplauso esperado. Hércules mira, buscando aprobaciones, a su mujer y a su amigo.

Nada.

Su mujer baja los ojos.

Busca inquieta, en la alfombra, una mirada perdida.

El gerente reacciona el primero con un discreto aplauso. Como ese espectador sagaz que inicia, con entusiasmo inicial, la ovación remisa de todo el público.

El aplauso queda vocalizado en una sola palabra:

-Exacto -murmura el gerente.

Pero Hércules, concienzudo de sus grandes condiciones de bufo, ambiciona más. Quien el clamor unánime de la concurrencia. No le satisfacen las palmas tibias.

Y añade:

-Si hubiese vivido, habría sido mucho peor. Porque, ¿qué iba a hacer en el mundo una criatura tan anormal y repugnante?... La verdad es que la Providencia realiza cosas que nos hacen dudar de su bondad infinita.

Ahora no es un solo espectador el que aplaude.

La ovación se comunica a todo el público (que llena el circo) y una catarata enorme acoge el nuevo arriesgadísimo ejercicio: triple salto mortal con salida en fecha.

Pero no contento todavía Hércules:

-La fatalidad lo quiso -añade, con entonación grave.

Pausa larga e insondable.

Y otra ovación mayor que la anterior. El artista saluda y se deshace en genuflexiones. La tregua le sirve a Hércules de espejo, para observar con

orgullo su hermosa figura. El botón encarnado en la solapa. Y sobre la nariz las poderosas gafas de concha.

Continúa Mara:

-Creo que Aurelio se casó hace poco en Francia, y que tiene un hijo, por cierto, nada monstruoso. ¿Es verdad?

-Sí. Es verdad. Como también lo es que Aurelio ha levantado la fortuna más colosal que hoy se conoce en la tierra. A su lado Morgan, Vanderbilt, Ford, Rotschild, etc., son unos capitalistas mediocres. Unos millonarios de menor cuantía.

El gerente queda visiblemente desconcertado. Aura epiléptica. Pálido, yerto, permanece mudo.

Los ojos de Mara humedecidos se elevan al plafón.

Hércules sonríe.

Frota sus pies en la resina y se enjuga las manos con el pañuelo, preparando otro soberbio salto: un cuádruple salto mortal.

-[216]- -217-

▽△

- VII -

Zenit

Gran estado de que es jefe todo multimillonario pertenece al concreto mapa de la geografía más abstracta.

Es una nación sin fronteras materiales. Sin bandera única. Pero cuyo mapa, que es el mapamundi, se encuentra surcado de trayectorias y de puntos, como

los hilos de una red, en cuyos cruces se clavan con alfileres las banderitas policrómicas del negocio. Esto es, de las ideas.

Esos grandes Estados se apoderan, absorben, lo que más vale de cada uno de los otros países efectivos y territoriales: el mejor puerto, la ciudad moderna, el banco fabuloso, el tipo de selección más bello de cada raza.

En el diccionario israelita que Moisés transmitió (secretamente) a su pueblo al mismo tiempo que las Tablas de la Ley el nombre que se asigna a cada uno de estos emporios es el de: FIRMA.

Detrás de las grandes firmas se ocultan siempre uno o varios genios de la especulación.

La firma Sheridan había llegado a ser la primera del mundo.

Las firmas próceres de la finanza no suelen tener rúbrica. Pero, caligráficamente, los multimillonarios acostumbran trazar debajo de sus nombres un sencillo garabato. ¡No nos engañemos!

Con ese fútil garabato, con ese trazo sin importancia, también -os lo digo- se burlan de nosotros.

Se mofan con el timbre comercial y con el autógrafo amistoso.

Estirando sus rúbricas hasta el límite máximo de elasticidad, realizan sus periplos. Y deshilándolas luego, tejen las mallas de la red -esa Bolsa- con que aprisionan y suspenden al Terráqueo.

La rúbrica, la ristra de la firma Sheridan era tan larga como la línea del Ecuador. También larga como la cola de un cometa. Pero mucho más corta que el bramante, con nudos de tic-tacs, de la vida.

-218-

Algo así:

...
minasalmacenesedificiosfundicionesavionesferrocarrilesteatrosbarcoshotelesm
ontañasresidenciasbancosejércitosdeoficinistasyhordariosdelamanufacturabols
astemplosminasalmacenesedificios...

-219-

▽△

- VIII -

Regreso

Había que irse. Que regresar.

Aurelio empezó a notar los primeros síntomas negros precisamente en las asas intestinales de su rúbrica. Pero esta vez no pudo, como en otras ocasiones, eliminar el dolor por las válvulas y escapes de su fisiología defensiva, ni manejar sus resortes de fatigadas charnelas.

Fue entonces cuando Aurelio pensó en Dios. En uno de los verdaderos dioses. En Jove. Y éste, que tampoco abandona nunca a sus criaturas, le señaló con el severo dedo índice extendido una válvula y un escape. Los únicos medios que ya podía utilizar el Plenipotenciario.

El escape era un escape en violentísimo descenso vertical, en caída formidable. Funambulesca. Verdadera caída de ángel caído. La válvula sería, simplemente, la puerta de la cabina de cola de un avión de Aurelio.

Esta puerta se abría hacia fuera, sin necesidad de mucho esfuerzo, a pesar de la presión que sobre ella ejerce la corriente de aire, estando el aparato en marcha. Los técnicos han afirmado después del suceso que no es posible que abra la puerta un hombre solo. Pero los técnicos no tienen en cuenta más que los principios que ellos conocen, harto elementales, de aerodinámica.

Aurelio cogió aquel dedo de Dios, que tan amable se le mostraba, y le besó en el anillo.

-He llegado al zenit de mi gloria -pensaba-. He cumplido la misión que me trajo al mundo. Estoy en el zenit. En el punto muerto de mi *looping* triunfal. ¿A qué esperar, pues? No tengo más que dejarme caer...

Los ojos de Aurelio parecían repetir, afinándole, el rictus, la mueca del labio, mientras la frente, abombándose sobre el resto de la cara, condensaba, para encender y concentrar la idea fija, el dinamismo muscular. Del mentón. De las aletas de la nariz. Y, en fin, de todo el juego sensual y lírico de su fisonomía.

-220-

Al lanzarse al espacio, cruzó por su cerebro el mito de la Copa Encantada.

Y lo fue desarrollando en el film de cortometraje que había de recorrer desde la altura de su inocente avión hasta la superficie del Canal de la Mancha.

-221-

▽△

- IX -

Alegoría del sacrificio y la transustanciación

Jocundo, bello e impúber -desnudo, coronado de mirto, laurel y granado- como un narciso, como cualquier pederasta feliz de la mitología, Aurelio triscaba por los elíseos campos.

«Sintió sed y puso su copa cristalina al chorro de la fuente. Pero la fuente dejó de fluir. Marchó al arroyo para llenar la copa y se inclinó sobre las aguas. Pero las aguas del arroyo se solidificaron en una lámina de hielo. Acudió al mar. Pero el mar retrocedía a medida que Aurelio avanzaba, persiguiendo las ondas.

Entonces, desesperado, presa de una angustia mortal, derramó una lágrima. Esta lágrima cuajó en el fondo de la copa, y agrandándose, la desbordó con espuma de amatista. Aurelio bebió. Pero según trasegaba el líquido, advertía que todo su ser iba transubstanciándose en luz, en brillo, en fuego ileso de Argea: la pulcra, la blanca».

Cuando el gerente se enteró del suicidio de Sheridan, empezó a meditar sobre la catástrofe y sobre la historia de su amigo, con las mismas ideas (véase Freud) que le habían ocurrido a Silvia, varios años antes.

-Igual que un *radium* de sangre -dijo-. Lo que debe de ocurrir es que hay naturalezas, seres elegidos, de sangre báquica, y cuando surge cualquier estímulo ideal, profundo, esas personas se transfiguran y quedan en un estado de embriaguez particular. ¡Cosa más rara! Luego, ¿existe una embriaguez infusa? ¿Qué desencadena poderes mágicos? Y, ¿de dónde procede esta embriaguez?

FIN DE
LUNA DE COPAS

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

